HQÑ™

UN BAILE DE OTOÑO

MIRANDA BOUZO

UN BAILE DE OTOÑO

MIRANDA BOUZO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Silvia Fernández Barranco
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un baile de otoño, n.º 297 - junio 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1375-684-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo en Lewis Hall
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Con todo esto y, a decir verdad, en nuestros días,
razón y amor no hacen buenas migas.

El sueño de una noche de verano, William Shakespeare

¿De verdad todo tiene que ser tan complicado? ¿Por qué una invitación no es solo una invitación? Siempre hay una nota que dice: *Se ruega etiqueta*. Frac, chaqué o vestido de cóctel; corbata negra, vestido largo o esmoquin; corbata blanca, frac o vestido largo. También están las informales: *Imprescindible disfraz*. O las que dicen: *Baile de máscaras*. Y no nos olvidemos del mensaje más manido: *Se ruega confirmación*. Pero la más odiada, la más aborrecible de las frases para Lucía, era aquella que aparecía en la invitación que acababa de recibir: *Plus One*. Fulanita de tal más uno. «¿Y si voy sola?». Se enfrentó a sí misma como si se tratase de un reproche. Esas palabras odiadas: *Plus One*.

Y entonces, si no tienes una pareja, como era su caso, ni una agenda repleta de nombres de chicos en el móvil, te preguntas: ¿A quién puedo llevar?

La puerta de sus inseguridades se había abierto como si destapara el tapón de un lavabo, y por ahí caía su autoestima y las dudas acerca de si su vida era lo que quería.

Una vez más, miró la tarjeta de cartón y el sobre grabado en letras doradas, clásico y amenazante. Si hubiera sido la invitación de cualquiera, probablemente la hubiera roto sin más y echado a la papelera, pero era de la mujer de su jefe de departamento, Verena Carrington. Lucía sostuvo un momento más el papel entre las manos. Lo cierto era que tenía un papel precioso, y las letras eran clásicas pero elegantes. Dejó la invitación sobre la repisa de la chimenea. Un baile ahora era quizá lo que menos le apetecía.

Se acercó al balcón. Había abierto hacía unos minutos las puertas dobles para airear la estancia. La madera de los cercos aún aguantaba los envites del viento, los tejados oscuros brillaban después de una noche de lluvia y un exiguo humo salía de las chimeneas verticales. Edimburgo despertaba con los primeros rayos de claridad sobre la colina del castillo, iluminando su fachada majestuosa. Nunca se cansaría de aquella vista, desde la tercera planta de su edificio, una

habitación abuhardillada, pequeña, en la que la madera del suelo crujía ante cualquier movimiento, las cañerías tardaban horas en subir el agua caliente y por la chimenea subía el olor a madera quemada de los pisos más bajos. Tras mirar con una sonrisa de cariño al interior, volvió sus ojos azules hacia la ciudad; la bruma desaparecía hacia la costa debido a un frío aire de marzo. Llevaba algo más de un año en Edimburgo y seguía asombrada por su antigua belleza. Aún de camino al trabajo se detenía en cualquier esquina o acera al ver un grabado en la fachada de aquellos vetustos y grises edificios, oscurecidos por el tiempo. Edimburgo no solo le gustó cuando lo vio por primera vez, sino que se enamoró de sus calles adoquinadas, sus pequeñas tiendas, sus oscuros pasajes, de sus parques verdes, y del castillo, mudo observador de todas aquellas vidas que se movían como hormigas a sus pies.

El baile volvió a su mente. Menuda estupidez, se dijo al girarse y posar sus ojos de nuevo en la tarjeta. Siempre podría fingir que estaba enferma.

Escuchó los pasos de alguien por el pasillo, amortiguados por la moqueta roja que cubría todos los suelos de la casa, excepto el de la cocina y el salón, en la primera planta. Golpearon la puerta con los nudillos. Lucía sonrió, solo Loveday llamaba así un domingo por la mañana.

—¡Pasa!

Loveday entró en la habitación con su habitual descaro. Se notaba que hacía poco que estaba levantada, aún llevaba un salto de cama liviano de seda azul, como sus ojos, con una bata encima anudada de tal forma que el cordón caía con desenfado y gracia hacia un lado, el pelo rubio perfectamente ondulado, la cara, aunque sin maquillaje, con una leve capa de polvos del color de su piel. Siempre era así, simplemente perfecta, como un cuadro de un pintor a una bella mujer, inmortalizada en todo su esplendor. ¿Cómo podía ser de otra manera con ese nombre? Loveday. El «día del amor», cosas de su díscola madre, ahora en algún paraíso europeo tras el divorcio.

Lucía recordó la primera vez que vio a Loveday. Fue al entrar en aquella casa, parte de los edificios que la Universidad de Edimburgo tenía a disposición para sus trabajadores y los de la Biblioteca Nacional. Ella descendía la escalera de madera del siglo XVII, el mayor tesoro de la antigua casa victoriana. Lucía se había estudiado a fondo la arquitectura victoriana de tan singular edificio, que durante la Segunda Guerra Mundial albergó a exiliados de los bombardeos de Londres, y aquella escalera le fascinaba. Pasamanos de madera, finos grabados restaurados, el escudo de Edimburgo en cada escalón desgastado por los años, las moquetas puestas y después desechadas. Todos los techos de la primera planta, decorados en madera oscura y

brillante, pulida una vez al año. Allí estaba Loveday, como una antigua lady de la Bretaña, con su traje de chaqueta, la falda bastante más arriba de la rodilla y su aire falso de desenfado, porque tenía que ser falso, el pelo cuidado cayéndole sobre los hombros, ondulado y rubio natural.

—¡Querida! ¡Qué pronto has llegado! ¿O ya es la hora? He debido de entretenerme. Soy Loveday Lewis.

Lucía, al momento, se hizo pequeña, intentó tranquilizarse ante aquella chica apabullante, de su edad, maravillosa, guapa, elegante. Debía de sentir lo mismo mucha gente, ¿o no? Lucía miró hacia la moqueta. Estaba empapada por el agua que caía de su gabardina, los pantalones mojados y el pelo pegado a la cara. Encontrarse con Loveday, con ese fabuloso aspecto, no era la entrada que pretendía al llegar al que sería su nuevo hogar.

—¡Estás empapada! Maldito tiempo, ¿no hubiera sido mucho más bonito que luciera el sol para que la ciudad no te pareciera tan oscura? Lucía, ¿verdad? Española, ¿no? Soy malísima para los nombres. ¡Pero qué descortés soy! Soy tu compañera de casa. —Con un saludo en forma de beso en la mejilla dejó su perfume flotando alrededor de Lucía—. Ven, te diré dónde dejar las cosas mojadas. —Un mohín cruzó su cara y guardó las manos detrás con una sonrisa. Lucía supo que ni siquiera iba a tocar su ropa empapada, así que se la quitó y siguió a Loveday hasta un pequeño recibidor donde colgó la gabardina entre una maraña de chubasqueros, chaquetas, bufandas y gorros, todos de hombre—. ¡Mucho mejor! —suspiró Loveday al ver que, al fin y al cabo, Lucía no iba tan desarreglada bajo la gabardina color café. Su traje de pantalón pareció pasar la aprobación de aquel ser angelical de correctos modales sacado de alguna revista.

Con el tiempo, y al hacerse amigas, Lucía comprobaría que Loveday no era tan inmune al mundo ni a los desastres, aunque lo cierto era que casi rozaba la sublime perfección. Como ahora, en la puerta de su habitación, con una taza de té entre las manos para robar el calor del humeante líquido. Lucía pensó que si se pusiera una bata gruesa y un pijama gordo como hacía ella no pasaría tanto frío.

—¡Ay, Lucy! Menos mal que estás despierta, sabía que no habías salido. Vi tu horror de bicicleta al llegar hace unas horas.

—¿Unas horas? Loveday, ¿no has dormido?

—Buuh, pareces mi malvada madrastra —la abucheó Loveday. Lucía sonrió al ver cómo se dejaba caer en la cama.

—Tu madrastra es un encanto, Loveday. ¿Quién te ha hecho trasnochar? ¿Ese chico de Londres?

Loveday agitó la mano para que callara.

—Vengo por cosas más importantes, ¿puedes creer qué desfachatez? —La cartulina con la invitación al baile ondeó en su

mano con indignación—. ¡Mandar una invitación para un baile en fin de semana! ¡Ridículo! Si estás fuera de la ciudad no puedes verla hasta el lunes. Un baile en septiembre, ¡qué despropósito! No sé si podré ir, es temporada alta. —Loveday comenzó a morderse las uñas, el único tic que la hacía mortal y trataba de evitar a toda costa.

Para Lucía, aquellas normas sociales, que para Loveday eran tan evidentes, eran por completo desconocidas. ¿Acaso quien enviaba una carta tenía que saber cuándo llegaba?

—¿También te han invitado? Oh, sí —exclamó Loveday al ver la invitación sobre la repisa de la chimenea, las letras grabadas en color dorado lucían bajo la luz de la habitación. ¿En serio Loveday había ido a cotillear sobre el baile a su habitación sin saber si a ella también la habían invitado? Bueno, Loveday era así, luego era todo corazón y no había amiga más fiel que ella, aunque a veces era difícil aceptar su forma de ser. Lucía lo achacaba a su niñez, por las cosas que dejaba caer y las que no, cuando le presentó a su padre y a su «malvada madrastra», como ella insistía en llamarla. Era un sol de mujer que adoraba a Loveday. Sus padres vinieron en un Bentley maravilloso, con asientos de cuero y la capota descubierta. Loveday aseguraba que su padre solo lo sacaba si lucía el sol para poder viajar con la capota hacia atrás. Eran ricos, terrible y exageradamente ricos, con un *cottage* en el campo. Una vieja mansión que acababa con la palabra Hall, Lewis Hall, con muchas chimeneas, salones y habitaciones donde Loveday había sido malcriada, consentida y la princesa del castillo. Su padre ostentaba un título de lord tan antiguo y de tan rancio abolengo que cuando se pronunciaba en alto, las conversaciones se apagaban con reverencia.

Y, a pesar de todo, Loveday era sencilla, jamás decía quién era su padre a menos que se lo preguntaran, y trabajaba igual o más que todos en la Biblioteca Nacional. Lucía visitaba la casa de los Lewis tan a menudo que se fraguó una verdadera amistad con la familia que la trataba como a una hija más.

—Me han invitado, pero no creo que vaya. Un baile… Tendría que comprarme un vestido, es el 16 de septiembre, quería pasar las vacaciones en España… —Lucía intentaba buscar una excusa, de esas perezosas que salen a trompicones.

—¿No sabes con quién ir? ¿Es por el *Plus One*? —Loveday y su sutil forma de meterse en su mente.

—No es por eso.

—Vale, Lucy, haz lo que quieras, reclúyete en esta casa lo que necesites, pero alguna vez tienes que explorar más allá de estas paredes, ¡conoce a gente, ábrete al mundo! Cuando vuelvas a tu país te llevarás de vuelta a Madrid una maleta vacía de experiencias.

La seriedad de Loveday murió al instante con una leve sonrisa de

conmiseración. —¡Cierra ese balcón, por favor, me estoy congelando!

Lucía vio marchar a Loveday en busca de otro té después de elucubrar con ella su agitado septiembre y si tendría tiempo de ir a comprar un vestido después de las vacaciones. Volvió a la repisa y sostuvo un momento el tarjetón. Iba a rasgarlo y arrojarlo a la papelera, pero en el último momento lo dejó otra vez en su sitio. La verdad, parecía tan elegante y sofisticado en aquel sitio de honor, entre las pocas fotos familiares con su tía que había traído consigo. Lo colocó con cuidado y sonrió. Puede que no fuera al baile, pero la invitación le daba un aire distinguido a la habitación.

Capítulo 2

Es mejor ser rey de tu silencio que esclavo de tus palabras.

Sonetos, William Shakespeare

Aunque era sábado, las voces de la casa empezaron a despertar. Loveday y ella se alojaban en el tercer piso abuhardillado de la casa victoriana. En la segunda planta, Richard, que trabajaba con ellas en la Biblioteca Nacional de Edimburgo. Era inglés, de Londres, allí todo el mundo designaba con claridad la zona de Gran Bretaña de la cual procedían. Inglés, escocés, de Gales, de las islas… Y se sentían muy ofendidos al no hacer distinciones y llamarlos a todos ingleses.

Richard vivía con su novio Allan, un americano de acento de mascar chicle, profesor de literatura en la Universidad de Edimburgo. Cuando no estaban en la casa todo parecía enorme y vacío. Casi se había acostumbrado a sus gritos, a sus tonos de voz de altos. Con ellos todo era caos, risas, algarabía y música, igual clásica que rock americano, o ese country lastimero que luego estallaba en voces armoniosas. Y en el primer piso, la única habitación junto al salón de cristalera en forma de medio hexágono, tan típica de la arquitectura escocesa, vivía él. Bradley. Lucía cayó irremediablemente enamorada de él el día que lo vio por primera vez. Vaquero ajustado, camisetas negras y ceñidas, cazadora de cuero negra. Sus ojos negros, profundos en un rostro que no parecía inglés por su piel aceitunada. Su rostro atractivo, de líneas angulosas, le recordó al Heathcliff de *Cumbres borrascosas.* Hasta tenía ese aire de misterio y dejadez por las cosas. Y por si no fuera suficiente, era como Allan, profesor de Literatura. Lucía comprendía mejor que nadie a aquellas casi adolescentes que acudían a sus clases, que se presentaban a cualquier hora en su despacho, que mandaban notas y cartas. Una vez, hasta una de ellas se coló medio desnuda en una tutoría y la universidad tuvo que llamar a la policía.

Lucía bajó con las zapatillas de deporte en la mano, era una costumbre que había adquirido al segundo día de estar en la casa y sentir el taconeo de Loveday al bajar y subir. La antigua casa gemía con cada movimiento, cuando se duchaba y el agua caliente borboteaba desde la vieja caldera al último piso, habitado por

Loveday y ella, o cuando la cocina de gas se encendía y el aire parecía abandonar las tuberías. Pero, sobre todo, el pulso de aquella casa era la escalera de madera con el constante subir y bajar de sus habitantes.

Lucía dejó las zapatillas en el recibidor y pasó a la cocina. Ni rastro de Loveday, era probable que, después de estar en su habitación, hubiera vuelto a dormir.

—Bueno días, pequeña Lucy.

—Buenos días, Richard.

Richard se afanaba en buscar algo en los armarios de madera, estaba subido a una banqueta y, una vez que entró Lucy, volvió a meter la cabeza en uno de ellos.

—No puedo creerlo, no queda mantequilla. Ha sido Loveday, seguro, o Bradpower.

Lucía miró la pulcra bandeja sobre la mesa. Richard tenía todo preparado para un desayuno digno de una autoridad. Tenía por costumbre subírselo a Allan a la cama, los fines de semana. Ignoró contestar a la afirmación. De sobra sabía que había sido Loveday. Lucía fue hasta la cafetera, una magnífica *expresso* de cápsulas, de las pocas cosas modernas que había en aquella cocina victoriana, junto a la nevera de dos puertas, imprescindible en una casa de varios inquilinos. Se detuvo cuando apretó el botón de café doble, al oír el nombre por el que Richard y Allan llamaban a Bradley, Bradpower. Lucía sonrió para sí misma. Según ellos, una vez que lo veías, no podías deshacerte de su superpoder idiotizador sobre las chicas. Lucía se preguntó qué dirían si supieran que ella, desde el primer día, había sido Bradley-idiotizada. Probablemente se le notaba porque, cada vez que él aparecía, Lucía perdía la capacidad de hablar con raciocinio y se quedaba en un rincón admirando de soslayo su rostro, sus músculos marcados bajo la camiseta, su media sonrisa.

—Lucy, cariño, qué temprano. ¿No saliste anoche?

Allan hizo su aparición, miró con una sonrisa la bandeja que Richard había preparado para su desayuno y encogió los hombros como un chiquillo impaciente.

—No, ayer estaba cansada, tuve que quedarme hasta tarde en la biblioteca. El proyecto de traducción está alargándose y el decano tuvo una reunión con el consejo de administración; es probable que contraten otro adjunto o un ayudante externo.

—Asegúrate de que sea guapo. —Allan le guiñó un ojo a Lucía antes de enfrentarse a la mirada acusadora de Richard. Aparte de Loveday, era con Allan con quien más tiempo compartía en la casa. Llevaba más de dos años en Edimburgo y su acento americano se había suavizado. Le encantaba trabajar con él en traducciones de Shakespeare para sus alumnos de intercambio. Tal vez porque Allan era el más serio de los habitantes de la casa, su carácter y el de Lucía

congeniaban bastante bien.

—¡Allan! ¿Por qué no has esperado? Iba ya para arriba.

—Prefería bajar y ayudarte. Estoy deseando salir hacia Oxford.

—¿Pasáis el fin de semana allí? —preguntó Lucía con una sonrisa al ver a Richard arrugar la frente.

—Superdivertido, un grupo de maestros de literatura shakespeariana reinterpretando lo mismo desde hace siglos. Lo único bueno es que nos han invitado a casa de unos amigos muy entretenidos.

Lucía se echó a reír, Richard se quejaba, pero le encantaba pasar los fines de semana fuera de la ciudad, conocer casas nuevas, gente nueva. Lo envidiaba por ello. Ella, que siempre se refugiaba en la crisálida que formaba la casa a su alrededor. Nunca había sido chica de fiestas, ni siquiera en la universidad. Pasó por el instituto y todas sus etapas de estudiante en la confortable idea de que ella no necesitaba la aceptación social o ser parte de ese grupo de gente popular. Con el tiempo se dio cuenta de que su postura había sido extrema, que aquellos años llenos de estudio, refugiada en la residencia, le habían pasado factura. No se desenvolvía bien socialmente, a veces se quedaba callada en una conversación y provocando un molesto silencio. No sabía cómo ser graciosa o interesante porque era demasiado tímida y retraída; le costó casi la mitad de ese año mantener una relación de amigos sin sentirse forzada con los habitantes de la casa. Mientras Bradley no estuviera presente, claro.

—¿Por qué no vienes, Lucy? —Allan se sentó frente a ella y comenzó a pellizcar las uvas que había lavado Richard.

—¡Eso, anímate! Lo pasaremos bien los dos, iremos de compras mientras Allan debate sobre *El rey Lear*. —Richard era un encanto, pero Lucía tembló solo de pensar en ir de compras con él. Seguro que le hacía gastarse la mitad del sueldo en faldas cortísimas y blusas semitransparentes que jamás se pondría. Estaba empeñado en ella como proyecto. «Si tú quisieras, Lucy, en un año te cambiaría ese look de empollona». Lo que Richard no comprendía era que las piernas gorditas, los brazos un tanto colgantes y el cinturón que le salía al sentarse no se iba por dejar de ser una empollona. No es que estuviera inmensa, a Lucía le sobraban unos kilos y le faltaba el cien por cien de autoestima.

—Creo que prefiero descansar este fin de semana. Tal vez vaya con unas amigas a tomar un café o algo así.

Richard y Allan se miraron por un momento. Querían a aquella española morena, de brillantes ojos azules, que siempre estaba para ayudar a todo el mundo, que agradaba a todos y no se daba cuenta de que estaba desperdiciando su juventud. Cerca de los treinta y dos, no

le habían conocido novio alguno. Ninguna amiga, excepto Loveday. Las únicas conversaciones eran con su tía, en España. Y, lo peor de todo, en la casa todos sabían que estaba loca y perdidamente subyugada por el Bradpower.

—¡Lucy! ¿Por qué no te animas y vienes? Nuestros anfitriones son de lo más divertidos. Estará también ese chico… ¿Cómo se llama, Allan? Matthew *nosequé*. Lo conociste en la gala de Nochevieja en la biblioteca.

¿En serio? Hoy se habían propuesto todos cambiar su vida. El café estaba empezando a sentarle mal, y Lucía se levantó dispuesta a encerrarse en la buhardilla hasta que Loveday, Richard y Allan desaparecieran y la dejaran sola, como le gustaba estar, con la única compañía de un libro y el sofá de la sala.

—De verdad, no insistáis —cortó las esperanzas de Richard.

—Te quedarás sola, Lucy —irrumpió Loveday en la cocina, con su negro y fatídico pronóstico que solo era para pasar a explicar que el fin de semana lo pasaba en casa de sus padres—. Papá quiere que vaya a casa este fin de semana. Hace semanas que no voy y, si no lo hago, se presentará aquí cualquier día a controlar todo, mi trabajo…

Lucía pensó si no se estaba obsesionando con las intenciones de sus amigos. Lo de quedarse sola no era un pensamiento transcendental de Loveday, era solo para constatar que ella también se iba a pasar el fin de semana fuera de Edimburgo. Loveday se sentó a la mesa y Richard, con una sonrisa, puso otra vez el agua a calentar para preparar otro té. Lucía era la única que tomaba café en aquella casa, odiaba el té que encantaba a todos sus compañeros. Vio la cajita donde los guardaban vacía y sacó otra del cajón.

—Allan, ¿vais en tren? ¿Podéis dejarme vuestro coche? Parece que va a hacer frío y el Bentley tiene estropeada la calefacción.

—Sin problema, Loveday, las llaves están donde siempre.

—¿Por qué no vienes, Lucy? La «malvada madrastra» te adora, lo sabes.

—No, gracias, Loveday.

Loveday siempre la invitaba, y ella últimamente siempre rechazaba la invitación. Para una persona tímida, Lewis Hall a veces era un infierno, llena de sofisticados invitados, con mil cosas que contar… Lucía se levantó en silencio, contenta de que al fin la dejaran en paz; no tenían malas intenciones, pero era como si hoy todos se hubieran confabulado para recordarle que no tenía planes para el fin de semana.

—¿Chicos? ¿Habéis recibido la invitación de Verena para el baile? —Loveday ya había olvidado su interés por que la acompañara.

—¡Oh, sí! ¿A quién se le ocurre un baile de largo en septiembre, y en las Highlands? ¿Cree que se trata de una jovencita? ¿Un baile para

su cumpleaños? Allan recogió las invitaciones de todos ayer y las puso en la mesita. —Richard estaba tan alarmado como Loveday y se enzarzaron en despellejar a Verena. No es que no lo mereciera, pero no tenía por qué oír cómo ponían a su jefa de vuelta y media.

Lucía se levantó en silencio, contenta de que al fin la dejaran en paz, no tenían malas intenciones, intentó recordarse.

—¡Lucy! Si vienes a Oxford, podemos ir a una de esas boutiques. Porque irás al baile, ¿verdad?

Lucía suspiró resignada. No, no habían acabado con ella, eran casi siempre adorables. Se sentó de nuevo cayendo sobre una de las sillas ante la mirada cómplice de Allan. Paciencia, decían sus ojos. La culpa de todo la tenía aquella maldita invitación a un baile en septiembre.

Capítulo 3

Habla bajito si hablas de amor.

Mucho ruido y pocas nueces, William Shakespeare

Salió de la cocina cerrando tras de sí la puerta para no seguir oyendo a sus amigos. Los adoraba, pero ya no era una niña, había elegido vivir así y era feliz. ¿Que tal vez debería salir un poco más? Puede que sí. Inmersa en sus pensamientos, chocó contra algo, fuerte, duro, con un olor inconfundible a algo macerado e intenso, peligroso y sensual. Él la cogió de la cintura. Bradley. ¿Por qué se había puesto unas mallas que dejaban sus michelines desprovistos de contención? Los ojos de Bradley descendieron hasta los suyos. Eran tan negros que captaban toda la luz de la habitación en ellos. Lucía creyó captar una chispa de diversión al sentir cómo metía estómago.

—¡Eh, Lucy! ¿Huías de la patrulla control?

Lucía sonrió avergonzada. Se notó la forma en que se separó de él, nerviosa, embriagada por el pequeño hoyuelo que tenía Bradley en la barbilla, su mandíbula angulosa. Llevaba otra de sus camisetas negras ajustadas.

—Están imposibles. Hemos recibido la invitación de Verena a su estúpido baile, quedan seis meses y ya quieren que me compre un vestido. Por cierto, se van todos el fin de semana.

Bradley sonrió, el Bradpower se desplegó por todas partes alcanzando con su cegadora estela todo cuanto le rodeaba, y Lucía creyó que sus piernas iban a convertirse en gelatina. ¿Por qué no se acostumbraba a su sonrisa?

—Pues creo que te quedas al mando, princesa, porque yo también paso el fin de semana fuera.

Lucía se mordió el labio, ¡cómo le jorobaba cuando él no daba detalles! ¿Una chica?

—¿Un fin de semana con una chica?

Bradley sonrió, ¿demasiado evidente había sido su interés? Lucía retrocedió, alzó las cejas con indiferencia fingida.

—No, o sí. Bueno, voy a ver a mi hermana a Londres.

¿La estaba engañando?

«Lucía, ¿pero a ti por qué te iba a engañar, tontina? Somos amigos, vivimos en la misma casa y no se te nota nada de nada que estás

colada por él».

—¡Qué bien! Disfrutad mucho. —Sin saber qué más decir, Lucía iba a marcharse cuando Bradley la cogió del brazo y la acercó a él. Antes de que Lucía fuera consciente, él le dio un beso en la mejilla. Era cosa suya o se había parado un momento de más cerca de la comisura de sus labios.

—Me despido, por si no te veo luego. Sé buena, princesa. —Guiñó un ojo a Lucía, que se quedó parada en el recibidor mientras él desaparecía por la puerta de la cocina.

«Si supiera que esos besitos fraternales me llevan al borde del infarto, estoy segura de que no lo haría». En un año sabía que aquellos detalles eran normales en Bradley, que él era así, tan acostumbrado a las chicas y su adoración absoluta que no reparaba en ella de otra forma que no fuera como en una amiga.

Muchas veces había ensayado frente al espejo que, cuando él la besaba en la mejilla, se giraba, al fin armada de valor, y le plantaba un pico en los labios. Si él sentía algo, abriría la boca y ambos se fundirían en un beso ardiente, lleno de pasión por el tiempo perdido. ¡Plaff! ¡Genial! Acababa de tropezar en la escalera, el Bradpower. «Lucía, tienes que encontrar la kryptonita de una vez por todas».

Los escuchó salir uno a uno. El escándalo de Richard y Allan, que habían olvidado algo. Allan, mucho más atlético que su pareja, había subido y bajado dos veces y, en la última, llamó a su puerta para lanzar a Lucía un beso a través del aire. Loveday pasó a despedirse y saber si había cambiado de opinión y quería acompañarla. Era sorprendente cómo podía ir en coche con esa minifalda. Últimamente, Lucía la veía más cansada, con ojeras que disimulaba bajo sus preciosos ojos azules. Tenía que sentarse a hablar con ella tranquilamente, si es que lograban coincidir un rato. Loveday era un animal social, pero siempre habían encontrado tiempo para confesiones y risas, tal vez la estaba evitando a propósito.

Tras la marabunta, vino la calma, y escuchó los últimos pasos en la casa: Bradley hablaba con alguien, desconocía si era por teléfono o alguna de sus visitas femeninas. Al rato, oyó la puerta de entrada cerrarse con fuerza, justo debajo de su balcón. Dejó el libro que leía, un consejo literario de Allan y, como si fuera un avispado ninja, fue de puntillas hasta la barandilla. Miró hacia abajo y vio a Bradley, su cogote más bien, ese pelo negro que parecía no perder nunca su forma bajo la humedad de la ciudad. Él abrió la puerta a una chica. Lucía solo atinó a ver unos pantalones ajustadísimos, una cazadora rosa chicle y el pelo pelirrojo de su acompañante. Una chica, cómo no. Bradley giró y fue a abrir su puerta, fue solo un segundo, él miró hacia arriba. Sus miradas hicieron contacto un instante, Lucía ahogó un gemido, Bradley la vio, la había pillado. Él le dijo adiós con la mano y

Lucía le correspondió a la par que se mordía los labios. Ay, qué tonta era. Una vez más, haciendo el ridículo, como si fuera una cabeza hueca en cuanto Bradley andaba cerca. Ya que la habían pillado, se quedó un momento más en el balcón hasta que el coche desapareció a lo largo de la calle Rothesay. Conque a ver a su hermana a Londres.

Lucía se quedó allí, la calle estaba vacía, comenzaba a chispear. Umm, lluvia, un buen libro, la casa para ella sola… Quizá se comería la tortilla de patatas que había hecho hacía un rato. Sola. Por un momento pensó en Richard y Allan, ¿tan malo hubiera sido acompañarlos? No conocía Oxford. Seguro que tendría ese ambiente a escenarios de *Harry Potter*, tejados de punta, callejones y escaparates de cuadrícula donde pegar la nariz en busca de antigüedades o varitas mágicas. Lucía apoyó el peso de su cuerpo en la barandilla. ¿Habría llegado ya Loveday? En un rato le pondría un mensaje. Lo que más le atraía de Lewis Hall, la casa de Loveday, era el camino a la playa, una salvaje porción de tierra entre la campiña inglesa y la exuberancia de las costas escocesas, tan llenas de árboles y matorrales como de acantilados escarpados.

Escocia se había metido bajo la piel de Lucía, quizá demasiado predispuesta durante toda su vida por conocer esas tierras y a su gente. La historia que impregnaba cada muro de la Royal Mile, el Museo de los Escritores, el castillo… Edimburgo era un paraíso para una historiadora reconvertida en documentalista por fuerza. Nunca pensó que en un trabajo meramente rutinario encontraría satisfacción, y jamás que encontraría un nuevo hogar.

Trasteó toda la mañana por la casa, recogiendo cosas. Leyó un rato, cocinó para ella misma y volvió a su habitación para continuar leyendo. Débiles gotas en el cristal la hicieron ir hacía el balcón y, al abrir, el viento se coló en la habitación. Se giró para entrar. Si la habitación se enfriaba, sería incapaz de calentarla en todo el fin de semana. Vio sobre la repisa de la chimenea la invitación de Verena como un molesto recordatorio de su vida sentimental. A ella no le importaba no tener planes para el fin de semana, ni que nunca se sintiera con fuerzas para acompañar a sus amigos. Eran los demás los que se intentaban meter en su cómoda vida, en su zona de confort. Ella era feliz así, ¿o no? Lucía bufó y se quedó un poco más en el balcón. Tenía cuarenta y ocho horas para poner a tope la calefacción y hacer que la vieja casa rugiera. Le apetecía ver cómo las nubes se abrían sobre la colina. Unos pocos rayos de sol se colaron sobre los tejados y la lluvia paró.

El rugido de un coche hizo que un grupo de chicos corriera hasta alcanzar la acera. Lucía observó el coche que entraba quizá demasiado deprisa en la calle y aparcaba en la acera de enfrente.

Capítulo 4

Estamos hechos de la misma materia que los sueños.
Nuestro pequeño mundo está rodeado de sueños.

La tempestad, William Shakespeare

Pronto amanecería. Matthew pensó que por una vez se dormiría en un avión porque estaba destrozado, roto de cansancio. Después de tres días en Nueva York, y todo el tiempo ocupado en reuniones, *brunchs* de trabajo, almuerzos con los socios y un calor impropio del mes de marzo en la ciudad de los rascacielos, acabó por pensar que no llegaría nunca al aeropuerto.

Tras largas tardes de excesos con el café y bebidas estimulantes para aguantar el jet lag y luego trasnochar, sentía la falta de ejercicio y del aire puro de Edimburgo. Rory MacLean había resultado duro de pelar y había tenido que ejercitar todas y cada una de sus dotes de persuasión. De ese modo, había logrado convencerlo de que sus negocios de expansión en Edimburgo y Londres pasaban por contar con el apoyo de la mayor agencia de publicidad en Gran Bretaña. Con su innovadora campaña en redes sociales, una presentación cuidada y expectativas quizá un poco altas, la publicidad había sido aprobada, y salió camino del aeropuerto con el contrato firmado en su maletín. Podía volver a casa y dormir durante horas.

Antes de embarcar, Rory lo había llamado para darle las gracias por su viaje exprés a Nueva York e invitarlo a su rancho en Texas en el futuro, quizá en el verano. Supo en ese momento que había conquistado el mercado americano. Matthew aceptó sin dudar. Su mejor cliente, su mejor cuenta hasta el momento, sin cargas familiares ni nadie esperando que volviera o se fuera de casa; sería divertido conocer el estilo de vida vaquero. Le hubiera gustado quedarse unos días más, recrearse tranquilamente con las diversiones de la ciudad, se sentía como si hubiera tenido que dejar una estupenda fiesta antes de poder disfrutar. Le molestaban aquellos viajes rápidos. Le apasionaba viajar, pero no de aquella forma, aunque la empresa le hubiera reservado una plaza en primera clase del enorme avión.

Se arrellanó en su asiento en primera, amplio, invitador, con la esperanza de que nadie se sentara a su lado, una esperanza que fue muriendo cuando una madre con un bebé se sentó a su lado ocupando

todo el espacio que podía. El pequeño, al poco de despegar, había decidido que eso de volar no era lo suyo. Matthew acabó aceptando la copa de cortesía que la azafata le ofreció, y después cenó porque no había otra cosa que hacer. La pobre mujer no tenía la culpa de que el bebé llorase. Fue el peor viaje de Matthew en toda su vida. Con los cascos puestos aseguró a la mujer que no se preocupara. Incapaz de dormir, se tragó otra vez la misma película que en el viaje de ida. Sus pensamientos eran incapaces de detenerse ante los últimos días llenos de estrés, su mente se negaba a darle un respiro, una y otra vez repasaba las actitudes de su cliente, sus palabras, algo que podía haber dicho, en un círculo del cual era difícil salir. ¿Y por qué no se sentía todo lo satisfecho que debería? Algo fallaba, no cuadraba, hasta que al final llegó a la conclusión de que no era nada relacionado con el trabajo, sino algo más que tenía que ver con su propia vida. Las fiestas, las chicas, la buena vida habían sido suficiente durante demasiado tiempo, esa sensación lo perseguía desde el año anterior, cuando su madre murió y lo dejo, cómo decir, en una posición acomodada. No era rico, pero con su sueldo y ese pequeño colchón empezó a preocuparse por cosas más serias.

Nunca fue un niño de mamá, no prestaba especial atención a los cariños y compromisos familiares, y su madre siempre ignoraba su aparente frialdad con ella y sus hermanos. Siempre pensó que la relación con ella se basaba meramente en el vínculo de la sangre, era su madre, ella le proveía de cobijo y alimento y él la respetaba aun cuando malgastaba la fortuna familiar en excentricidades como alojar en casa a una vieja amiga o regalar el reloj que había sido de su padre. Simple y llanamente, su madre y él nunca estuvieron de acuerdo en qué cosas eran importantes para gastar el dinero o no. Entonces ella murió, ese hecho inesperado dejó a Matthew traumatizado, hundido, nunca hubiera creído que su madre fuera tan importante en su vida. No pudo discutir más con ella acerca de si había malgastado el dinero, si siempre había sido frío con ella, nunca podría pedirle explicaciones de por qué se había muerto así, sin avisar. Del primer egoísmo y rencor pasó a recordar otras cosas de su madre, su aparente fortaleza, su sincera cordialidad, cómo conseguía ahorrar. Aunque su padre intentara constantemente quedarse el dinero, ella siempre encontraba la manera de tener recursos, como cuando le compró una hucha en su noveno cumpleaños y le instó a que dejara unos peniques a la semana. Había sido ella quien le enseñó a montar en bici y quien le curaba las heridas cuando era pequeño. Tal vez se había equivocado durante toda su vida, igual que con aquellos sueños de fortunas rápidas e invertir el dinero de los demás. Este dinero era suyo y ya no era un muchacho que tuviera aspiraciones de emprender un negocio millonario, así que trabajaba duro, cada vez más, a medida que los

años pasaban. Matthew comprendía que aquella década de los veinte parecía cada vez más lejana y que la próxima vez que necesitara pensar en su madre ella ya no estaría en su casita de Dummferline, para preparar una deliciosa comida, quedarse una noche descansando de su vida social, baños interminables, camas de sábanas desgastadas por el uso y, sobre todo, para ser él mismo.

Se alegró cuando el piloto anunció que llegaban a su destino en menos de media hora, se alegró de que el viaje acabara, ya no tenía que preocuparse por dormir ni porque los recuerdos lo siguieran acechando.

Llegó a su casa cerrada en el barrio Meadows, el cielo de Edimburgo parecía querer descargar una tormenta sobre la ciudad. Al abrir la puerta le recibió el olor a flores que indicaba que su asistenta había pasado por allí el día anterior. Se duchó, se vistió con otro traje igual al anterior y, con un té en la mano, se preparó para pasar el día en la oficina. Ahora tocaba, antes de descansar, contar a su jefe cada uno de los detalles del contrato y recibir alguna palmada en el hombro. Se miró en el espejo y vio las profundas ojeras que avivaban el verde de sus ojos. Cogió las llaves de nuevo, el maletín con el contrato y, cuando salía, vio el correo en el mueble del recibidor, lo ojeo hasta que encontró una nota entre la maraña de facturas, una invitación a cenar de su antiguo compañero del colegio y su mujer que vivían en la calle Rothesay. «Te he llamado al móvil mil veces y no contestas a los mensajes. A las siete o siete y media. Matt, tenemos grandes noticias, no faltes». Era hoy y, no, no podía faltar, era su mejor amigo desde el internado, aquel que nunca fallaba, demasiadas cosas se había perdido ya, y seguramente para esa hora estaría más despejado. Ni siquiera pensó en confirmar con ellos que iría, era impensable que no se presentara.

Pasó el día en la oficina, inmerso entre felicitaciones de los pocos que habían ido en lo que parecía un día de fiesta, reuniones hasta llegar a tal estado que pensó en rechazar la invitación. Se negó a seguir los indicios de que estaba exhausto, volvió a casa, se vistió y, tras otro té, volvió a coger el coche para ir hasta Rothesay Street, a la cena con sus amigos. Llegó un poco pasadas las siete y media, se había perdido dos veces en un trayecto que hacía una vez a la semana, aparcó en el vado de la casa de Roger y Penny, y, al bajar, admiró el clásico Bentley que había aparcado delante del suyo, una joya del siglo pasado y además descapotable, en un azul suave, perfecto para acudir a una fiesta. Llamó al timbre, las luces de la casa estaban apagadas, giró el picaporte, estaba cerrado, Penny siempre dejaba abierta la puerta exterior cuando lo esperaban. A Matthew le entró la terrible intuición de que había algo mal, volvió a llamar cada vez de forma más enérgica y probó con el teléfono de Roger. Nada, el

contestador.

—¡Hola!

Matthew miró a su alrededor sin poder discernir de dónde provenía la voz de mujer que le había saludado con ese extraño acento.

—¿Hola? —respondió pensando si no sería una broma de Roger.

—¡Aquí arriba!

Levantó la cabeza, una chica le hablaba desde la tercera planta del edificio que estaba al lado del de sus amigos. Se asomó un poco más y le dijo algo que no pudo oír, en ese momento pasaba un coche a toda velocidad. Matthew encogió los hombros, tal vez debería irse. ¿Quién era esa chica? Ella le indicó que esperase y se rindió, total, ¿qué más podía pasarle hoy? A los pocos minutos, un poco jadeante, la chica apareció por la enorme puerta de madera.

—¿Buscas a Roger y Penny?

—Tenían la obligación de darme de cenar —comentó irónico, ya era evidente que no había nadie en la casa—. Son amigos míos, me habían invitado, pero temo que se hayan olvidado. Estaba de viaje en Nueva York y recogí una nota suya del correo.

—Se han marchado esta mañana, me pidieron que echara un vistazo a la casa.

Miró a aquella chica, extranjera, vestida con unos vaqueros, el pelo castaño, ensortijado y largo le caía sobre la camiseta negra. Lo miraba con sus ojos azules un tanto inquisidores. No era alta ni delgada, más bien tímida, evitaba mirarlo a los ojos, como si se arrepintiera de haber bajado. En absoluto su tipo. Y la cuestión era que a Matthew le sonaba su cara, esa molesta sensación de saber que has visto ese rostro en otra ocasión y no lograr ubicarlo en un momento y tiempo determinados.

—Imposible, había quedado con ellos hoy, día veinte, para cenar.

—Pero hoy no es veinte, es diecinueve —susurró la chica, esbozando una leve sonrisa, había comprendido antes que Matthew el problema.

Comprobó el móvil, la chica tenía razón. ¿Cómo iba a ser domingo y haber gente en la oficina? Por eso se encontró con tan poca gente, el jet lag, la diferencia horaria, el maldito avión. Mañana, domingo, es veinte. La chica tenía razón, ¡menuda cagada!

—Creo que tienes razón —dijo repasando la semana completa y lo que había hecho cada día—. Acabo de volver de Nueva York, he regresado esta mañana, pero ni siquiera he mirado mi móvil y, si lo he hecho, no he visto el día que era. Oye, tengo la sensación de que te conozco, pero no…

Los ojos azul intenso de Lucía se abrieron, no podía creer que él lo recordara.

—En varias fiestas, la última en Nochevieja. ¿Matthew? Pero creí que ibas a Oxford con Richard y Allan.

—Tuve este viaje inesperado, por negocios, y anulé el viaje a Oxford.

No se acordaba, era natural, esa chica no hubiera llamado su atención en una fiesta tan multitudinaria ni en un millón de años, y menos aún al ir con Shelly, una guapa pelirroja, modelo hacía unos años.

—Lo siento, sabía que me sonaba tu cara, ¿cómo te llamas?

—Lucía.

Vale, ahora que estaban debidamente presentados, reconocidos y Matthew se sentía como un idiota, notó el rugido de su estómago. Iba a abrir la boca para despedirse cuando ella pareció tomar aire.

—¿Quieres entrar a tomar algo? Quizá una copa, iba a cenar y, si te apetece, puedes acompañarme. —Ella señaló la enorme casa victoriana a sus espaldas.

¿Habría oído Lucía el rugido de sus tripas? Matthew miró su Audi, aparcado en el vado de sus amigos y dudó.

—Espera, muevo el Bentley y puedes aparcar justo detrás, no queremos que te multen.

Matthew la miró con los ojos de par en par. ¿El Bentley? ¿La casa victoriana? Empezó a atar cabos; vecina de Roger con un trabajo en un bufete de abogados y un sueldo astronómico. Estaba ante Lucía, una muchacha tímida a la cual se notaba que le había costado un mundo, primero, hablarle y, después, invitarle a pasar a su casa, y debía de ser inmensamente rica.

—Eres muy amable, Lucía, encantado de aceptar.

Capítulo 5

Si la ama no podrá verla. ¿Por qué? Porque el amor es ciego.

Los dos hidalgos de Verona, William Shakespeare

Matthew esperó fuera a Lucía, que había ido a por las llaves del Bentley e hicieron la maniobra de juntar los coches para que no ocupara el vado de ningún vecino. Siguió a la chica al interior, un recibidor de madera, los techos, las columnas, el suelo enmoquetado, todo le pareció a Matthew de una opulencia extrema, nada ostentoso, la casa ya de por si lo decía todo.

—¿De dónde eres? —preguntó Matthew mientras ella lo conducía hacia un extremo y comenzaba a sujetar su chaqueta, la colgó en una percha atestada de prendas.

—Española, trabajo en la Biblioteca Nacional, traduzco documentos antiguos del español al inglés, principalmente para exposiciones o estudios.

—Interesante. —Matthew lo dijo en serio, no demasiado entusiasta, no fuera de esas chicas que comenzaban a hablar de trabajo y ya no sabían entablar otra conversación.

Matthew se distrajo con la escalera de madera, una belleza arquitectónica que solo había visto en las grandes mansiones de la época victoriana. Lucía llamó su atención para preguntarle en qué trabajaba y se mostró escueto. Estaba cansado, necesitaba sentarse y tomar una copa, algo que lo relajara. La ausencia de sus amigos había sido la gota que colmaba su vaso del día.

—¿Copa o cena?

—Primero copa y después cena. —Sonrió conmovido, debía de estar tan mal por fuera como por dentro, porque Lucía lo miró con pena.

Lo llevó a la cocina, una amplia sala rectangular de baldosines blancos, con una gran isla central y unas sillas cómodas en torno a una enorme mesa de madera. Un olor especiado, a patatas cocinadas. Un postre con olor a limón. Matthew se empapó de aquellos olores que lo transportaron a casa de su madre, hacía tiempo que no entraba en un lugar que le recordara a ella.

¿Quién era esa chica que le llevaba de la mano hacia otro rincón

de la niñez olvidado? ¿Por qué estaba allí en lugar de camino a su piso donde le esperaba una copa y dormir hasta el lunes? Tenía que dejar de repetirse que había sido por pena hacia la chica, porque en realidad en ese momento supo que deseaba compañía, cenar con alguien, hundirse en una confortable conversación con ella. Debería decir algo elocuente, allí de pie, en mitad de la cocina, no se le ocurría nada viendo a Lucía buscar unas copas y preparar unos platos.

—Es una casa preciosa.

—Sí —susurró ella concentrada en cortar unas hojas de lechuga. En un momento preparó una ensalada—. Puedes empezar, me había preparado una tortilla española, podemos picotear eso, algo de queso y hasta tenemos ensalada.

En otras circunstancias se hubiera mostrado comedido, pero caía rendido de hambre, cogió un trozo de tortilla, se deshizo en su boca, el sabor a huevo, la patata tierna. Había probado ese plato español, pero nunca le había sabido tan bien.

—Está riquísima.

—Gracias, ¿quieres vino? Es de mi país.

Matthew aceptó el vino, lo paladeó, empezó a sentirse a gusto con esa chica de profundos ojos azules. Cada vez que le ofrecía algo esperaba con los ojos abiertos su aceptación, extremadamente tímida, intentaba ser una buena anfitriona, y desde luego lo era. En todos sus años en las visitas a casas de amigos, era costumbre invitar y ser invitado a las casas de campo. Al fin y al cabo, compartías el internado con cientos de chicos de tu misma edad. Había comprendido que se puede tener la más opulenta de las casas, la mejor comida del mundo, pero encontrar a un anfitrión que consiguiera que estuvieras como en casa era difícil. Lucía lo había conseguido.

—Déjame ayudarte a recoger, por favor.

Lucía rozó su brazo para que se mantuviera sentado.

—No hace falta, de verdad, el jet lag es lo peor del mundo, el próximo día quizá deje que cocines tú para mí, Matthew.

—Llámame Matt, por favor.

Ella abrió los ojos, esa mirada profunda e inteligente.

—Matt, genial—. No supo que más decir, había vuelto la timidez —. Vamos si quieres al salón, tomemos una copa. Ve tú primero, toma. ¿Whisky?

Asintió como un niño bueno, Glenfiddich, su favorito. Tomó la botella que ella le tendía.

—Siéntate si quieres en los sofás, debo de tener en algún sitio unos vasos…

La dejó sola con una sonrisa, mientras ella abría y cerraba armarios, la curiosidad mataba aquella extraña sensación. ¿Matt? Nadie lo llamaba así, solo su familia, ¿por qué lo había dicho? Quizá

la sonrisa candorosa de Lucía, su sencillez, no necesitaba ser elocuente o ganarse a su anfitriona, tampoco quería un lío con ella, solo estar así, relajado. El salón no le decepcionó, más madera noble en el techo, la chimenea encendida, sofás de cuero gastados, como entrar en uno de esos viejos clubs de caballeros de la Old Town. Se sorprendió de la cantidad de fotos por todas partes, de Lucía y de otra gente, en actitudes divertidas o solemnes en lo que se suponían actos en la universidad, en la biblioteca… Dejó la botella sobre la mesa y vio un pequeño aparador con vasos de whisky, siguió escuchando a Lucía recoger la cocina y cogió dos. Podía haberle gritado o ir a avisarla a la cocina de que ya tenía vaso, pero las piernas dejaron de funcionarle, se sentó en uno de los sofás frente al calor y se sirvió una generosa copa.

Lucía terminó de recoger los platos y cubiertos, encontró dos vasos parecidos a los que los chicos utilizaban, ella nunca bebía, ni siquiera sabía dónde se guardaban. Llegó al salón con una sonrisa en los labios, contenta de poder seguir jugando a la anfitriona perfecta, esbozó una sonrisa, ese hombre le gustaba y mucho. En el sofá frente al fuego encontró a Matt dormido. Era de prever, el pobre estaba roto. Le quitó con cuidado el vaso de las manos, apoyadas en el regazo, y observó su rostro dormido. Era atractivo, el pelo castaño, quizá un poco largo, le caía sobre el ojo derecho, la camisa se pegaba a sus músculos, no demasiado pronunciados, pero lo justo para apreciarlos tensos bajo la tela. Lucía cogió la manta de otro de los sofás y se la echó encima. ¡Genial, Lucy, querida!, diría Loveday, acabas de dormir a un hombre guapo en nuestro salón. Solo tú eres capaz. Resignada, Lucía se dejó caer en silencio en el sofá orejero de enfrente y apoyó la cabeza con la mirada sobre él.

Matt se despertó al sentir la claridad del sol sobre el rostro. Desorientado, miró a su alrededor y vio el salón de techos de madera oscura. Recordó la noche anterior, que se había quedado dormido con la copa en la mano, miró hacia el suelo en busca del vaso hecho añicos y un estropicio en las carísimas alfombras, la chica debía de pensar que era un impresentable. No había nada de eso, el vaso reposaba vacío sobre una mesita y él estaba tapado con un *plaid* escocés. El fuego de la chimenea estaba apagado, pero la casa debía de tener calefacción porque no se notaba el frío de la mañana. Dio un respingo cuando se encontró con los profundos ojos azules de su anfitriona justo enfrente, sentada en el otro sofá con las piernas bajo el cuerpo y otro *plaid* tapando la parte inferior de su cuerpo.

—Buenos días —susurró Lucía con una tímida sonrisa.

—¡Vaya! Buenos días. ¡Qué vergüenza! Creo que me quedé dormido en el mismo instante en que me senté. —Matt se alisó el pelo

con una sonrisa, espontanea, nada planeado, y hasta él mismo se sorprendió por sentirse tan a gusto, no tanto como cuando reparó en lo preciosos que eran los ojos de Lucía, las pequeñas pecas en sus pómulos, ni ápice de maquillaje en su piel tersa y cierto tono canela, reflejo de su procedencia española.

—No te preocupes —volvió a decir Lucía—. Richard, cada vez que se sienta en uno de estos sofás, se queda dormido al instante.

—¿Richard? —¿Había un novio o marido, hermano quizá?

Al ver su desconcierto, Lucía sonrió.

—Esta es una casa compartida, pertenece al patronato de la universidad, todos los que vivimos aquí trabajamos allí o, en mi caso y el de Loveday, en la Biblioteca Nacional.

Matthew lo entendió al momento. En su cansancio no había detectado las señales, la gran cantidad de toques masculinos en la casa, los percheros llenos de chubasqueros, la enorme cantidad de comida en los armarios y el frigorífico.

—Entiendo. ¿Cuánto llevas viviendo aquí?

—Solo un año y medio, no me costó mucho adaptarme, pero echo de menos hablar en castellano y muchas costumbres de mi país.

Lucía por un instante se preguntó si había hecho algo mal, la expresión de Matt había cambiado a algo indefinido, ya no se le notaba tan relajado. Y ¡oh! Estaba tocado con la gracia de quien despertaba despeinado y somnoliento y seguía siendo atractivo.

—¿Has dormido aquí?

—Pensé que si me acostaba no me encontrarías, mi habitación está en la buhardilla —contestó Lucía con cautela, no quería meter la pata, espantar a Matt.

Matthew sonrió ante su propia estupidez, la chica en ningún momento había dicho que el deportivo clásico de ahí fuera era suyo ni que la casa le pertenecía, la verdad es que él solo se había montado una película. Lo había pasado bien, había comido una excelente cena y Lucía era una cómoda compañía.

—Creo que debo irme, Lucía. La casa es preciosa, siempre he pensado que estas casas tienen encanto, son acogedoras. —Se levantó con una sonrisa sin acertar con las palabras adecuadas—. Espero que nos veamos pronto.

—Puedes quedarte a comer, ya es más de mediodía, no es ninguna molestia, supongo que ayer no tuviste tiempo de ir a comprar, ya sabes, por el viaje a Nueva York. Tengo dos filetes de *sirloin* y patatas…

Matt se sintió culpable, la expresión de Lucía le decía que, si se marchaba ahora, pensaría que era por ella. Era mona, pero es que no era su tipo. No le echaba más de treinta, la inocencia en su forma de comportarse y la ausencia de flirteo lo desconcertaba.

—Me encantaría, pero después prometo dejarte tu fin de semana para ti y que dejes de cuidar de mí. Por cierto, ¿y los demás? ¿Tus compañeros de casa?

—Todos han salido de fin de semana.

—Una suerte para mí.

Lucía puso una de esas sonrisas sinceras, agradecida por el cumplido.

Matthew pensó que aquella chica que ahora se movía por la cocina con eficiencia era hogareña. Sus amigas eran, la mayoría, completamente inútiles en la cocina, uno de los dos factores comunes en todas ellas; el otro el aspecto, jóvenes y delgadas, piernas largas. En general, chicas que a veces hacían grandes esfuerzos por retenerle y de las que él, tras un tiempo, huía. Así, a sus treinta y cinco años, y mientras todos sus amigos formaban una familia, él se había ido quedando solo, aceptando sus invitaciones esporádicas y convirtiéndose en el tío Matt.

—¿Te gustó Nueva York? —preguntó Lucía mientras preparaba una salsa para los filetes con total eficiencia.

—Ya había estado. Me gusta su aire de gran ciudad, tan diferente a Edimburgo.

Lucía, de forma inconsciente, chupó la cuchara de la salsa al terminar de remover y Matt frunció el entrecejo, sintió un pequeño latido apresurado en el corazón ante la sonrisa abierta de ella.

—Edimburgo es entrañable, no sé, siempre he pensado que Nueva York es frío e impersonal, no tiene el encanto de esta ciudad. Aquí puedes pasearte una y otra vez por la Royal Mile, el castillo, el palacio de Holyrood, y apreciar una cosa nueva cada día. ¿Y los callejones? ¡Me he perdido tantas veces en ellos! Parece que las voces hacen el mismo eco que hace siglos, me hace sentir… ¿Y cuándo caminas sobre el empedrado?… —Lucía se detuvo al ver que su entusiasmo hacía sonreír a Matt.

—Yo tampoco viviría en ningún otro sitio, aunque ya no consiga ver la mitad de las cosas de que hablas, supongo que haber nacido aquí desprestigia un poco mi concepción de la belleza. ¿Te quedarás aquí, Lucía? ¿Indefinidamente? Quiero decir.

—Nada me ata a mi país ya, aunque, según mis amigos, si no me esfuerzo, tampoco tendré nada en Escocia que me retenga. Supongo que quiero quedarme, pero la palabra «indefinidamente» es demasiado larga y seria.

Matt se preguntó si no habría ningún chico en la vida de Lucía, por como lo dijo, sospechaba que una ruptura la había llevado hasta Edimburgo y a dejar su país.

—Yo espero que te quedes, Lucía, tu tortilla de patatas está buenísima.

Lucía sonrió.

—¡No seas tonto! Puedo enviarte una por Fedex —dijo guiñándole un ojo.

Matt lo sintió, de nuevo esa sensación de hormigueo en el corazón, trató de obviarlo y se puso a ayudar a Lucía con la comida en todo lo posible.

Dos horas después, se despidió de Lucía, comenzaba a oscurecer, las farolas de la calle comenzaron a iluminarse y la cocina se iba quedando en sombras. Ella lo acompañó a la puerta, no intentó en ningún momento retenerle ni usar ninguna treta a las que Matt estaba acostumbrado.

—Adiós, Matt.

—Podemos quedar algún día.

—No tienes por qué prometer nada, solo me he comportado como una buena samaritana.

Matt sonrió, aquella chica era un tesoro. Se inclinó y la besó en la mejilla, olía a perfume de rosas frescas y quizá lavanda. Montó en su coche y, al levantar la vista hacia la casa, vio que ella ya no estaba ahí y la puerta permanecía cerrada. Una sensación de abandono lo inundó y, aun así, Matthew sonrió para sí mismo, negó con la cabeza y encendió el motor. Lucía. Le gustaba aquella chica de un modo nuevo y refrescante.

Capítulo 6

Los enamorados pueden andar sobre las telas de araña
que se mecen en el tibio calor de verano, así de leve es la
ilusión.

Romeo y Julieta, William Shakespeare

Loveday volvía a Edimburgo enfadada. Si Lucy no fuera tan cabezota la hubiera acompañado, se sentía culpable al dejar sola a su amiga. Lucía era demasiado introvertida y a veces creaba ese mundo de lecturas y hogareño en torno a ella para evadirse del mundo. Otras veces la entendía, ahí fuera podían hacerte daño, pero también podías encontrar personas maravillosas. El fin de semana no había sido algo memorable ni digno de recordar, la suave llovizna los había retenido en el interior la mayor parte del tiempo, aunque no podía negarlo, siempre era agradable estar en casa. Todo rutinario, algunos invitados, todo igual que siempre. Excepto por él. Angus, qué nombre tan terrible para un hombre casi en la cuarentena, lleno de juventud y una sonrisa que no se prodigaba demasiado, pero tan atrayente que Loveday se encontró más de una vez observando al invitado de su madrastra en la cena del sábado. Al principio, lo había clasificado en la categoría de esos hombres que la miraban como un trofeo, la sofisticada hija de lord Lewis, aunque después se ganó su simpatía con sus comentarios a tiempo y su moderación al hablar. Se había interesado por su trabajo realmente y no como los demás, para después explayarse en contar su importante puesto en una impresionante firma de Londres, con sedes en medio mundo, algo de valores bursátiles y acciones que solo su padre parecía seguir y un tema al que él dio esquinazo con elegante soltura al ver que Loveday escuchaba distraída.

—¿Puedo llamarte alguna vez? ¿Me darás tu número de teléfono? —había preguntado él esperanzado.

—No.

—¿Por qué no?

—No le doy mi teléfono a todos los hombres que conozco.

—Soy amigo de tu madre.

—Madrastra, y son muchas las personas que son invitadas a esta casa.

Notó el desconcierto de él, era atractivo, soltero, ahora tal vez

estaría planteándose si había malinterpretado la conducta de Loveday. Quizá hasta pensara que todo había sido resultado de aquel mareo a causa de las copas después de cenar.

—Tienes que ganártelo, Angus.

Y en un arrebato le besó en la mejilla, un final épico, le gustaba aquel hombre que la miraba con una sonrisa en los labios. Anna, la madrastra de Loveday, le daría su número, lo sabía, durante toda la noche había intentado emparejarlos como una mamá gallina. Tal vez le diera una oportunidad.

Todo el camino había chispeado, las nubes amenazaban otra tormenta. Aparcó en el hueco junto a su Bentley, el coche de Richard y Allan era calentito y confortable, tenía que devolver el deportivo a su padre y comprarse un coche solo para ella, un Mini, tal vez. Era la primera en regresar del fin de semana, domingo por la tarde, las luces de la calle acababan de encenderse, siempre prefería salir antes para no encontrarse el típico atasco a las afueras de Edimburgo, seguro que Lucy estaría cocinando una de sus ricas especialidades españolas para cenar o leyendo un libro.

Abrió la puerta decidida a no empaparse. No podía creer cuando vio cómo Lucy, en camiseta y bragas, corría escaleras abajo y entraba en el salón batiendo la puerta contra la pared. Loveday sospechó, entornó los ojos y fue tras ella a toda prisa, sin quitarse siquiera el abrigo. ¿Qué intentaba ocultar Lucía?

—¿Qué haces, Lucy?

—Nada.

Vio a su amiga esconder unos vasos de licor a la espalda, la mirada de Loveday recorrió el salón, los *plaid* desordenados, el sofá orejero girado y la tela arrugada, como si alguien hubiera dormido allí.

—¡Pero, Lucy, has tenido compañía! ¡Y yo arrepentida de haberte dejado sola! —Loveday sonrió, las mejillas encendidas de Lucy eran muestra de que era cierto.

—Sí, pero no te imagines nada raro, solo cenamos y luego él se quedó dormido…

—¡¿En serio?! Traes a un chico por primera vez en un año y él se queda dormido. Querida, o tú le has aburrido hasta morir o él era tonto.

Lucía miró a Loveday, aún con el abrigo puesto y el pequeño bolso de firma colgando del antebrazo.

—Estoy agotada, Lucy, ven, subamos y me cuentas quién es ese bello durmiente.

—¿Y tu fin de semana? ¿Qué tal ha ido? ¿Divertido?

—Nada extraordinario, Lewis Hall está como siempre. ¿Han vuelto los chicos? Le pedí a Richard un sombrero de Oxford, de esa tienda tan famosa, ¿crees que se acordará?

Allan al fin vio la estación, el tren a Edimburgo llegaba con media hora de retraso, después de aquel fin de semana solo deseaba comer algo ligero y meterse en la cama. A su lado, Richard cambió de postura con un aspaviento, para hacerse notar. Estaba enfadado con él, llevaban un tiempo en el cual la más leve de las cosas desataba una discusión molesta, sin gritos ni reproches, solo un silencio aterrador entre ambos durante unos días. Luego, inevitablemente, se reconciliaban en la cama. Richard lo achacaba a que él no había tenido relaciones duraderas antes de que ambos se fueran a vivir juntos y no sabía cómo manejar una evidente crisis. Allan lo achacaba a la constante inseguridad de Richard, él no tenía la culpa de que George, su anfitrión, hubiera congeniado con él y fuera también profesor de Literatura. Lucy era la única que sabía de aquel bache entre ambos, solo había confiado en ella, Loveday siempre estaba demasiado ocupada con sus cosas y Bradley, bueno, era Bradley, qué más se podía decir. Richard se negó a contestarle cuando le ayudó a bajar los bultos del tren, sus ojos marrones lo atravesaron al intentar quitar la maleta de sus manos.

—Richard, escucha, no quiero seguir enfadado.

—No pensabas eso cuando, en vez de venir al pub con nosotros, te quedaste con él en casa.

—Después de la conferencia no me apetecía salir. Richard, no sé si lo sabes, pero es hetero, no vi ningún problema en quedarme con él y su mujer, en casa, tomando una copa tranquilamente.

Richard giró la cabeza, como esas veces en que sabía que estaba equivocado y no quería admitirlo, Allan pronosticó otra semana sin hablarse hasta que en un momento dado decidiera perdonarlo sin una aparente cordura detrás.

—Perdona, Allan, es solo que me hubiera gustado que vinieras, aunque solo fuera un rato. A veces echo de menos estar a solas contigo, juntos hubiéramos dado esquinazo a esos pelmas.

Allan lo miró perplejo, aquello era más grave de lo que pensaba, Richard admitiendo la verdad. ¿Y si estaba confundido y era más terrible de lo que pensaba? ¿Y si Richard no estaba celoso porque se hubiera quedado en casa, sino que él había conocido a alguien en el pub? Lo siguió pensativo mientras vigilaba su cogote, ¿estaban pasando una crisis de pareja? Solo entonces se dio cuenta de que Richard le había cargado con la maleta, la mochila y las chaquetas. Y bufó, siempre igual.

Llegaron a la casa sobre las seis y media y Allan se quedó mirando la maleta y el resto de las cosas. El taxista lo había dejado todo al pie de las escaleras. Deseó haberse quedado ese billete en el bolsillo cuando Richard solo cogió su mochila y subió las escaleras.

—¡Eh, Allan! ¿De vuelta? —Bradley también acaba de llegar, inclinándose, pagó al taxista y se acercó a él—. ¿Qué tal Oxford? ¿Sigue en su vetusta oscuridad?

Allan sonrió, Bradley tenía todos los signos de haber pasado una noche de juerga, el pelo revuelto, la misma ropa que lucía el sábado al irse y aire de cansado.

—Un día te vas a quedar dormido en el avión y van a volver a llevarte en el puente aéreo de vuelta a Londres. Por cierto, ¿qué tal la *city*?, hace siglos que no voy.

—Han abierto un nuevo sitio espectacular, mi hermana y sus amigas me llevaron.

Richard, en el vestíbulo, saludó a Bradley.

—¡Chiiiicas! —gritó hacia la escalera—. Creo que sí están. Lucy, seguro, no ha ido a ningún sitio. —Miró arqueando las cejas a Bradley, no pretendía que se casara con su amiga, solo que le diera un buen meneo a la vida monótona de Lucy. Inexplicablemente, Bradley la trataba como una amiga, la única que había tenido en toda su vida porque todos sospechaban que hacía dos años él y Loveday pasaron una noche «especial». Convivían, sí, pero ambos no permanecían nunca en la misma habitación solos. Demasiado iguales, pensaban todos.

Lucy y Loveday bajaron a saludarlos. Ya en la escalera, Lucy clavó su mirada en Bradley, tenía unas ojeras espantosas y el pelo revuelto; estaba guapísimo. Él las saludó con un guiño y fue hasta su habitación junto a la cocina. Le oyeron soltar un taco y volver sobre sus pasos.

—Lucy, mi habitación está revuelta, ¿ha entrado alguien en casa?

Lucía pensó que él mismo la habría dejado así. Ella ni se había acercado y, la única visita que había tenido, prefería que los chicos no lo supieran, ya había tenido que soportar la regañina de Loveday al dejar que su invitado la tratara como a una chacha y después se durmiera. Matt ni siquiera se había acercado a la habitación de Bradley.

—La habrás dejado así —sugirió Richard.

El timbre sonó en ese momento y todos se callaron, Lucía era la que estaba más cerca de la puerta y abrió sin pensar. Matt estaba allí, de pie, se había cambiado los pantalones por unos vaqueros grises y llevaba el abrigo abierto dejando entrever una camisa blanca. Lucía no pudo evitar mirarlo de arriba abajo, aún estaba más guapo que el día anterior. Parecía descansado y sonriente, en las manos llevaba un ramo de rosas rojas, abundante y precioso, envuelto en papel de estraza blanco.

—Hola, Lucía.

—Hola, Matt, ¿qué tal estás?

Matthew sonrió abiertamente.

—Mucho mejor gracias a ti. —Apostaba porque Lucía se había sorprendido de verdad, hacía unas horas le había quedado claro que ella no esperaba volver a saber nada de él. No iba desencaminada, Matthew volvió a pensar que no era su tipo. Lucía llevaba un jersey amplio, azul del color de sus ojos, tan largo que ocultaba su figura hasta casi las rodillas, enfundadas en unas mallas negras. No, no era una chica sofisticada, y sin embargo no se le había quitado de la cabeza el resto del día su sonrisa, lo bien que se había sentido a su lado. Se encontró yendo a la cena con sus amigos al lado de su casa y le pareció una descortesía no darle las gracias por cómo se había portado con él. Al pasar junto a una floristería, y sin pensar mucho en ello, decidió que llevar unas flores a Lucía sería lo apropiado, y ahora estaba allí, ante esos preciosos ojos sin reproche alguno, solo alegres por verle de nuevo.

—Te traigo unas flores, ya sabes, vengo a cenar a casa de mis amigos y hoy sí es el día y la hora. Pensé en darte las gracias.

—Gracias, Matt —susurró. Lucía mantenía la puerta entreabierta, las voces que procedían del interior se habían silenciado, solo algún susurro—. No tenías que haberte molestado, fue un placer. ¿Quieres tomar una copa antes de ir a cenar?

—No, muchas gracias, ya llego tarde.

Lucía cogió las flores con cuidado y el papel de estraza sonó al cobijarse junto a su cuerpo. Ella se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

—Es todo un detalle, Matt. —Otra vez su nombre acortado que le sonó a un susurro de juventud—. Pásalo bien.

Matt se quedó un momento parado, ¿y si invitaba a Lucía a casa de sus amigos? Se sintió raro. Era un error.

—Nos vemos entonces.

—Adiós, Lucía.

La puerta se cerró antes de que llegara al final de los escalones y creyó oír de nuevo un alboroto y gritos desde el interior. Con las manos en los bolsillos, Matthew subió los escalones de la casa de al lado y llamó al timbre. Ya está, Matt, se lo has agradecido hasta con flores, se acabó.

Capítulo 7

Se puede hacer mucho con el odio, pero aún más con el amor.

William Shakespeare

Lucía se despertó feliz. La tarde anterior, por una vez, fue la estrella del fin de semana, todos la interrogaron acerca de su visitante misterioso que no era tan misterioso. Richard y Allan lo conocían. De hecho, si Matthew no hubiera tenido ese viaje inesperado a Nueva York, hubieran coincidido en Oxford. Y si ella hubiera decidido acompañarlos hubiera coincido con él, o no, él seguiría teniendo que volver de su viaje, o sí, las reglas del destino escapaban a su entendimiento.

Solo sabía que estaba en el momento adecuado y el lugar adecuado para echar una mano a Matt. Era un encanto, una compañía agradable, atractivo, y por mucho que hubiera sido el perfecto invitado, correcto y divertido y le hubiera traído un enorme ramo de rosas, cosa que no ocurría a menudo en la vida de Lucía, no tenía esperanzas. Los chicos como él no se fijaban en chicas como ella. Suspiró al bajar las escaleras, Matt era muy parecido a Bradley, del tipo inalcanzable para una mujer normal. ¡Bradley! Esperaba encontrarlo en la cocina, que no se hubiera ido ya, estaba bastante preocupado por el tema de su habitación revuelta mientras que los demás pensaban que solo la había dejado como siempre, desordenada.

—Hola, preciosa —saludó él, ya estaba vestido con un pantalón vaquero ajustado y una de sus camisetas negras.

A Lucía no le extrañaba que sus alumnas babearan detrás de él por todo el campus. Con toda seguridad, era el profesor con más tutorías de la historia de la universidad. Bradley, desbordado, había creado un singular sistema para atender a sus alumnos, de dos en dos, nunca solo con un alumno. Por experiencia, había comprobado hacía unos años que quedarse a solas con uno de sus alumnos o alumnas en su despacho podría traerle graves problemas. Lucía sonrió.

—Buenos días, Bradley.

—He hecho café. —Señaló él, con ese aire de dejadez al mover la cabeza. Café era igual a «hoy no puedo moverme», y Lucía tembló. El Bradpower hizo que su corazón latiera tan deprisa que seguro que le

salían chiribitas por los ojos.

—Gracias. Oye, Bradley, sobre lo de ayer, te juro que nadie entró en tu habitación. Me siento responsable, me quedé sola en casa, pero he pensado: ¿no le habrás dejado a alguien la llave en algún momento? La verdad es que pasé la mañana arriba y no oí nada.

—No te sientas culpable, tú al menos me crees.

Otra vez esa manía de pillarla por sorpresa con un beso en la mejilla. Podía ser su forma de agradecer que era la única que lo creía, pero a ella le palpitaba hasta el alma.

—Olvídalo, Richard y Allan no están en su mejor momento y Loveday volvió rarísima de casa de sus padres.

—La solariega Lewis Hall, no entiendo qué hace compartiendo casa cuando puede permitirse un edificio entero.

Otra vez la animadversión de esos dos.

—Supongo que no quiere estar sola. Escucha, ¿has pensado eso de la llave?

Bradley dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco.

—¡No voy dándole la llave a todas las chicas a las que me tiro!

—Tranquilo, lo sé, pero ¿estás seguro? ¿Que te tiras? ¡Puaaff, Bradley, mal, mal!

—¿Y tú, Lucy? No me juzgues, dejaste entrar a un desconocido en casa.

—No era un desconocido, te lo he dicho, es amigo de Richard y de Allan. Además, lo conocía de varias fiestas.

Bradley frunció el ceño, una deliciosa mueca que acentuó las arruguitas de su frente. Lucía se lo comería con patatas, con helado. ¡Qué diablos, hasta con brócoli!

—Perdona, el tío no me cayó demasiado bien.

—Pero si no le conoces, no pasó de la puerta.

—Las flores, ¿quién trae en este siglo flores a una chica?

¡Ohhh! Ahora era ese momento en el que el Bradpower moría irremediablemente, a veces era un neandertal carente de romanticismo, pero, claro, a él no le hacían falta las flores.

—Heather.

Pronunció el nombre con cierta sequedad, un silencio después, como si aún fuera tabú en aquella casa pronunciar el nombre de la única mujer que durante un año ocupó el corazón de Bradley, la única con suficiente paciencia y generosidad para compartirlo. Pero claro, luego, cuando una noche lo atacó con un cuchillo de cocina, supieron que no era solo preciosa y tenía unos ojazos enormes, sino que estaba loca, loca textual, había tenido bastantes problemas mentales desde la adolescencia. Desarrolló una extraña dependencia con Bradley, no le importaba que flirteara con otras chicas, pero se presentaba a las horas más imprevistas, reclamando su atención solo para ella, como si

fuera parte de la casa y ella el centro de todas las situaciones y conversaciones. Lucía no llegó a conocer a Heather, no era para ella más que una serie de anécdotas que los chicos y Loveday sacaban de vez en cuando, siempre cuando Bradley no estaba presente. Esas cosas que se susurran por si el diablo aparece.

—¿Tu exnovia?

—Preciosa, no la llames así. Sé que salió hace poco del hospital. Su padre me llamó para decírmelo. Se creía en la obligación de advertirme. Eso no dice mucho de que haya mejorado. El pobre hombre se siente en deuda conmigo. No denuncié a Heather, sino que él me prometió que buscaría ayuda para ella. Al día siguiente de que ella intentara hacerme un colador con ese cuchillo, él la internó en un psiquiátrico. No había vuelto a saber de ella.

—¿Y crees que ha usado su llave para entrar este fin de semana en la casa?

A Lucía se le pusieron los pelos de punta. Una loca paseando por la casa, y ella tan tranquila. No pensaba volver a quedarse sola nunca.

—¿No habéis cambiado la cerradura?

—No creí que hubiera peligro, sabía que estaba internada, tampoco recordé hasta anoche que Heather tenía llave. ¡Eh, Lucy! No te preocupes, hoy mismo llamaré a la universidad para que alguien venga a cambiarla.

Bradley se acercó a ella y abrazó su cuerpo por entero, Lucía se dejó hacer, un poco sonrojada.

—Y tú no dejes entrar a cualquiera.

—Te he dicho que Matt es de fiar.

Escuchó su sonrisa sobre su cabeza y sintió cómo un pequeño beso de sus labios se posaba en su pelo.

—Supongo que es mi instinto de hermano mayor.

¡Oh, genial! Ella no se sentía abrazada por su hermano mayor, el cosquilleo de todo su cuerpo le decía que hubiera preferido que Bradley no se sintiera así. Que en vez de darle besitos en el pelo lo hiciera en la boca, y esas manos que rodeaban su cuerpo estuvieran apretando su trasero contra él. Soltó su cuerpo y le sonrió con ternura. Lucía se perdió en la oscuridad de sus ojos negros, Bradley la besó en la mejilla. Había perdido su oportunidad de girarse y besar su boca, una vez más. Cobarde, cobarde.

—Me voy, Lucy, llego tarde. —Un guiño de ojos y lo vio desaparecer—. Cierra con pestillo si te quedas sola.

Loveday entró en la cocina al momento.

—Lucy, ¡se te cae!

Lucía dio un respingo, pensando en la taza de café que llevaba en la mano y que había mantenido agarrada en el abrazo con Bradley, confusa, vio que estaba casi vacía, sin el más mínimo peligro de

abrasarse.

—¿Qué se me cae, Loveday?

—La baba, querida.

Capítulo 8

El amor es un loco tan leal, que en todo cuanto hagáis,
sea lo que fuere, no halla mal alguno.

William Shakespeare

Lucía suspiró una vez más. Un lunes horrible. Cuando tenía que bajar al último sótano de la biblioteca se ponía el abrigo; la calefacción no llegaba hasta allí. Tenía que buscar unos antiguos documentos que la universidad había pedido traducir para un estudio sobre las rutas comerciales durante el siglo XVII entre Escocia y España. No era habitual, ni su trabajo, pero andaban cortos de personal y el mismo decano había llamado a su jefa. Verena, nerviosa, le ordenó que dejara todo para centrarse en esa traducción. Le gustaban aquellos libros antiguos, su olor, sus hojas duras y pesadas, a veces hacía años que no se tocaban, y Lucía sentía el peso de la historia en sus tapas duras de cuero. Con suerte estaría en el lugar que indicaba el índice digital de la biblioteca. Había cogido el ascensor con otra chica, ella la saludó al entrar y se centró en su móvil. Al llegar a la primera planta, el ascensor se detuvo. ¡Fantástico! Después del día que llevaba. El otro ascensor acababa de irse, las puertas se abrieron, pero nadie entró, Lucía suspiro de alivio.

—¡Menos mal! Creí que íbamos a volver a subir.

La chica a su lado suspiró como ella.

—¿Vas al sótano?

—Al aparcamiento de personal. Soy Helen. —Le tendió la mano con una sonrisa—. Departamento de Estudios y Traducción.

—Lucía, del departamento de Asistencia a la Universidad, documentalista.

Helen era muy guapa, llevaba el pelo color miel recogido en una coleta. Era un poco más alta que ella. Las gafas de pasta negra se le cayeron un poco y ella las colocó al momento.

—Cualquiera que nos oiga hablar pensaría que somos dos empollonas pidiéndonos referencias.

Lucía rio.

—No te he visto nunca por la cafetería.

—Soy nueva, llevo solo una semana aquí. Soy la nueva ayudante de Loveday Lewis.

Lucía abrió los ojos sorprendida. Lo cierto era que esa mañana no había tenido ni tiempo para pasar por el despacho de Loveday. ¡Claro, la nueva ayudante del departamento! Una externa. Lucía intentó recomponer su rostro para que Helen no notara su conmiseración. Trabajar con Loveday no era fácil.

—Bienvenida, entonces, es un buen lugar para trabajar. Como todos, tiene días buenos y malos.

Las puertas se abrieron y ante ellas apareció el aparcamiento subterráneo de empleados.

—*Ciao*, Lucy, nos vemos, preciosa.

—Nos vemos luego.

Lucía se despidió con la mano. Cuando las puertas se cerraban, cayó en que la chica se había despedido como lo habría hecho Bradley. Solo sus amigos la llamaban Lucy, y solo él la llamaba preciosa. ¿Ya se le habrían pegado cosas de Loveday?

—Hola, Lucía. Verena me avisó de que bajabas a mi gruta. —Harriet, la dueña y señora de aquellos dominios subterráneos, la recibió en la puerta del ascensor. Bueno, nada de tonterías, había que encontrar los libros.

Se pasó el resto de la hora siguiente con Harriet. Al fin encontraron el libro clasificado como documento, en lugar de como libro. Las dos acabaron llenas de polvo y telarañas. El archivo de la biblioteca era inmenso, solo digitalizado en parte, una gruta llena de tesoros en cajas, archivadores y estantes polvorientos de los que hacía unos años se habían retirado las obras más importantes. Para desgracia de la institución, muchos de ellos habían sido llevados a Londres, donde se reclamó su propiedad.

Al salir de los sótanos, recibió avisos de llamadas, no había cobertura ahí abajo. Loveday y Richard.

—¿Dónde estabas, pequeña?

Sonrió ante la voz pegadiza de Richard.

—En la cueva del sótano, no tenía cobertura.

—Vamos todos a Elephant House a comer, ¿te apuntas?

—Sí, claro —contestó confusa—. Richard, no quieres estar solo con Allan, ¿verdad?

Un pesado silencio al otro lado de la línea hasta que Richard suspiró.

—¿Sabes que odio ese poder tuyo para saber en cada momento qué me pasa?

Lucía sonrió con tristeza. Si supiera cuál era realmente el problema que tenían Richard y Allan, chasquearía los dedos para que se solucionara, quería muchísimo a los dos, sin embargo, la timidez de Allan le hacía más frágil y quizá necesitaba más apoyo, por ello, cuando era Richard el que llamaba, se sentía un poco traidora.

—Voy para allá, Richard, subo a ver a Loveday y en una hora os veo.

Se despidieron con rapidez, Lucía entraba en los ascensores y volvió a perder la cobertura. A esas horas el edificio estaba vacío, a excepción de los empleados, y se respiraba un poco de paz, no como por la tarde, cuando el rumor de los alumnos en la calle y los pasos apresurados por las escaleras despertaban el ánimo de la biblioteca. Fue hasta el despacho de su amiga con la bolsa protectora de libros colgando del hombro, tal vez Loveday se animara a ir con ellos a almorzar algo.

—¡Hola de nuevo!

Helen estaba sentada en la mesa que precedía el despacho de Loveday, con la puerta abierta. La saludó al momento y Lucía comenzó a pensar que el gesto de colocarse con el índice las gafas de pasta debía de ser un tic, porque no se habían movido un solo milímetro.

—¿Está Loveday? —Sonrió, tan poco acostumbrada a tener que pasar el corte de una ayudante, debido a los bajos fondos, todos se manejaban solos. El puesto de Helen sería temporal ya que Loveday se ocupaba de una exposición de Robert Burns, el poeta escocés, y otra de Shelley, el poeta inglés, dos proyectos muy importantes.

—Acabo de subirle el almuerzo, pero pasa.

En efecto, Loveday estaba frente al ordenador, la luz de la pantalla iluminaba su rostro, al lado, un envoltorio de papel y un sándwich a medio comer.

—Llego tarde, los chicos y yo vamos a comer fuera.

Loveday sonrió e intentó deshacerse de la arruga que cruzaba el entrecejo debido a la concentración.

—Ahora tienes que avisar a mi ayudante cuando quieras que comamos juntas.

Lucía captó su tono irónico y las dos se rieron.

—En serio, Lucy, creo que tengo desaprovechada a esa chica —comentó en voz baja—. Es superdispuesta, le pido algo y ya lo tengo en mi mesa, filtra mis llamadas y hasta le ha dicho a mi padre que me llame más tarde. Ha debido de alucinar.

—Disfruta, mala pécora, sabes que es temporal, ¿verdad?

—¡Déjame que sueñe! —protestó—. ¿Has confirmado que irás al baile de Verena? Supongo que no, así que acércate a su despacho esta tarde o te pondrá una equis enorme al lado de la nómina del mes.

—De hoy no pasa, de verdad. Deduzco que entonces no vienes a comer.

—No, Richard me puso un mensaje, es probable que Bradley aparezca por allí, es lunes y tiene por costumbre comer en el café. —contestó Loveday como si eso fuera suficiente razón para negarse a ir

con ellos—. No me apetecen sus tonterías.

—Tendrías que hablar con él, es absurdo que viváis en la misma casa y no os dirijáis la palabra.

—Llévate a Helen, creo que no ha comido hoy —sugirió Loveday zanjando el tema.

Lucía abrió los ojos para regañarla, sabía que no le gustaban los extraños, no es que la chica no le cayera bien, pero la conocía de hacía diez minutos y sabía lo tímida que era como para manejar la situación de presentarla a los chicos y tener que hablar con ella. La puerta seguía abierta, así que habría oído toda la conversación.

—¡Helen! Voy a comer algo con unos amigos, ¿quieres venir?

La cabeza de la ayudante asomó por la puerta con una sonrisa.

—¡Genial! Cojo mi abrigo.

—Papá quiere que vayamos el fin de semana a Lewis Hall para hablar contigo de la casa de Meadows, vete haciendo a la idea, Lucy, tendrás que ir… Y da recuerdos a Bradley. Si no me equivoco, estará allí, apuesta por ello. —Loveday sacó la lengua con una mueca que arrugó su nariz.

—Disculpa, Lucy —interrumpió Helen—, pero no recordaba que aún tengo que colocar unos archivos. Cogeré un sándwich de la máquina, pero muchas gracias por la invitación.

Lucía pensó si sería cosa suya, pero la expresión de Helen había cambiado por completo.

—No pasa nada, otro día te avisamos con más tiempo. Luego te veo en casa, Loveday.

Salió de allí con la sensación de que esa chica, Helen, era rarísima y esquiva. Agradable, sí, pero tan dispuesta que chocaba con los otros ayudantes temporales que mandaba la agencia, demasiado hastiados porque sabían que en unas semanas estarían en otro puesto y no merecía la pena esforzarse más que en aprender cómo funcionaba la máquina de café. En el fondo, se alegró, su lado tímido y el día no la animaban a nuevas amistades.

Llegó al Elephant, uno de los cafés más famosos de Edimburgo, pasadas las doce. Por fortuna, la camarera siempre guardaba sitios a la gente de la biblioteca, apenas a cinco minutos de su trabajo. Lucía había pasado horas allí, con los chicos, con Loveday. Lo primero que hizo al pisar el famoso café, a su llegada a Edimburgo, fue preguntar dónde se había sentado a escribir Rowling su *Harry Potter*, lo que provocó las burlas de sus compañeros durante unos cuantos días como si fuera otra turista obsesiva. «Sí, me gusta *Harry Potter*», declaró con contundencia. Más adelante, cuando Loveday había abierto las cajas de su habitación, esta elevó los ojos al cielo al ver el lado friki de Lucía. No solo *Harry Potter*, sino *Star Wars*, el *Doctor Who*. «Lo hice, un fin de semana me metí en la cabina que hay en Princess Street y le

mandé una foto a mis amigas de la universidad en España, simulando ser Who en uno de sus viajes. Richard y Allan me grabaron muertos de risa».

La calidez del interior recibió a Lucía; seguía haciendo frío para ser primavera. Las luces del interior estaban encendidas, Richard y Allan estaban en la mesa del fondo, al lado de la barra. Lucía se quedó parada, con ellos estaba Matthew, Matt se reía con algo que Richard le contaba mientras gesticulaba. Allan se percató al momento de su llegada y encogió los hombros a modo de disculpa. Lucía frunció el ceño ante la encerrona.

Todos se levantaron cuando llegó a la mesa, la caballerosidad de los chicos de la Gran Bretaña seguía sorprendiendo a Lucía.

—Encontramos a Matthew en Cowgate, creo que ya os conocéis.

—¡Oh, Richard! Claro que lo sabes. ¿Cómo estás? —preguntó Lucía. Los profundos ojos verdes de Matt entendieron su timidez, a él también lo habían arrastrado allí.

—Totalmente recuperado, gracias a mi salvadora.

Matt pensó que estaba muy guapa con aquel leve toque de maquillaje en las mejillas y los ojos, sin duda no le gustaba llamar la atención.

—¿Qué tal tus amigos de Rothesay?

—Después de reírse un rato de mí por la confusión de días y hacerte mil halagos por salvarme la vida con un plato de comida caliente, me dieron la gran noticia, van a ser padres.

Lucía sonrió ampliamente y Matt reparó de nuevo en los deliciosos hoyuelos que se le formaban alrededor de la comisura de los labios.

—¡Qué maravillosa sorpresa! Tenemos que hacerles un regalo —afirmaron los chicos entre sonrisas y Richard comenzó a elucubrar sobre una fiesta para el bebé y para la madre como si aún no tuvieran que pasar meses de embarazo.

—Parece que siempre nos encontramos —Matt lo susurró, inclinado en la silla, con los codos en la mesa, solo destinado a Lucía mientras sus amigos hablaban entre ellos.

El olor de Matt llegó hasta Lucía, sutil, encantador, y supo que debería retroceder en ese momento, pero su cuerpo desobedeció a sus pensamientos.

—Si no fueran mis amigos, pensaría que te han obligado, tal vez sobornado con la tarta de aquí o un té con leche.

Matt rio y ambos miraron a Richard y Allan. Los dos estaban inmersos en una conversación.

—Quería llamarte —dijo aún más serio.

—Te dije que no tenías obligación.

—Richard me ha dado tu número.

Lucía pensó si todo aquello era una buena idea, se fijó en que

ambos estaban casi tocándose, sentía una atracción por Matt que le hacía buscar su calor, ¿eran imaginaciones suyas o él miraba sus labios?

—No los juzgues, por favor, todos recibimos una estúpida invitación a un baile, en septiembre, en las Highlands. Se necesita acompañante y se han percatado de que no tengo pareja. Llevo un año con ellos y ahora se dan cuenta, ¿no es gracioso?

—No, lo cierto es que no. Pero supongo que no lo hacen con mala intención. Mis amigos me preparan citas con sus cuñadas, amigas de sus mujeres, compañeras de trabajo, es un incordio. Nunca se pueden forzar las cosas.

Lucía sonrió de verdad y Matt se dijo que siempre debería estar así, sonriendo. El rostro de Lucía se iluminaba y sus ojos brillaban con fuerza. Sin darse cuenta de lo que hacía, cogió un mechón moreno que le rozaba la cara y se lo echó hacia atrás. Ella abrió los ojos, expectante, se atraían, comenzó a generarse un calor asfixiante entre los dos, la respiración de Lucía era espesa, la boca entreabierta.

Richard y Allan saludaron a alguien que entraba, era Bradley, con un grupo de chicas. La mirada curiosa de él fue de Matthew a Lucía, no una, sino dos veces, y con una excusa se deshizo de su grupo de admiradoras.

—Hola, Bradley, este es Matthew.

Lucía no tuvo más remedio que presentarlos cuando su compañero de casa se plantó delante de ellos. Matt estrechó su mano, Bradley cogió una silla de la mesa más cercana y se sentó justo al otro lado de Lucía, desplazando a Richard y Allan hacia la derecha. ¿Por qué los seguía mirando así a Matt y a ella? Bradley estaba ceñudo, se quitó la chaqueta y apoyó sus fuertes brazos en la mesa.

—Eres el de las flores.

Matt se enderezó con una sonrisa nada amistosa, ¿qué pasaba ahí?

—Sí, y tú ¿su compañero de piso?

Richard y Allan permanecían atentos a la tensión que se empezó a respirar en aquella mesa, Lucía no sabía a quién mirar. ¿A Matt? Podía ser a Matt porque Lucía sintió cómo él pasaba el brazo por detrás de ella para apoyarse en su silla. ¿A Bradley? Que frunció el ceño ante el gesto. Lucía suspiró, Bradley parecía su hermano mayor, estaba escrutando a Matt como lo haría con un adolescente que la invitaba a su primer baile. Lo estaba estropeando todo, por un momento había sentido la conexión con Matt, él le gustaba y mucho.

—¿Dónde trabajas, Matthew?

La educación de Matt le obligó a responder un tanto forzado, el brazo de él seguía apoyado tras la silla de Lucía en actitud un tanto posesiva.

—¿De qué conoces a Richard y Allan?

Lucía se revolvió incomoda mientras daba pequeños mordiscos a su sándwich de tanto en tanto.

—Nos conocimos en una fiesta, unos amigos en común, ya sabes, lo típico.

Bradley no tenía fin, ¿qué pretendía, incomodar a Matt?

—Te dije que no era un extraño, no insistas, Bradley.

—Tampoco un amigo.

—Vale ya, Bradley.

La advertencia creó un silencio tenso que crispó los nervios de Lucía. Si Bradley era un crío pequeño que no sabía parar no quería estar allí para verlo.

—Me voy a casa. —Lucía se cansó del juego de miradas de los dos y la expectación de sus amigos y se levantó. Cogió del respaldo el abrigo. Matt se levantó al momento.

—Te acompaño.

Lucía apretó los labios con entusiasmo. «Ahora no digas que no hace falta, quieres que lo haga, que te acompañe». Se despidieron de los otros y Matt insistió en dejar pagado todo. Lucía observó cómo dejaba una buena propina a la camarera de la barra, con una sonrisa, y ella inclinaba la cabeza con coquetería. Matt era irresistible.

Bradley los siguió con la mirada y Lucía aprovechó para fruncir el ceño con una seria advertencia en los ojos, después hablaría con él. Si quería comportarse como un idiota, que lo hiciera con sus amigas, las mismas que lo miraban en la distancia con esas sonrisitas nerviosas.

—¿Vives por la zona?

—En el otro extremo de la ciudad. Quiero acompañarte, Lucía.

Se detuvieron al cruzar la calle y Matt la sujetó por el brazo. Lucía se giró para quedar frente a él. Toda la tensión que habían sentido en el café los hizo acercarse, Lucía con la barbilla hacia arriba para mirar a sus ojos color musgo, del color de aquellas tierras siempre verdes. Las manos de Matt salvaron las solapas abiertas de su abrigo y la cogió por la cintura con suavidad. Notó la mirada de él puesta sobre su boca entreabierta y Lucía se mordió el labio expectante.

Matt no había visto nunca nada tan erótico como aquel simple gesto. Atrajo el cuerpo de Lucía por la cintura y se inclinó sobre ella. El primer contacto con sus labios le produjo un cosquilleo sensual. Las manos le ardían al contacto de su cuerpo voluptuoso, y con los pulgares sintió la perfecta curva que formaban sus pechos. Cuando Lucía abrió los labios dejándolo entrar, exploró su boca. No era un beso suave, sino el resultado de haber soñado con ella varias noches. El perfume de Lucía le rodeaba, sus besos, quizá un poco inocentes, pronto despertaron con su cuidada atención. Había gemido ante el entusiasmo de ella, juntó su frente con la de Lucía y se separó con una sonrisa. «Joder, ¿qué ha sido eso?». Tenía el cuerpo que, si ella lo

tocaba un instante más, explotaría como un crío.

Lucía y sus ojos. Toda su inocencia lo miró expectante. ¿Por qué era tan insegura? Era una mujer preciosa, atractiva, con un aire felino que le confería su piel latina y sus ojos rasgados. Su figura tenía curvas, y Matt se encontró pensando cosas nada románticas mientras sus manos seguían en la cintura de Lucía. Los pulgares se movían solos en una lenta caricia, hasta que ella exhaló un suspiro.

—¿Y ahora? ¿Puedo llamarte algún día?

Ella sonrió, se llevó con ella todas las nubes y la fina lluvia.

—Puedo invitarte a cenar, Matt, ven conmigo a casa.

Ahora sabía qué había sentido Ulises al oír el canto de las sirenas. Debió de ser como aquella proposición que le devolvió a aquel día, hacía semanas, en que se conocieron. La agradable sensación de estar con ella, la excelente comida, sus movimientos pausados, medidos y reconfortantes. Matt sonrió y llamó a un taxi que pasaba.

Dentro del café, Richard y Allan se giraron con una sonrisa de suficiencia.

—Te lo dije, se gustan —afirmó al ver, a través de las cristaleras, cómo se habían besado Matt y Lucía.

—Sabía que vosotros estabais detrás de esto, Lucía no necesita a ese tío, a ella le gusta estar sola.

—Eres un imbécil, Bradley, la has tenido a dos pisos de ti durante un año y no has hecho caso a Lucía. ¿Qué pasa, ahora es más interesante porque ha conocido a un chico que le gusta? —Allan, por una vez, se metió en la vida de su amiga, ella merecía conocer a alguien y no seguir eternamente colgada por Bradley. Lo apreciaba de verdad, pero aquel juego con Lucía entre protector y macho alfa se le podía ir de las manos en cualquier momento—. En serio, Bradley, deja a Lucy.

Bradley echó hacia atrás la silla de un solo movimiento, cogió su chaqueta de cuero y corrió hasta la puerta, alcanzó el taxi antes de que Lucía cerrara la puerta.

—Yo también voy a casa, voy con vosotros.

—¡Bradley! —Lucía no entendía nada, se estaba pasando de sobreprotector.

Matt se inclinó para mirarlo, y Bradley sonrió como si no se hubiera colado en su taxi. Le dio al conductor las señas de la casa de Rothesay y se dejó caer en el asiento. El tenso silencio en el taxi duró los diez minutos del trayecto, incómodos, los tres en el asiento de atrás con Lucía en medio. Por una vez, las calles no estaban colapsadas ni se encontraron ningún atasco. Bradley sacó su cartera para pagar, y Matt lo detuvo.

—No te molestes, pago yo. Lucía, quizá otro día, te llamo yo.

Lucía comprendió la situación, las cosas se habían enfriado por

culpa de Bradley, y Matt estaba enfadado.

—Está bien, llámame, ¿de acuerdo?

Bradley salió del taxi con una sonrisa de suficiencia, Lucía lo siguió arrastrando el trasero por los asientos. Miró por última vez a Matt, que le daba las señas de su nuevo destino al conductor. El taxi no tardó en desaparecer entre el tráfico y Lucía se giró hacia Bradley.

—¿Puedes explicarme qué diablos haces?

Bradley encogió los hombros y se giró para subir los escalones de entrada a la casa, Lucía lo siguió tan enfadada que sentía el rostro rojo como la grana. ¿Quién se creía que era?

—¡Bradley! —gritó cuando vio que él simplemente dejaba la chaqueta y se iba a su habitación.

—¡Está bien! —Se giró enfadado—. ¿Qué quieres saber? ¿Por qué me he metido en ese taxi? Eres tan inocente, preciosa. Las flores, el café… Esperaba que lo invitaras, se muere por follar contigo.

Lucía abrió los ojos como platos.

—¿Y? ¿Cuál es el problema? Estoy harta de que creas que soy una niña, tu hermanita pequeña a la que debes proteger. Soy una mujer capaz de tomar mis propias decisiones, ¿no crees que yo sabía lo que iba a pasar al invitarle a casa?

Bradley se llevó la mano a la nuca desconcertado.

—Debes tener cuidado, Lucy, mira lo que me pasó a mí por confiar en alguien. —Se contuvo y suspiró hondo. Más sereno reflexionó sobre lo que podía parecer su conducta a otros, como Richard y Allan, incluso a ese hombre, Matt. No estaba celoso, estaba siendo demasiado protector—. Lo siento, preciosa.

—¡No vuelvas a llamarme así! Y tampoco me tomes por tonta. —Lucía tiró el abrigo sobre una silla y subió las escaleras, cabreada, muy cabreada. Ella no era como Bradley, ni Matt como él. Bradley acababa de fastidiar una historia preciosa. Matt le gustaba de verdad. ¿Y si ahora no la llamaba? ¡Maldito Bradley!

Capítulo 9

Mi corazón está siempre a vuestro designio.

William Shakespeare

—¿Y no has vuelto a saber nada de él?

—Nada, Loveday, ¿puedes creerlo? Bradley se comportó como un niño, se nos metió en el taxi, tenías que haber visto la cara de Matthew.

Loveday frunció la boca, pensativa.

—Bradley es un idiota, lo que más le importa es su ego, supongo que hasta ahora te veía como a una niña y, al ver cómo besabas a Matt, reaccionó como si fueras su hermana pequeña.

—¡Que le jodan, en serio!

La relación de Loveday y Bradley era complicada, quizá se parecían demasiado, como si el uno fuera la antítesis del otro. Loveday estaba disfrutando con el silencio con el que Lucía castigaba a Bradley.

—¿Y qué pensabas hacer cuando Matt y tú llegarais aquí? —Loveday sonrió con picardía, le encantaba esta nueva faceta de Lucy, a veces era tan difícil llegar a sus pensamientos como al pico del monte Ben Nevis.

—¿Tú qué crees?

Loveday golpeó las sábanas con la mano y se echó a reír.

—De verdad, pon a Bradley en su sitio. Es un crío pequeño, ¿te has planteado que hasta ahora le mirabas como un cachorrito buscando una sonrisa? Ahora que te ha visto con Matthew su alarma protectora de dulces damiselas se ha despertado.

Lucía pensó lo que Loveday trataba de explicarle. Tal vez fuera eso. ¿De verdad alguna vez quiso entrar en ese juego con Bradley? ¿Acostarse con él y que luego pasara a endosar las filas de todas aquellas que había encandilado? Loveday había pasado por ello. Bradley la había perseguido, se acostaron y después no podían mirarse a la cara. Sabía la verdad detrás de cierta frialdad. Loveday podía flirtear con cuantos hombres revolotearan a su alrededor, pero Lucía sabía de sobra que solo cuando se enamoraba de verdad era capaz de estar con un chico. De acuerdo, nadie lo diría con ese aire de mujer fatal y su cuidado aspecto, pero si había estado con Bradley era

porque se había sentido enamorada de él.

Podía «darse una alegría», como decía Richard, y lo cierto es que hacía unas semanas ni lo hubiera dudado. Si Bradley hubiera dicho «ven» en su momento, ella hubiera tirado la puerta abajo de su dormitorio para llegar a él. Matt. Esa era la diferencia, había intentado negarse que desde que había entrado por la puerta de la casa sentía una fuerte atracción por él. Un tanto distante a veces, como si no quisiera acercarse demasiado o tuviera miedo, y ella había ido despacio. El beso a la salida del café había hecho temblar a Lucía, despertado el deseo irrefrenable de pertenecerle, su cuerpo había respondido a las manos de Matt, sus pechos se habían hinchado ante la expectativa de que él subiera sus manos un poco más. Sus labios, suaves y firmes, hizo que perdiera la conciencia cuando sus lenguas entraron en contacto, exigentes y hambrientas. No quería presionarlo, Matt no le había dado su número, y Lucía se arrepintió de no ser más como Loveday, de hacerle saber que estaba muy interesada en él y que se moría por volver a verlo.

—Tengo una idea, ¿por qué no le pides a Richard su teléfono? El de Matt.

—¡Ni en broma! Si está interesado, quiero que sea él quien me llame. Richard llamó a Matt para quedar en el café. No quiero que se sienta obligado de nuevo o me crea una pesada.

—Está bien, no me meto, no soy como los dos celestinos de ahí abajo, pero, Lucy, si te besó, no creo que también lo obligaran a ello.

Loveday dejó caer la insinuación con una sonrisa y Lucía le arrojó el cojín.

—Me voy, Lucy, he quedado para desayunar con mi padre, está en la ciudad. Luego te veo en la biblioteca, si necesitas a mi ayudante, Helen se ha ofrecido a echarte una mano si te hace falta.

—Te conozco, Loveday, quieres deshacerte de ella un rato.

—¡Pillada! —Rio—. Intenta agradarme demasiado y me pone un poco nerviosa, creo que hoy la mandaré a los archivos. —Guiñó un ojo antes de desaparecer.

Loveday cerró la puerta despacio, con aparente tranquilidad, y en cuanto lo hizo echó a correr escaleras abajo, rellano tras rellano. Ni siquiera trastabilló con los tacones. ¡Maldito Bradley! Sin pensarlo, cruzó el recibidor y abrió la puerta de la habitación de él. No esperaba encontrárselo desnudo, de espaldas, con solo una toalla cruzada a la cintura. El estrecho trozo de tela marcaba el culo prieto de Bradley. y Loveday pensó en darse la vuelta y cerrar, pero estaba demasiado enfadada, indignada con ese idiota que creía que todas las chicas a su alrededor tenían que orbitar hacia él. Bradley se giró con sorpresa y sonrió al ver que era Loveday.

—Eres un imbécil. —En cuanto se giró por completo hacia ella,

Loveday empuñó su dedo índice contra el pecho desnudo de Bradley.

—¿A qué viene esto, Love?

—No me llames así. Sabes a qué me refiero, deja a Lucy, Matt es un chico fantástico y está a gusto con él.

Bradley sintió el calor de aquel dedo acusador sobre la piel. Loveday estaba preciosa, llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta y al moverse con energía se dejaba adivinar bajo la blusa blanca el sujetador envolviendo aquellos pechos que lo habían vuelto loco hacía no mucho.

—¿Te ha mandado ella?

—¡Que te jodan, Brad!

¿Brad? Hacía mucho tiempo que no lo llamaba así, ¿qué había pasado entre ellos para que se hubieran distanciado tanto? Habían sido felices un tiempo, lo ilícito de mantener oculta su breve relación de amigos con derecho a roce les resultaba excitante. Besos robados en las esquinas, citas los fines de semana sin salir juntos de casa, paseos nocturnos escaleras arriba… Hasta el día en que Loveday le pilló en su habitación con otra chica. No hablaron de aquello, ni un reproche, solo se acabó, con la corrección extrema de Loveday, hizo como si jamás hubieran tenido nada excepcional y único. Ella pasó a tratarle como a uno de los demás y evitó a toda costa quedarse sola con él. Si Loveday hubiera pedido explicaciones. Si se hubiera enfadado con él o demostrado que le importaba de verdad, él le hubiera contado que aquella chica no significaba nada, que todo lo había hecho porque Loveday le daba miedo, terror, pues no estaba preparado para una relación seria después de Heather.

—Me gusta cuando te ensucias la boca con esos tacos.

Loveday resopló, siempre era igual con él, no se tomaba nada en serio.

—¡Sacas lo peor de mí, Brad!

Otra vez su nombre, acotado, de manera tan diferente a cuando la tenía entregada entre sus brazos. Sus manos lo acariciaban con pasión y su pelo sedoso caía sobre él cuando hacían el amor. Tenía que haber parado cuando descubrió que Love, con toda su vida social, los novios que llamaban a su móvil a todas horas y las constantes fiestas a las que acudía, era virgen a sus veintitantos.

Capítulo 10

Tan imposible es avivar la lumbre con nieve,
como apagar el fuego del amor con palabras.

William Shakespeare

Hacía dos años ya. El Red Lion, el pub al lado de la universidad estaba lleno de estudiantes que celebraban el fin de las clases. Un grupo de profesores se habían juntado para dar el adiós a un largo año, lleno de presiones del rectorado acerca de los recortes en los departamentos de Literatura y Filosofía y reducción de sus sueldos. Allan, su compañero de casa, acababa de invitar a Richard, un inglés muy gracioso, extraño en un londinense, a compartir su vida con él. Se conocían de apenas unos meses, pero ambos habían encajado a la perfección, la timidez de Allan y la espontanea forma de ser de Richard se conjugaron para «hacer jugar a los hados del destino al amor». Muy propia esa cita de Shakespeare. Allan, profesor de Literatura como él, le hubiera dicho lo acertada que era. La relación de Richard y Allan se basaba en un drama constante como en *El rey Lear* y en una divertida comedia como *El sueño de una noche de verano.* A veces era todo un conflicto como en *Mucho ruido y pocas nueces* y otras, *Hamlet*, con frases grandilocuentes y graves. Estaban hechos el uno para el otro.

El pub estaba lleno hasta los topes, estudiantes, profesores, administrativos, todos se habían distribuido por la Old Town como era costumbre. La cantidad de gente hacinada en el pub no fue impedimento para que Bradley viera avanzar a un grupo de estudiantes, la vista fija en él. Dio un paso atrás para escabullirse entre el grupo de docentes que tenían copada la parte final de la barra, sus amigos le hicieron hueco sin percatarse de que huía. Acababa de pasar una experiencia horrible. Heather, siempre sospechó que no podía haber una chica tan perfecta, cinco años más joven que él, preciosa, elegante y, lo más importante, le dejaba seguir con sus devaneos y nunca le exigía nada más que un buen rato. Hasta que todo se torció. Cuando llevaban saliendo unos meses, Heather empezó a ser más posesiva, a no dejarlo respirar, lo esperaba a las salidas de las clases y lo seguía a todas partes. La fatídica noche en que lo encontró con una de sus estudiantes en su habitación discutieron, ella echó a la chica

casi desnuda, fue a la cocina y cogió un cuchillo. Había intentado herirlo de verdad, quizá matarlo, si no hubiera sido porque Allan acudió ante el jaleo y consiguieron reducirla entre los dos. Después Bradley se enteró de sus problemas mentales desde que había sido una adolescente, habló con su padre y él la internó en un hospital psiquiátrico. Fue horrible porque, bajo la fachada que Bradley se había creado, quería a Heather a su manera y llegó durante casi un año a considerarla algo especial, no tanto como para dejar su vida, pero sí lo suficiente como para comprar un anillo de compromiso. No lo vio venir, así de simple. A Bradley le sirvió para cambiar sus hábitos, una dura lección después de la cual no volvió a acostarse con ninguna de sus alumnas.

Hacia él venían, como un retén de soldados, el grupo de alumnas dispuestas a amargar la noche tranquila que pretendía pasar con sus colegas. Bradley dio un paso a la derecha, dispuesto a encerrarse en el baño si era preciso cuando empujó sin querer a una chica. La copa que ella llevaba osciló y aquellos ojos preciosos, azul cristalino, cayeron sobre él con cierta sorpresa. ¡Loveday! Su nueva compañera de casa. Quizá un poco estirada y distante destilaba por los cuatro costados belleza y estilo, era preciosa toda ella, con un cuerpo de escándalo marcado por un vestido de corte ajustado a las caderas. No habían coincidido mucho, Loveday parecía tener una corte de seguidores que iban a buscarla en coches caros, pasaba los fines de semana fuera, siempre invitada a lujosas mansiones y a cenas en sitios de los cuales Bradley no había oído ni hablar. La bella hija de lord Lewis. Miró a Bradley con desconcierto y después lo reconoció con una sonrisa.

—¡Loveday, perdona!

Ella siguió su mirada hasta la tromba de chicas que se acercaba a Bradley y le pasó la copa, Bradley la sujetó sin pensar. Ella era la única en el local que no bebía cerveza. Loveday se puso de puntillas, se aferró a su cuello con ambos brazos con la sensualidad latente en todo su cuerpo y lo besó. Nada de un suave roce, la lengua buscó la suya. Bradley olvidó a las chicas, el sabor a Martini en la boca de Loveday. La besó con ganas, se excitó con ese cuerpo pegado al suyo. Rodeó con sus manos la fina cintura y se entregó a ese beso como si estuvieran solos en el mundo.

—¡Eh, es mi acompañante!

Uno de los chicos que estaban con Loveday tocó su hombro para que se separaran, y Bradley y ella se miraron a los ojos para después ver si las chicas se habían rendido. En efecto, Loveday había conseguido que se dieran la vuelta y buscaran una nueva presa.

—Ya no, querido, tal vez en otra ocasión —contestó ella con una sonrisa. El chico los miraba atónito.

Bradley no desaprovechó la oportunidad, cogió la mano de

Loveday y se fueron a casa. Jamás sintió nada igual por nadie. Loveday se metió bajo su piel. La muchacha sensual era tímida en el sexo, al principio. Su cuerpo perfecto entre las manos de Bradley le produjo un placer diferente al conocido hasta ahora, su corazón latía con fuerza con solo verla por la casa. Después de esa noche hubo más, y Love, como él comenzó a llamar a Loveday, empezó a llamarle Brad a él. Se ocultaron de Richard y Allan, y del profesor de Literatura que vivía allí antes de Lucy. Fue el primer chico de Love, para su sorpresa, y Bradley sintió miedo, se estaba enamorando de nuevo, de una forma enloquecedora y total, tanto que al cabo de unos meses hizo que ella lo pillara con otra chica. Después, nada, solo rencor y miradas asesinas. Loveday jamás volvió a hablar con él sin alguien delante. Hasta ahora, en defensa de Lucy.

—Me haces decir palabrotas. En serio, Bradley, deja a Lucy, no la rompas como a otro de tus juguetes.

Aquello dolió más de lo que nunca ninguna mirada furiosa había conseguido. ¿Tanto daño le había hecho a Loveday?

Capítulo 11

Guarda a tu amigo bajo la llave de tu propia vida.

William Shakespeare

Lucía caminaba junto a Loveday por Princess Street. Loveday le preocupaba, estaba distraída y de vez en cuando fruncía el ceño. Acabó por preguntarse qué le pasaría cuando vio que ningún escaparate llamaba su atención. No sabía qué le ocurría, pero ella tampoco estaba en su mejor momento, había pasado casi una semana y no sabía nada de Matt. Quizá fuera mejor dejarlo pasar. Intentaba no rememorar sus ojos verdes, el beso increíble, su media sonrisa.

—Lucy, mi padre quiere invitaros a todos el fin de semana.

Lucía se giró e hizo que Loveday se detuviera.

—¿Este fin de semana? ¿Todos?

Tenían que ser todos los chicos, si no Lucy sospecharía, y no creía que después de su última conversación Bradley aceptara. Su nombre siempre iba acompañado de «maldita sea».

—Sé por dónde vas, Lucy, si no vienes será un feo a mi padre. Además, tal vez quiera presentarte a alguien con posibilidades de ser especial para mí.

Lucía puso los ojos en blanco.

—Eso ha sonado petulante, Loveday, a veces harías llorar a un niño con solo dos palabras.

—No estoy de humor, Lucy.

—Yo tampoco, ¿un mal día? —Lucía se acurrucó contra su hombro como si fuera un animalito perdido y consiguió que ambas rieran—. Ahora, dime, ¿quién es el afortunado?

—No te rías.

—Ahora que me lo has dicho, me voy a reír seguro.

—Angus.

—¡No me lo digas! Es de un pueblo de Badajoz. El nombre suena a estornudo.

—Ja, ja, Lucy, debería mandarte de vuelta a ese pueblo tuyo de Badajoz.

Sonrieron ante el sol que había salido, estaban las dos caminando por una de sus calles preferidas de Edimburgo. El ajetreo de la gente, las luces de los escaparates, el olor a café del Starbucks. De repente

todo el mundo empezó a quitarse chaquetas, deshacerse de los gorros. Se reconocía a un buen escocés porque, en cuanto se superaban los cero grados y había un leve rayo de sol, se quedaba en camiseta, hasta los niños, intentando captar vitamina D como si fuera el maná de la vida. Lucía, que ya desde marzo andaría buscando la sombra en esa tierra suya de España, se sintió feliz, los rayos rozaron su rostro, apretó el brazo de Loveday y se preguntó cuánto duraría ese momento mágico. Las dos libres, jóvenes aún, podían reírse de la vida y vivir juntas. Se prometió recordar ese momento siempre por si resultaba que Angus calaba hondo en Loveday.

—¿Una foto?

Loveday le había leído el pensamiento y Lucía sonrió, girando su móvil para hacerse un selfie con el castillo a sus espaldas. Ambas sintieron un leve empujón y en la cámara del móvil Lucía vio a Matt aparecer en el encuadre, con una amplia sonrisa.

—¡Matt!

Podía haber fingido que no le ilusionaba o que no estaba decepcionada porque él no la hubiera llamado. Demasiado feliz para negarlo, sonrió notando el brillo de sus ojos. Ambos se miraron como si ya no estuvieran en mitad de la calle y el tiempo no hubiera pasado. Lucía deseó besarlo con todas sus fuerzas, abrazar de nuevo su musculoso cuerpo. Entonces se dio cuenta de la maleta de ruedas que él arrastraba.

—Lucía —susurró despacio—. Venía del aeropuerto, el taxi me ha dejado al comienzo de la calle, iba a llamarte cuando os he visto, no podía creer que fueras tú… Hola.

—Sí, perdona, Matt, es Loveday.

—Sí, nos hemos cruzado alguna vez. Encantado, Loveday.

—Iba a dejar la maleta en casa e invitarte a cenar, pero supongo que no puedo esperar para darte esto. —Matt sonrió y su rostro se iluminó. ¡Cómo lo había echado de menos! Con una sonrisa le entregó una pequeña chapa con el mensaje *I Love You, NY*, así que esa era la razón.

—¿Otro viaje exprés a Nueva York?

—Un pequeño contratiempo con la campaña de mi cliente, nada de importancia ya. —Matt tomó aire profundamente—. Llevo todo el camino de vuelta pensando en ti.

Y era cierto, no podía quitarse la idea de aterrizar, encontrar a Lucía y sentirse en casa de nuevo, se encontró en la Gran Manzana encerrado en el hotel sin poder dejar de pensar en ella. Por eso había llamado a Richard nada más aterrizar para saber dónde estaba Lucía. Matt besó su mejilla, demorándose quizá un poco más al oler el perfume de su piel.

Lucía sonrió al coger el pequeño detalle. Al tocar los dedos de Matt

la corriente volvió a hacerse presente, lo había echado de menos.

—Matthew, le estaba diciendo a Lucy que este fin de semana nos ha invitado mi padre a su casa, está a unas horas de Edimburgo. ¿Querrías venir? No es nada formal, una reunión de amigos.

Lucía miró con los ojos abiertos de par en par a Loveday. Quizá debería haberle preguntado a ella primero si quería invitar a Matt. Pero era una gran idea, ¡una fantástica idea! ¡Bien por Loveday!

—No quiero ser una carga, tal vez sea un poco precipitado. —La mirada de Matt fue de Loveday a Lucía. ¿A casa de lord Lewis?

—¡No digas tonterías! Mis padres tienen sitio de sobra y ayuda en la casa.

Matt recordó las fotos que Lucía tenía con sus amigos en el salón. Todos en una explanada de césped junto a una casa solariega con una torre. Al principio, había pensado que el Bentley era de Lucía y, las fotos ante aquella mansión, recuerdos de ella. Hasta que Lucía nombró de pasada a su amiga Loveday Lewis, todo Edimburgo sabía quién era esa familia. Su padre, al contrario que la mayoría de la nobleza, había amasado una fortuna con las ventas inmobiliarias y era el responsable de la rehabilitación de algunos viejos edificios de apartamentos de lujo. El de Matt, en el barrio de Meadows, era uno de ellos.

—Sí, por favor, Matt, te gustará.

Acabó de decidirse, le gustaban aquellas mansiones antiguas y el aire a sobriedad escocesa que se respiraba en ellas. Era un modo de vida que siempre le había atraído y, cuando sus amigos del internado lo invitaban, no perdía una sola oportunidad de acudir a esas citas campestres.

—Está bien —respondió a los ojos suplicantes de Lucía, solo se preguntó si aquel idiota, compañero de Lucía, iría también—. Encantado de aceptar, Loveday. —No sabía por qué, pero la amiga de Lucía respiró al fin todo el aire contenido que se guardaba.

—¡Pues hecho! Entonces conduces tú. —Loveday no perdió la oportunidad de que la llevaran y no tener que conducir durante tres horas—. Espero que tu coche sea calentito.

Esa noche, en su primera cita oficial con Matt, hicieron planes sobre el fin de semana, cenaron en un restaurante acogedor y la conversación no decayó en ningún momento entre risas y un buen vino. Sin embargo, Lucía tenía la sensación de que Matt se guardaba algo. Era como si no diera todo de él, como si no pudiera abrirse por completo a ella. Lucía fue completando algunos retazos de la vida de Matt.

—¿Tienes hermanos? —había preguntado a Matt.

—Dos hermanas mayores, viven en Dummferline, pero, ya sabes, demasiado ocupadas con cumpleaños, fiestas infantiles y dos niños

cada una de ellas. Imagina al tío Matt cuando me pillan —dijo sonriendo—. Lo cierto es que no las veo mucho desde que murió mi madre. Nos distanciamos un poco. Verlas me recuerda a ella.

—Entiendo, es difícil deshacerse de la sensación de que alguien a quien has querido ya no está. Mis padres fallecieron en un accidente de coche cuando yo tenía solo quince años y odio hablar de ello. Aún sueño con ellos a pesar de que sus rostros cada vez me son más complicados de recordar. Creo que me fui de España en cuanto pude para salir adelante sin sus recuerdos.

—¿Por eso dejaste tu país?

—Nada me ataba ya allí. Aquí tengo a mis amigos y, por cierto, siento meterte en este lío el fin de semana.

—No tiene importancia, quiero ir.

—Será divertido, ya verás, en Lewis Hall cada fin de semana invitan a alguien, y Anna, la madrastra de Loveday, es un encanto.

—Quiero ir por ti, Lucía —aclaró Matt un poco nervioso.

Lucía se sonrojó y Matt se inclinó, posando un suave beso en sus labios. Era tan fácil hablar con él; de ella, claro. Porque, a excepción de breves comentarios, él evitaba hablar de sí mismo.

Empezó a preguntarse si le gustaba lo suficiente a Matt cuando se despidieron en la puerta de la casa y él no quiso subir. ¿La vería demasiado seria? Por fortuna, tenía una oportunidad el fin de semana gracias a Loveday.

La semana pasó. Lucía cada vez estaba más nerviosa. No sabía por qué tenía que comprarse toda esa ropa. Loveday había insistido y ahora no le cabía en la pequeña maleta.

—No sé aún por qué acepté a este fin de semana, ¿no es un poco pronto para que Matt conozca a todos?

Loveday guardó su último neceser, ella no llevaba maleta, tenía armarios y armarios de ropa en Lewis Hall. Su pequeña bolsa de viaje estaba a rebosar de complementos. En el último momento vio un jersey rojo de cuello de cisne y lo echó entre sus cosas.

—Quiero conocerlo, y no me refiero a una copa en un pub atestado de gente, papá dice que solo conoces a alguien cuando lo ves en pijama.

Lucía se rio.

—No vas a ver a Matt en pijama antes que yo.

—Me preocupo por ti, no quiero que te hagan daño, Lucy.

Loveday sacó sutilmente a relucir con esas palabras alguno de los desengaños que Lucía había sufrido; a decisión de ir a trabajar a Edimburgo había tenido que ver con ellos. En su país, algunos chicos se habían acercado a ella en la universidad y en sus primeros trabajos por la herencia. Haber tenido un padre rico podía ser un beneficio a

todos los niveles de su vida, pero también el imán para hombres sin escrúpulos. Lucía sabía bien lo que era un año de su vida perdido junto a un hombre que solo perseguía su dinero y que a sus espaldas se reía de lo sosa y anodina que era mientras se iba acostando con todas sus amigas.

—Matt no sabe nada de mí —cortó en seco a Loveday.

—¡Aaaallaaan! ¿Aún no has bajado la maleta?

Loveday y Lucía se quedaron en silencio al oír a Richard. En el piso de abajo sonó un juramento.

—Riiiiiichaaaaard, sube tú a por la maleta.

Ambas rieron cuando el sonido de una maleta rodando por las escaleras se oyó retumbando en toda la escalera. Después, unos cuantos gruñidos y voces fingidas.

—Chiiiiicas, vuestro *gentleman* está aquí.

Lucía dio un salto de la cama.

—¡Vamos, Loveday! Matt está aquí. —Se detuvo un momento en la puerta—. No le digas nada de mi dinero, ¿de acuerdo, Loveday?

—No, querida, no te preocupes, Matt parece un buen chico. No quise decir que se acercaba a ti a causa de ello.

—Lo sé, Loveday, pero será mejor que no se entere todavía.

Capítulo 12

¿Qué fuerzas serán las que mi amor animan,
que pueden troncar en infierno el paraíso?

El sueño de una noche de verano, William Shakespeare

Matt fue puntual, a las cuatro estaba en la puerta de la casa de Rothesay. Lucía apareció abajo a los cinco minutos. Con una sonrisa lo saludó al verlo pasear por la acera con las manos en los bolsillos. Él se acercó con rapidez a coger su maleta y la bolsa de Loveday para meterlas en el coche. Dio a Lucía un beso en la mejilla, quizá ella esperaba otra cosa porque lo miró un poco decepcionada.

—¡Vaya, el chico de las flores!

—Hola.

Lucía se mordió el labio, Bradley parecía estar de nuevo en son de guerra allí de pie, con las manos en los bolsillos. La noche anterior había anunciado que se unía al plan de fin de semana, para disgusto de Loveday y el suyo propio.

Loveday, increíblemente, ya estaba lista, pasó por su lado como si no estuviera y dio dos besos a Matt.

—Calefacción a tope para la señorita.

—Me gusta este chico, Lucy. —Se giró en el momento en que Bradley bajaba las escaleras dispuesto a ir con ellos y Matt les abría la puerta del coche a las dos—. ¡Ni se te ocurra, Bradley! —dijo Loveday para disuadirlo al ver que la seguía.

—No estaba de más intentarlo.

Matt se apartó con los brazos en alto dejando ver que dejaba la decisión a las señoritas de que Bradley no se metiera en su coche.

—Nos vemos allí, tío —se despidió Matt. No quería meter en su coche a aquel hombre con Lucía y aprovechó el desaire de Loveday para ponerse al volante.

Allan vio plantado en la puerta de la casa a Bradley. Juntos observaron cómo el coche desaparecía calle abajo.

—¿Estás seguro de que quieres ir, Bradley?

—¡Claro que sí! —Rio con sarcasmo. Hacía dos noches había cambiado de opinión al pescar la conversación de Loveday con Lucy. Hablaban de un tal Angus al que Loveday también había invitado. Tenía que ver la nueva conquista de Love y si era un peligro potencial

—. Puede ser divertido —susurró Bradley.

Matt traspasó conduciendo con cuidado los dos bloques de muro que daban acceso al camino de entrada a Lewis Hall, no era su primera visita a una de estas mansiones escocesas. Lucía, a su lado, apagó la radio, sonaba *Someone Like You*, de Adele. Matt vio por el retrovisor a Loveday, que sonreía en ese momento, y sus miradas se cruzaron. ¿Por qué se sentía como si estuviera pasando un examen? Porque exactamente era eso lo que estaba ocurriendo. Todos los amigos de Lucía la protegían como si fuera su hermana pequeña, hasta el tal Bradley al que hubiera dado un puñetazo cuando se metió en el taxi. Loveday era correcta, simpática con él, y lo miraba como si pudiera saber el color de su alma.

La carretera serpenteaba entre árboles centenarios, de anchos troncos que casi invadían el oscuro asfalto y formaban una cúpula de hojas y ramas que proyectaban su sombra sobre la calzada. Más allá de ellos, Matt vio grandes explanadas de césped. La última curva y apareció Lewis Hall, una construcción enorme y robusta, de piedra negra y ventanas a cuadros ingleses. La casa era similar a un *cottage*, pero de exageradas proporciones, con una enredadera de hojas moradas que crecían por toda la fachada sur en busca del sol. Una casa de primera, pensó Matt.

—Es una casa preciosa, Loveday.

Ella frunció el ceño ligeramente, después sonrió.

—Parece muy antigua, pero apenas tiene dos siglos, un incendio destruyó gran parte de la estructura en 1920 y se reconstruyó casi por completo. Para nosotros resultó una suerte porque se introdujeron toda clase de adelantos modernos. La última remodelación es cosa de mi madrastra, Anna. Es americana y rehízo gran parte de la decoración interior para hacerla más acogedora.

Lucía sonrió, «la malvada madrastra de Loveday», quiso explicar a Matt, pero se calló por respeto hacia esa mujer de sonrisa franca y de pelo rubio, la misma que les esperaba ya en la puerta con Fredward, el mayordomo de la casa, una reliquia de los años dorados de Lewis Hall y de la madre de Loveday, quien se vio obligada a dejar a todo el personal en sus puestos cuando se casó con lord Lewis. Tras el complicado divorcio era como si todo hubiera permanecido igual, y a la vez distinto, en la gran casa, atemporal, con el leve toque informal de Anna.

Matt cruzó por delante del coche y fue a abrir la puerta a Lucía. Ella se lo agradeció con las mejillas coloradas, le encantaban esos pequeños detalles de Matt, siempre tan atento. Ese día estaba guapísimo, con unos pantalones color avellana y una camisa azul remangada, que dejaba ver sus fuertes antebrazos. En el último

trayecto había bajado durante un rato la ventanilla y tenía el pelo castaño revuelto. Lucía se moría por pasar la mano por su cabello, enlazarse a su cuello y besar sus labios. Él debió de notar su mirada hambrienta porque dejaron de sostener sus miradas cuando Anna saludó a Loveday.

—Mira, Anna, he conseguido que Lucy venga.

Anna era apenas mayor que Loveday, solo diez años, y Lucía pensaba que era una suerte para su amiga, a pesar de lo que ella dijera. Su madrastra era cariñosa, una belleza del sur de Estados Unidos que adoraba a su hijastra y a sus amigos.

—¡Lucy! Tenemos que hablar de tu insistencia en no venir a vernos, ¿sabes lo aburrido que es aquí el invierno? Te echamos mucho de menos el fin de semana pasado.

Lucía se vio inmersa en el abrazo de Anna. Era más alta que ella y, a pesar de su extrema delgadez, se sentía arrullada por sus brazos.

—¿Y papá? ¿Y George?

—¡Son unos cabezotas! Se han ido esta mañana temprano al lago, a cazar ranas. Tu padre cree que sigue teniendo treinta años. George le traerá de vuelta cansado e irritado con sus travesuras.

George era el hermano pequeño de Loveday. Su padre y Anna, nada más casarse, habían tenido a ese maravilloso rubio pecoso, que ahora apenas tenía ocho años y al que Loveday mimaba con descaro.

—¡Oh! Tú debes de ser Matthew.

Hasta ahora, Matt había permanecido a un lado mientras se sucedían los saludos, se adelantó para dar la mano a Anna cuando ella le sonrió, se acercó por sorpresa y le dio un beso en la mejilla.

—Señora Lewis.

—¡Ay, no! Anna, siempre por mi nombre, ni se te ocurra llamarme señora, es la única norma en Lewis Hall. —Ella suspiró como si estuviera muy cansada—. Siéntete como en casa, Matt.

Enseguida, Anna miró a Lucy y después a él. Así que Loveday había alterado su tranquila vida, sus planes de pasar un fin de semana junto a George, uno de los pocos en que volvía a casa desde el internado, por eso, por Lucy y aquel muchacho guapo y educado. Loveday no era tonta, quizá Lucy iba demasiado deprisa con el chico y ella quería asegurarse de que no hacían daño a su amiga. Su hijastra podía ser fría como un pescado, pero tenía un corazón enorme y quería a Lucy como a una hermana.

—Gracias por invitarme, Anna. —Matt se lo agradeció de corazón, aún cohibido por oír otra vez su nombre acotado, como si fuera de la familia.

—No tiene importancia, querido, me gusta tener gente joven alrededor.

«De su edad», pensó Matt, pero era tremendamente injusto cuando

esa mujer tan simpática le recibía de aquella manera tan abierta.

—Fredward, ni se te ocurra coger el equipaje —advirtió Anna al mayordomo, que únicamente asintió con la cabeza—. Venid, luego subiremos las maletas, tengo refrescos en el jardín de atrás y podréis descansar. ¿Te ha tocado conducir todo el camino, Matt? A Loveday no le gusta mucho y Lucy no soporta sus críticas al volante…

Entraron en un vestíbulo de anchas proporciones, rematado en madera y suelos oscuros de tarima. En el centro, una mesita con algo de correo y un jarrón de flores, lleno de lilas recién cortadas. Entrar en Lewis Hall era transportarse a una época dorada, donde las grandes casas escocesas eran el refugio de invitados llegados de todas partes y cada fin de semana había una reunión de vecinos y amigos. Matt podía imaginar las grandes fiestas en temporada de caza, el vals atronando los muros de la vieja casa y a sus habitantes en kilt a la vuelta de la iglesia. Pasaron por la sala contigua al comedor, la mesa grande pulida, el olor a cera de los muebles viejos, los candelabros de plata y, en esa habitación, el mueble de las bebidas a rebosar de botellas y vasos, los sofás de cuero algo desgastados por interminables veladas hasta el amanecer. A través de las cristaleras la claridad iluminaba la estancia, con las pesadas cortinas descorridas. Las estanterías llenas de libros, viejos volúmenes, algunas primeras ediciones que Lucía había ojeado más de una vez. Matt, a su lado, observaba todo con disimulada atención. Lucía cogió su mano mientras seguían a Anna y a Loveday. Hablaban de George, el pequeño, según parecía, no lo estaba pasado muy bien en el internado y Loveday insistía en que era muy pequeño aún para estar fuera de casa tanto tiempo, por mucho que la tradición lo obligara.

—Esta casa es fantástica.

Lucía sintió cómo Matt entrelazaba los dedos entre los suyos.

—A mí aún me impresiona cuando vengo, me siento un poco cohibida.

Matt se inclinó un poco y besó su pelo, un gesto cariñoso con el que Lucía creyó derretirse, se infundió ánimos y sonrió al hermoso rostro de él. Matt estaba más acostumbrado que ella a estas cosas y se relajó, este fin de semana iba a disfrutarlo de verdad.

Pasaron al jardín, aún había suficiente claridad para sentarse cómodamente en las sillas de forja. Sobre la mesa había vasos altos de refresco. Fredward apareció al momento con las bebidas.

—Matt, si quieres una copa, por favor, pídesela a Fredward.

Matt se dijo que en la vida haría volver al viejo criado, parecía que de un momento a otro iba a perder la estabilidad con aquella bandeja.

—No, gracias, tomaré lo mismo que vosotras.

Acababa de ganarse al mayordomo, que asintió con un brillo en los ojos. Anna se inclinó para hacerle una confidencia.

—No subestimes a Fredward, si lo haces demasiado evidente se siente ofendido. Henry, el padre de Loveday, es incapaz de pedirle que se retire, lleva en Lewis Hall toda su vida. Su padre era también el mayordomo de la casa. Todos aquí, si queremos una copa, vamos al salón y nos la servimos, no te de vergüenza.

Matt sonrió, eso pensaba hacer. Desapareció unos momentos en el interior y volvió cuando las tres mujeres estaban sentadas en actitud cómoda. Necesitaba esa copa con urgencia para enfrentarse a las mujeres Lewis. Se notaba que Lucía pertenecía a aquella familia, a pesar de su timidez, hablaba con Anna como con una amiga. Se sentó junto a ella, en la silla que Loveday había dejado libre, y rápidamente las chicas cambiaron de tema para incluirle en la conversación.

—¿Habéis empezado sin nosotros?

La voz de Richard se impuso sobre todas las demás, Allan puso los ojos en blanco ante su espectacular entrada. Tras ellos entró Bradley.

—Llevamos aquí más de media hora, creí que saldríais detrás de nosotros —replicó Loveday.

Allan se adelantó para saludar a Anna.

—El niño tenía pis. —Richard bromeó y señaló a Bradley con la cabeza.

—Tuvimos que esperar a que viniera el cerrajero y tomar las llaves de la casa. Han cambiado la cerradura, a veces fallaba.

Lucía y él se miraron. Ya podían estar tranquilos sobre Heather.

Capítulo 13

El amor es humo, hecho de vapor de suspiros.

Romeo y Julieta, William Shakespeare

Loveday no podía creer que tuviera tanta cara, al final, Bradley se había presentado. Y no de cualquier manera, había abandonado sus vaqueros gastados y llevaba, como Matt, unos pantalones de corte recto claros y un jersey negro, eso sí. Las miradas de las tres se fijaron en él. Anna le dedicó una mirada de admiración; Lucía, de incredulidad porque hubiera decidido acompañarlos y Loveday, de indiferencia. Mientras Richard y Allan saludaban a su anfitriona, Matt se fijó en las miradas llenas de cuchillos entre Loveday y Bradley. Notó cómo el ambiente se enfriaba de repente y se llenaba de tensión, buscó con la mirada a Lucy, pero ella estaba explicando entre susurros el tema de la cerradura de la casa de Rothesay, ajena a aquel recibimiento. Lucía estaba preciosa, hizo el gesto de coger su chaqueta ante el viento frío que comenzaba a levantarse. Él se la acercó, Lucía se lo agradeció con una sonrisa llena de hoyuelos y el cuerpo de Matt reaccionó como siempre que ella estaba a su lado. No podía creer que aún no se hubiera acostado con ella. En sus ojos veía que ambos lo deseaban con todas sus ganas. El aire entre los dos se cargaba de electricidad cada vez que se miraban. Matt se resignó, no cabían muchas posibilidades de que Anna fuera tan moderna como para haberlos puesto en la misma habitación y la mansión parecía lo suficientemente grande para no tener habitaciones contiguas. En un gesto inocente, Lucía le cogió la mano que reposaba en su pierna. Matt se tensó. Después de aquellos pensamientos fue como si le hubieran puesto un hierro candente, e intentó serenarse y mantener tranquilos sus pantalones. Al levantar la mirada, los ojos de Anna y Loveday le observaban con el ceño fruncido. No iba a ser un fin de semana fácil, pese al entrañable recibimiento sabía por qué lo habían invitado, iba a pasar por el rasero de la familia Lewis al completo y aún no sabía por qué.

—¡Maaaammmá!

Un niño pequeño apareció corriendo por la inmensa extensión de césped con una gran bolsa de agua sucia colgando de sus manos. Fue hasta Anna con una amplia sonrisa. Rubio, de grandes ojos azules. No

había duda, era George. Igual que Anna, su madre, y con cierto parecido a Loveday.

—¡George! ¡Quita eso de encima de mí! —gimió Anna al ver los pequeños animalillos verdes que se agitaban en el interior. El niño se rio con ganas. En realidad, Anna no estaba nada escandalizada y le revolvió el pelo—. George, saluda a todos. —El niño levantó la bolsa a modo de saludo y fue a darle un beso en la mejilla a Loveday. La expresión de ella se hizo dulce y le dio un pequeño azote en el culo cuando el niño volvió con su madre—. ¿Dónde está tu padre? No le habrás dejado tirado en la charca…

—Anna, estoy en forma ¿Dudabas de mí?

Henry, lord Lewis, apareció al momento. A Matt no le extrañó que su mujer estuviera preocupada por él, parecía veinte años mayor que ella y venía con los pantalones manchados de barro hasta la rodilla. No tenía nada que ver con la imagen de lord que se había formado en su cabeza, parecía el mozo de las cuadras en vez del temible tiburón de las finanzas del que había oído hablar.

—¡Lucy! —Ella se levantó y recibió un fuerte abrazo lleno de cariño—. ¡Qué alegría verte! Loveday, hija. ¡Pero, bueno, si tenemos aquí a la casa de Rothesay al completo!

—Henry, este es Matt, un amigo de Lucy.

Lord Lewis lo saludó con un fuerte apretón de manos, sincero y directo. Ahora comprendía Matt por qué él tenía tanto éxito en los negocios, un hombre seguro de sí mismo y de su posición, algo tímido y de franca sonrisa. Seguramente desarmaba a los estirados hombres de negocios que esperaban ver un regio aristócrata y se encontraban con su sencillez.

—Encantado, Matt. Veo que te has servido, ¿podrías hacerme uno igual, por favor? —Con esas palabras acabó de caer bien a Matt y, tras aceptar, se dirigió al carro de las bebidas como si estuviera en su propia casa.

—¡Bradley! Mira, mira, he cogido cinco ranas. ¿Mamá, puedo echarlas a la fuente?

Matt se giró hacia las puertas entreabiertas. Al parecer, Bradley también era de los habituales en la casa. El pequeño y él estaban inclinados contando los habitantes de la bolsa. Lucía se levantó con una sonrisa y enfocó la escena con su móvil. Ninguno de ellos se dio cuenta, los observó como haría ella a través del pequeño visor de la cámara, un grupo que de no ser por sus ropas modernas parecía sacado de una escena campestre de los años cuarenta. Richard y Allan, vestidos de tweed para la ocasión, conversaban con lord Lewis; Anna, su mujer, decía algo a Loveday, y ella no la escuchaba, parecía atenta al niño. Entonces lo vio. Loveday se cruzaba de brazos con el ceño fruncido mientras Bradley y el pequeño sacaban una de las ranas. Matt

puso los ojos en blanco como haría Lucía. ¿Cómo no lo había visto antes? Bradley no estaba aquí por ella, por Lucía, su escena del taxi era con las mismas pretensiones de todos, para protegerla de él. Bradley no tenía ningún interés amoroso en Lucía. En realidad, lo que estaba viendo era a dos personas enamoradas y profundamente cabreadas, Loveday y Bradley. Lucía le llamó y acudió a su lado con las dos copas en la mano. Ella, con su habitual espontaneidad, le animó a acercar su cabeza para hacerse un selfie, su primera foto juntos. Matt sintió todas las miradas puestas en ellos y estuvo a punto de sonrojarse.

Definitivamente, iba a ser un fin de semana entretenido, solo tenía que saber por qué todos insistían en cuidar a Lucía de forma tan exagerada. Parecía una mujer capaz de tomar sus propias decisiones sin problemas, lo suficientemente responsable y seria para llevar solita las riendas de su vida.

Capítulo 14

Te lo ruego, háblame en la lengua de tus propios pensamientos.

William Shakespeare

—¿De verdad, Loveday? ¿Ese es Annng-chuss? —simuló Bradley un estornudo mientras el pobre de Angus saludaba a todos—. No me lo imaginaba así por tu descripción apasionada de sus encantos.

—¡Cállate, Bradley! —Loveday le dio un codazo en las costillas. Bradley se había acercado de forma sibilina para hacerle esa estúpida broma al oído—. ¿Ahora escuchas conversaciones por la casa?

—No es culpa mía, Lucy y tú hablabais de él a gritos en el salón.

—Estoy segura de que esa conversación era privada. —Loveday lo miró con rencor, conocía esa mirada de Bradley—. Es amigo de Anna, procura ser un niño bueno, Brad.

Tras la advertencia, Loveday se acercó al bueno de Angus y le dio un beso en la mejilla. ¡Joder! El escocés estaba coladito por Love. Bradley estuvo a punto de acercarse y darle un puñetazo cuando vio cómo Angus la agarraba de la cintura con demasiada confianza. Se templó por Anna, no merecía una escenita en su casa. Si Love quería jugar, tendría la mayor lección que había visto en su vida, a él ya no le engañaba con esa imagen de mujer casquivana, siempre rodeada de hombres. Sabía la verdad sobre ella.

Se sentaron a la mesa, Bradley junto a Lucía, enfrente, Loveday, y Matt, al otro lado de ella. Luego estaban el tal Angus. Richard y Allan uno a cada lado de Anna. En la cabecera, lord Lewis y, de modo significativo, Lucía a su lado. La esplendorosa vajilla de plata se había pulido y brillaba a la luz de los candelabros colocados estratégicamente a ambos lados de la mesa. Se habían reducido las luces y, como resultado, a pesar de la ostentación del comedor, resultaba una cena íntima entre amigos. Matt vio cómo Fredward, con manos temblorosas, servía la sopa sin que ninguno de los invitados mostrara el menor temor, intentó mantener la serenidad cuando le sirvió a él con un ligero movimiento. No derramó una sola gota, al igual a como lo había hecho con el vino, y dudó de la aparente fragilidad del anciano. Conversaciones ligeras, algunas risas, el silencio era ajeno a Richard y, en cuanto había el menor indicio de

decaer la conversación, lo rompía con una anécdota de la biblioteca donde trabajan Lucía, Loveday y él. Allan y Bradley, compañeros en la universidad, empezaron a enzarzarse en algo sobre los fondos destinados a Literatura.

Loveday le habló a Anna de su nueva ayudante, Helen, una chica unos años menor, recién licenciada, que podía competir con ellas en cuanto a su vestuario se refería, quizá demasiado predispuesta al trabajo, algo raro en las becarias. Había podido venir este fin de semana gracias a la ayuda de Helen, sin duda, pero no pensaba invitarla a Lewis Hall.

—Lucy, ¿has pensado sobre lo que te propuse? Las casas en Meadows no abundan y hoy han hecho una nueva puja por la casa.

En su lado de la mesa se hizo el silencio, Lucía buscó sus ojos y Matt se preguntó qué pasaba ahí.

—Estuve ayer otra vez a la hora de comer. Tendríamos que hacer muchas reformas y he pensado llamar a un perito para que revise las cañerías y la instalación de la caldera. No sé si merece la pena tanta inversión. Ha estado vacía los últimos meses, las nevadas han dañado el tejado y hay humedad por todas partes.

—Te mandaré a un amigo para que valore la casa y saber cuánto sería necesario para la reforma. Necesitas un sitio donde establecerte, Lucy. Sé que puede dar miedo empezar con un proyecto tan grande, pero, créeme, es una buena inversión a largo plazo.

Lucía hubiera deseado contárselo a Matt antes, fruncía el ceño intentando entender. Pero ¿cómo decir, sutilmente, sin resultar pedante, que era asquerosamente rica? Tenía veintiséis años, había recibido la herencia de sus padres a la muerte de ambos en un accidente de coche, con tan solo quince años. Al principio, su carácter reservado no le había ayudado a superar tal prueba. Su tía se había hecho cargo de ella hasta los dieciocho años y gestionó su fortuna. Después, estudió en la universidad y había residido en el colegio mayor, pero aquella pérdida hizo mella en su carácter retraído y se mantuvo aislada mucho tiempo. Todo hasta que llegó a Edimburgo. Cuando conoció a Loveday, lord Lewis la ayudó muchísimo invirtiendo sus bienes, de vez en cuando le aconsejaba y esta vez era sobre la compra de una casa en Edimburgo. Anna y él insistían en que debía tener un hogar propio, un sitio seguro al que siempre volver, solo suyo, y no solo una buhardilla alquilada en una propiedad de la universidad.

Desde que los había conocido, se habían convertido en lo más parecido a unos padres para ella, y Loveday y George, en los hermanos que siempre había querido tener.

—Papá, deja eso para luego —susurró Loveday ante la cara colorada de Lucía.

Se hizo un tenso silencio en la mesa, demasiado largo tal vez, lo que hizo que Matt entendiera. «Así que lo veían como un oportunista, un posible interesado en la fortuna de Lucía». Intentó destensar los hombros. Lo cierto era que cuando vio el Bentley y la casa fue la curiosidad lo que le hizo aceptar la invitación de Lucía a tomar algo con ella, pero, después, al saber que nada de aquello era suyo, había seguido allí, ¿no? En realidad, porque la mirada expectante de ella lo había atrapado. Ni siquiera sabía por qué le había llevado flores ese mismo día ni por qué la había besado a la salida de aquel café. Sí, había algo en Lucía que le hacía volver a la niñez, su perfume, el olor a lavanda de su pelo, su sonrisa sincera, su forma de mirarlo con absoluta adoración y, en las últimas horas, su libido. Lucía tenía algo que no había visto venir, quizá todo lo que él había perdido con la muerte de su madre, un sentimiento de permanencia, algo seguro y fijo en su vida. Lucía era un mástil al que agarrarse cuando todo lo demás había desaparecido, familia, cariño, amor. Y solo le quedaba a Matt la extraña sensación de que quería llegar a casa y encontrar no a cualquiera, sino a Lucía, esperándole con una sonrisa o entrando por la puerta con un ¿qué tal el día? Su piso de Meadows se le había antojado, en las pocas horas que había pasado en él, vacío y frío comparado con la calidez que sentía al lado de ella, hasta en un café lleno de gente. Matt bajó la cabeza hacia su plato de carne. Ya no tenía apetito. Una pregunta que se había repetido en las últimas semanas él mismo planeaba sobre los invitados a Lewis Hall. ¿Era capaz de renunciar a su independencia por Lucía? ¿A todo lo que hasta ahora era tan importante como una nueva conquista o una fiesta en algún lugar remoto? ¿Su independencia? Porque, mirando aquellos rostros, comprendió que Lucía no podía ser una más. La que parecía una inocente invitación de Loveday a pasar el fin de semana, la familia Lewis, los amigos de la casa, todo era para hacerle comprender que a Lucía le importaba de verdad. Posiblemente se había enamorado de él. Pero ¿y tú, Matthew? Creyó oír la voz de su madre a modo de reprimenda, como solo ella lo conocía, usando ese tono que siempre utilizaba para las cosas transcendentales. «Matthew, debes tener cuidado con lo que haces. Esa chica es buena, inocente, ha debido de sufrir mucho sola en el mundo, sin unos padres». Abocado a la inercia, se llevó un trozo de carne a la boca, se había quedado fría y ya no sabía a nada, igual que las conversaciones a su alrededor.

—Matt, ¿te encuentras bien?

La voz de Lucía lo devolvió al presente, sus ojos azules preocupados, tal vez porque había olvidado decirle que era rica y aquel era su lugar, pero tal vez el de Matt no.

—Sí. —Podía haber dicho algo más, pero no le salía con el nudo que se había formado en su garganta.

Anna había preparado el salón pequeño para tomar unas copas y, después de subir a comprobar que George estaba bien, se unió a ellos. Resultó que Angus, el amigo de los Lewis, era el dueño de una conocida destilería, cerca de Inverness, de cuya publicidad se ocupaba la agencia donde Matt trabajaba. Congeniaron muy bien, y Anna los dejó en uno de los sofás inmersos en el mundo del marketing y la publicidad en redes sociales. La mujer de Fredward, Alice, la culpable de la maravillosa cena y cocinera de Lewis Hall, se pasó para traer unos pequeños canapés para acompañar las copas. Sabía por experiencia que los jóvenes tenían hambre a todas horas y más después de unos tragos. Recibió la graciosa ovación de todos ante la espectacular sopa que había servido en la cena, su especialidad. La casi ya anciana mujer de Fredward se fue entre vítores, roja y acalorada.

Lucía observó a Matt sonreír, parecía que el peor momento había pasado. Al fin y al cabo, él solo le había preguntado si la casa y el Bentley, el dichoso coche de Loveday, eran suyos. Sabía que había omitido a propósito toda su historia personal. No quería pena ni compasión, deseaba que la quisieran por ella misma, sí, con su timidez, sus rarezas, su poca capacidad social, con todos sus lastres. No era una mujer desgraciada, nunca lo fue, su tía se había limitado a cuidarla con el cariño justo hasta que ella misma decidió cuál sería su trayectoria. Después tuvo suerte de encontrar a Loveday, y todo con el apoyo de una fortuna familiar. Ya no se sentía culpable por usar su dinero con discreción. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que no era una traición a sus padres utilizar lo que le habían legado, estar viva en lugar de ir en ese coche con ellos.

—¡Yo me retiro, chicos!

Richard abucheo a lord Lewis y Anna le pidió que se quedara un poco más, pero, al parecer, subiría al día siguiente a la montaña con varios chicos del pueblo. Tenían que reparar varios puestos de caza. Las últimas lluvias los habían derrumbado y querían tener todo listo para la temporada, evaluar los daños y ver si necesitarían una furgoneta para subir tablones y poder repararlos.

—No te olvides, Henry —le advirtió su mujer después de darle un beso en la mejilla—. Llévate a George, le prometiste que te acompañaría. Lleva hablando de ello desde que lo recogí del internado.

Todos quisieron reír cuando el rostro de él se torció en un gesto poco amable.

—¡Anna! Me dará la lata todo el día.

—Las promesas se cumplen.

—De acuerdo, me llevaré algo para que almuerce y procuraré que no se pierda y se convierta en un salvaje.

Loveday entornó los ojos. Podía ser la excusa perfecta para desaparecer un rato. Tal vez era una descortesía para con sus invitados, pero necesitaba aire de manera urgente, aire fuera del mismo espacio que Bradley. No pensaba volver a la playa donde tenía tantos recuerdos con él, los demás habían planeado pasar allí la mañana.

—Papá, ¿puedo ir con vosotros?

—Yo también —replicó Bradley.

—Entonces, nos llevamos la furgoneta. A las siete, chicos. No trasnochéis. No pienso arrastrar a dos chicos de la ciudad por toda la montaña.

Si las miradas matasen, Bradley estaría muerto por culpa de Loveday. ¡Quería alejarse de él! Y a Brad no se le ocurría otra cosa que ir con ellos al bosque. ¡Que te jodan, Brad!, pensó su lado malo, ese que Bradley siempre se ocupaba de despertar.

—Vale, ¿queréis jugar a las películas? —dijo Anna en cuanto su marido desapareció.

Matt jamás pensó que todos dirían que sí entusiasmados, un grupo de adultos jugando a juegos de niños. Algo achispados, hicieron los equipos, Richard y Angus con Lucía y él; en el otro, Bradley, Loveday y Allan. Anna se erigió como juez para mantener la paz. Allan fue el primero en salir y las risitas se sucedieron en ambos equipos al verle elevar los brazos a su alrededor y chascar algo en las manos.

—*Mucho ruido y pocas nueces.*

Richard los abucheó al igual que Lucía.

—¡No vale! —gritó ella—. Son pelis basadas en libros de Shakespeare, os las sabéis los dos de memoria.

—Punto para nosotros. —La emoción de Richard por el juego hizo reír a su equipo cuando se colocó frente a todos—. ¡Me toca! ¡Lucía, Matt, Angus, atentos!

—Cariño, deberías ser actor en lugar de documentalista —rio Allan al ver a su pareja remangarse para su actuación.

Le vieron gesticular de manera exagerada hacia Anna y luego señalarse a sí mismo con excesiva pasión, las manos al pecho, y después como si tuviera un micrófono entre las manos.

—*Mamma mia!* —gritó Allan.

—No vale —refunfuñó Bradley—. Tiene que descubrirlo su equipo.

—Está bien, no discutáis, niños. —Anna hizo la paz con una sonrisa—. Loveday, te toca.

Intentó bajarse la falda escocesa un poco y Bradley carraspeó al ver la mirada felina de Angus ante las largas piernas de Love. Ella se dio cuenta y lo ignoró. Levantó las manos y parecía que llevaba algo en ellas, después se señaló el corazón con dramatismo.

—*No puedo vivir sin ti* —dijo rápidamente Bradley. Loveday negó y

continuó.

—*Eres mi amor* —volvió a decir Bradley—. *Love Story*.

—*Nunca te olvidé* —la interrumpió de nuevo.

Los demás empezaron a reírse con cierta picardía ante lo evidente de los títulos y la relación de ellos en el pasado. Entre risas, ya ni podían ver lo que intentaba hacer Loveday con su mímica. Bradley seguía citando títulos absurdos: *Muero por tus besos*, *El hombre de tus sueños*.

Loveday estalló, apretando los puños con la mirada centrada en Brad.

—¡No, joder, Bradley, no! ¡Vete a la mierda!

De repente, todas las voces se acallaron junto a las risas. A Loveday se le había ido la cabeza. Miró a todos sus amigos, atónitos ante su estallido, y salió del salón con la sangre hirviendo. Sintió detrás los pasos de alguien que la seguía. Por favor, que no fuera Bradley.

—Loveday, ¡espera! —Era Anna, se detuvo al llegar a las escaleras y cayó sentada con las manos tapando su rostro.

—Pero Loveday, cariño. ¿Qué te ha pasado? ¿Va todo bien?

Anna se sentó a su lado, le apartó las manos de la cara y, por primera vez en todos esos años, vio las lágrimas de Loveday. Su bonito rostro estaba congestionado. Los ojos rojos se debatían entre furiosos y tristes.

—¿Sabes cómo llamábamos en el internado a las chicas más guapas que hablaban de esa manera?

—¡Oh, Anna! Lo siento, te he estropeado la diversión.

—No digas tonterías. Es evidente que Bradley te ha hecho algo. Por favor, habla conmigo, si no, tendré que decirle a Lucy que venga a sonsacarte.

—¡No, a Lucy no! No quiero estropear también su fin de semana. Parece tan a gusto con Matt.

—Creo que nos equivocamos con él. Somos dos brujas desconfiadas. Creo que es un buen chico y la aprecia de verdad. Loveday, no me tomes por una egoísta con Lucy, pero ahora me interesa más qué te pasa a ti. Tú no eres así, estás seria y cabizbaja, te falta tu brillo, no pareces tú.

Anna era así, generosa con ella hasta la eternidad y más allá, incluso cuando sabía que la llamaba «malvada madrastra». En realidad, la quería con todo su corazón. Siempre estaba en su vida apoyándola en todo, frente a su padre, al mundo y ahora frente a Bradley. Se preguntó por qué al principio del matrimonio de Anna con su padre había sido tan distante con ella si había traído las risas y el amor a Lewis Hall. ¡Y a George! ¡Qué sería de sus vidas sin ese pequeñajo adorable!

—Creo que aún siento algo por él.

Confesarlo a Anna consiguió que un gran peso en el pecho se aligerara. Decirlo en voz alta no era tan terrible. Tenía toda su confianza puesta en Anna, ella nunca diría nada.

Cuando encontró a aquella chica en la cama de Brad, condujo durante tres horas en mitad de la noche para contárselo a Anna. La levantó de la cama y ella, con toda paciencia, escuchó cómo se había enamorado de Brad, y él le había roto el corazón. Lucía aún no estaba en su vida, así que se aseguró de curarse en Lewis Hall pidiendo una excedencia en el trabajo y no volvió a la calle Rothesay hasta que pudo mirar a Bradley con verdadero odio. Ahora, sin saber por qué, tal vez al ver cómo Lucy se estaba enamorando, antiguos sentimientos habían vuelto a la luz.

—Esto es así, Loveday, nunca se olvida al primer hombre del que te enamoras. Quizá aún duele porque sientes que no acabó bien. ¿Por qué no hablas con él?

—No quiero hablar con él, Bradley es de esos hombres que nunca cambian, necesitan estar rodeados de chicas, salir con una y otra, flirtear. No siente nada por mí, estoy segura, es la emoción de la caza, una vez que me rindiera a él de nuevo, perdería el interés.

—Oh, Loveday. ¿Estás segura de que Bradley no siente nada por ti? Las miradas que os echáis cuando creéis que el otro no os ve… Hay tanta química entre vosotros que esta tarde pensé que si encendía una cerilla explotaríamos todos.

—Por eso le quitaste la copa a papá, ¿por si ardíamos por combustión? —bromeó Loveday para que su madrastra no siguiera haciéndole preguntarse cosas imposibles.

—Eso fue porque era la segunda. Se cree que me chupo el dedo.

Loveday rio al fin, desechando con la mano sus últimas lágrimas.

—Oye, Anna, ¿cómo llamaban a esas chicas en el internado?

—Eran otros tiempos y un colegio religioso. «Ángeles de boca sucia» las llamaban, yo era una de ellas. Lo que quiero decir es que a veces todos perdemos la compostura cuando nos sentimos acorralados.

Las dos se abrazaron, y Loveday se preguntó por qué tenía tanta suerte de tener a Anna como madrastra y que fuera su amiga.

Bradley dejó caer los hombros derrotado y giró por donde había venido. Había escuchado gran parte de la conversación y el corazón le latía a toda prisa. Hubiera querido coger a Love entre sus brazos y consolar su llanto, pero en ese momento lo hubiera insultado otra vez. ¿Es que no era evidente que él también sentía por ella lo mismo? Había intentado desquiciarla, así, un poco achispada, para hacer que reaccionara. Se había torcido y Love pensaba que se reía de ella. Al día siguiente, habría oportunidad. Solo tenía que separarla de su padre, en la montaña, y cuando estuvieran solos tendría que escucharlo. ¿Cómo hacer comprender a Love que había cambiado?

¿Que se había dado cuenta de que estaba enamorado de ella?

Capítulo 15

Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir
que te puedo olvidar.

William Shakespeare

Lucía y Matt subieron de la mano las escaleras. Todos se habían retirado poco después de la abrupta salida de Loveday. Bradley había vuelto a la sala enfurruñado, dispuesto a subirse la copa o una botella a su habitación. Richard y Allan habían bebido lo suficiente para tener que apoyarse el uno en el otro, y Angus decidió ir a dar un paseo para despejarse.

Ahora que ella y Matt habían llegado al largo pasillo que separaba sus habitaciones, Lucía dudó. Había tenido claro que quería ir más lejos con Matt. Tal vez él pensara que era una descarada, invitados en la casa de los Lewis y ella pensando en pasar la noche juntos.

Escucharon risas tenues que provenían de la habitación de Richard y Allan, al lado de la de Matt, y ambos se miraron. Él se acercó y besó la comisura de sus labios. Y Lucía pensó en la simplicidad de la vida, un día estás y al siguiente no. Quería quedarse a Matt entre bellos recuerdos e instantáneas de su cuerpo y el de él, unidos. Ser vieja un día, quizá en su casa de Meadows, y recordar que se había arriesgado con él. Se veía ahora mismo en ese pasillo largo y oscuro como la oruga que tenía que rasgar su propio miedo y lanzarse a volar. Esta vez quería ser ella quien besara, no dejar la opción a nadie más. Atrapó la mano de Matt en la oscuridad para detenerlo. Él se giró. De puntillas, Lucía enlazó sus brazos al cuello de Matt y lo besó.

—Lucía, ¿estás segura de esto? —susurró Matt acercando la barbilla a su frente.

Lucía sintió cómo contenía la respiración a la espera de una respuesta; sus cuerpos estaban tan cerca que sentía la poderosa erección de Matt contra sus caderas. Aquello no se inventaba ni se forzaba, estaba pasando y era real.

—Estoy segura. —Sonó firme y arrastró de la mano a Matt hacia su habitación, al final del pasillo, donde siempre se quedaba cuando estaba en la mansión. Él la siguió, ambos en silencio. Lucía abrió la puerta. La luz de la luna iluminaba el interior a través del ventanal. Ella lo soltó para encender una pequeña lámpara sobre la cómoda que

al momento llenó de una luz tenue toda la habitación.

Matt acompañó con la mirada los movimientos de Lucía, que corría las pesadas cortinas de tonos lila y quitaba la chaqueta que había llevado todo el día de encima de la cama. Ella estaba nerviosa porque, cuando acabó, bajó la mirada. Matt se acercó y la abrazó, escuchó su débil risa e hizo que ella levantara la cabeza con el índice en su barbilla. ¡Estaba preciosa! Sus pómulos se habían teñido de rubor, su pelo le caía alrededor de la cara y Matt pensó que era un precioso tesoro, quizá no digno de él, pero haría cuanto estuviera en su mano para satisfacerla. La siguió al quitarse ella los zapatos y descender varios centímetros. Matt comenzó a desabrochar el primero de los botones de su blusa. Al hacerlo, rozó el sujetador de seda, y entonces fue cuando saltó la chispa. Lucía deslizó sus manos bajo el jersey de Matt, sintió los prietos músculos de su vientre, la curva de la pelvis hasta perderse en sus pantalones. Duro y caliente, muy caliente. Se quitó el jersey, quería sentir las manos de Lucía, su tacto, la forma en que sus uñas dibujaban surcos con suavidad en su cuerpo.

Matt acabó de desabrochar la blusa con maestría y pasó la mano por la suavidad de su ropa interior, la seda color vainilla en contraste con su piel tostada. Sus dedos se colaron por encima de la prenda y agarró su pecho por entero. Lucía gimió al sentirse atrapada por su agarre, posesivo y explorador, los pezones erectos y sensibles le mandaban señales al resto del cuerpo.

Lucía sintió cómo, de un solo movimiento, con inquietante pericia, soltó el sujetador y deslizó la blusa por sus hombros. A cambio de sus caricias, ella desabrochó el cinturón de sus pantalones y obtuvo una visión maravillosa de su torso desnudo; al bajarlos y ver su bóxer abultado se percató, una vez más, de su cuerpo perfecto, de cómo Matt se cuidaba, de la mucha experiencia que tendría, y sintió algo de timidez.

Lucía dudaba, no se dejaba llevar, y a Matt le pareció deliciosa su forma tímida de actuar. El sujetador cayó a sus espaldas al fin y quedó expuesta a él. Lo había supuesto cuando se había acercado a ella en cada ocasión que había podido, al ver sus formas bajo las blusas. Tenía un pecho precioso, de oscuras areolas, una forma perfecta, redonda y llena. Acercó la lengua a uno de los pezones erectos, delicioso. Lucía se arqueó hacia atrás exponiendo su cuello esbelto, ofreciendo el resto de sí misma. La lengua de Matt se perdió en su piel, descendió al mismo ritmo que sus manos sopesaban el peso de sus pechos y los acariciaba, el pulgar trazando la punta hasta arrancar de nuevo sus gemidos. Agarró su pelo y hundió la lengua en su boca, movimiento tras movimiento. Lucía mordió sus labios con pasión y delicadeza. Su pequeña española comenzaba a desatar toda la pasión que tenía escondida con una entrega total, sin límites y de una forma

tan sensual que se rindió ante ella.

Matt sintió cómo ella exploraba su bóxer, se deslizó a través de la cintura y abrió la palma contra toda su excitación, provocando que se volviera aún más dura. Sintió como si la razón se le escapara y bajó los vaqueros de Lucía. Ella le ayudó con su movimiento ondulante mientras su cuerpo se agitaba, y él no pudo evitar aferrarse de nuevo a sus pechos. Observó el cuerpo de Lucía, con sus curvas y recovecos, la sombra de sus formas.

—Eres preciosa, Lucía. —Y lo dijo de corazón. ¿Cómo habían podido gustarle esos cuerpos de mujer, escuetos y rectos?, se preguntó al hundir la lengua en sus labios sin parar de tocarla. Abrió los ojos tras los besos, quería ver a Lucía, quería ver su rostro sonrojarse de placer, su respiración al excitarse. Con cuidado la llevó hacia atrás, hasta la cama, apoyó su rodilla sobre la colcha para no aplastarla. Lucía sonrió al sentir el pene rozar sus caderas y Matt se deshizo de lujuria con ese sonido. Ella se abrió para él, sin vergüenza ni juegos, su mirada de ojos rasgados y azul intenso le suplicó que lo hiciera. Matt le quitó las bragas, notó la humedad en ellas al arrancarlas y se sintió el hombre más poderoso de todos.

—Mírame, Matt —suplicó Lucía. Él no podía dejar de mirarla, aunque hubiera querido. Hundió sus dedos en ella, se deslizaron hacia delante y detrás a través de su esencia, húmeda y mojada, empapada de placer por él. Los sacó y volvió a penetrar con ellos, arrancó en ella multitud de sonidos sexuales.

Lucía se retorcía con pasión, cada vez sentía más cerca el orgasmo, la explosión incontenible de todo aquel aluvión de sensaciones.

—Lucía. —Matt pareció pedir permiso, quizá preguntarle si tomaba algo como protección. Hacía rato que había perdido la conciencia de todo.

¡Esas abdominales *tan cerca* de ella! Matt *sobre* ella, Matt con los dedos *dentro* de ella.

—Matt, fóllame, por favor.

¡Joder! Lucía tenía una boca muy sucia. Matt sonrió de forma perversa antes de sentir la mano de Lucía guiar su pene hasta dentro de ella. Lucía estaba estrecha, caliente, húmeda. Recibió la potencia de su primera envestida y gimieron. Matt la llenó entera, por completo, sintió que llegaba al final de su ser y el placer crecía. No habían hablado de ello, pero no, Lucía no era virgen. Aunque ahora no quería pensar en eso, cuando su pene se movía dentro de ella, besando las paredes de su interior. A tiempo, Matt le tapó la boca, con su mano ahogó un gemido ronco, y contuvo el suyo con un gruñido. Se vació en Lucía por entero, algo de su alma se fue con ella en ese momento y le costó recuperarse. En cuanto pudo, se apoyó en los antebrazos para no aplastar su cuerpo, ¿había cerrado los ojos? Se encontró con los de

Lucía, tiernos, satisfechos, con las mejillas coloradas y el pecho aún batiendo latidos jadeantes.

—Lucía, eres… Ha sido increíble.

Y Lucía rio. Esta vez Matt no le tapó la boca, ¡joder! Y ahora ¿cómo se recuperaba uno del mejor sexo de su vida? Ya no miraría a Lucía con tanta dulzura. Se echó a un lado y abrazó su cuerpo desnudo, acariciando su piel suave. La colocó junto a él. Lucía se acopló a su cuerpo, su trasero rozando su miembro. Y, por primera vez, Matt hizo la cucharita con una mujer, maravillosa, dulce y caliente hasta el delirio. Notó su sonrisa sin verla y, excitado de nuevo, se resignó a dormir un poco al sentir cómo la respiración de su Lucía se iba serenando hasta alcanzar el sueño.

Capítulo 16

El infierno está vacío, todos los demonios están aquí.

Romeo y Julieta, William Shakespeare

—Yo voy delante —exigió Loveday cuando Bradley se dirigía hacia el coche. Estaba amaneciendo y pudo ver el destello de resignación en los ojos de él. ¿Creía que iban a pasear por el campo como si fueran amigos?

George reptó con su pequeño cuerpo por las piernas de Bradley hasta colocarse en el asiento, se hizo un ovillo y volvió a dormirse, lo que su padre suponía. Loveday se dio la vuelta desde su asiento y abrió los ojos sorprendida al ver cómo Bradley le acoplaba la cabeza sobre sus piernas y le echaba una manta de viaje que su padre siempre llevaba en el coche. Brad levantó la vista, Loveday y él se miraron un momento, hasta que su padre entró en el coche. ¿Qué había sido eso? Loveday se regañó a sí misma. No, no y no. Brad no era tierno, ni bueno, era un mentiroso desleal y haría bien en recordarlo.

—Anna ha preparado una bolsa con sándwiches de rosbif y pepinillos, queso y empanadas. Ha hecho otra igual para ellos, van a bajar a la playa. Lucía quería enseñar la cala a ese muchacho amigo suyo.

Loveday sintió su móvil vibrar y lo cogió al instante, el nombre de Helen apareció en la pantalla.

—Hola, Helen, buenos días… No, no estoy en casa, de hecho, no hay nadie en todo el fin de semana. Echa si quieres el informe en el buzón. Mañana por la noche vuelvo y lo revisaré antes de verte el lunes… Perfecto… Un beso. Descansa.

Bradley observaba su perfil mientras Love hablaba. Siempre le había encantado esa forma de morderse el labio cuando estaba concentrada.

—¿Haces trabajar a tus ayudantes en sábado? —Loveday lo ignoró con una mirada glacial de sus ojos azules.

Henry Lewis estuvo hablando todo el trayecto, ascendiendo la montaña curva tras curva con la *pick up*, ajeno a Bradley y Loveday, que iban callados y solo contestaban con alguna afirmación para no ser descorteses. Bradley tuvo tiempo de admirar la belleza de Escocia, los prados dieron lugar a los altos árboles de troncos retorcidos. El sol,

que comenzaba a despuntar, no llegaba a la exuberante primavera que crecía a sus pies, entre agujas de pinos y matorrales de brezo. Alguna ardilla en el arcén miró expectante al coche que quebraba el silencio de los bosques. Adoraba aquella tierra, tan parecida a la de su niñez, los grandes bosques americanos, pero Escocia olía a otra cosa, a tradición, batallas, honor, a Loveday. Tras un bache, la carretera se hizo más irregular y estrecha y casi abrió una brecha en el monte. Bradley reconoció la pequeña explanada, antes de los puestos de caza, en donde había varios todoterrenos y algunas *pick up* de los ayudantes de Henry. Había estado allí con Loveday y su padre. «Un chico de Boston al que le gustaba la montaña», dijo Love aquella primera vez que estuvo allí, cuando lo vio emocionado ante la perspectiva de pasar el día en el bosque. Hacía el mismo tiempo que ahora, algo frío, pero llevaban los cárdigan abiertos y una suave brisa mecía las copas más altas. El suelo aún estaba húmedo y un poco embarrado. No podían pedir más al cambiante tiempo escocés. Aquel día se había escondido con Love tras unas grandes rocas. A sus pies, el valle y Lewis Hall. Se habían besado apoyados en el musgo con el trasero empapado. Fueron días felices, tanto que Bradley se preguntaba ¿por qué? Estúpido. Lo había echado todo a perder. Los fines de semana en la mansión, Anna lo hacía sentir como en casa. Pero aún veía cierto rencor en sus ojos. Bradley adoraba aquella vida tranquila, bajar a la biblioteca y encontrar tesoros de primeras ediciones entre los pesados libros, caminar sobre las hojas mojadas en otoño. Lewis Hall se le metió en el alma tanto como Love.

Bajaron del coche y Henry le presentó a los chicos, como él los llamaba, oriundos escoceses, grandes como torres. El *tweed* abundaba y no se arrepintió de llevar su chaqueta a juego con aquella cantidad de accesorios de cuadros escoceses. Alguno de ellos miró sus pantalones multibolsillos con una sonrisita; no dejaba de ser un chico de ciudad, al menos Henry le había dejado unas botas adecuadas.

—Milord, hemos revisado los puestos más bajos y quizá encontremos los de la cara norte completamente destrozados.

—Gracias, Toby, dividámonos entonces. Los chicos —dijo señalando a Loveday y Bradley— vendrán con nosotros; el resto, en grupos de cuatro.

—Buena decisión. —Le palmeó la espalda con cariño el viejo Tobías. Loveday no comprendía subir a la montaña si él no estaba, llevaba toda la vida viviendo en el pueblo cerca de Lewis Hall.

Su padre, entusiasmado, echó a andar hacia el monte y Loveday se rio. Cruzó los brazos, y Bradley tuvo que contenerse antes de reírse ante el buen hombre.

—Papá, ¿no se te olvida algo?

Por un momento, lord Lewis la miró desconcertado. Llevaba su

escopeta, el morral con la comida lo llevaba el chico…

—¡Oh, Dios! ¡George! ¡Me lo dejo en el coche!

Aquel despiste provocó las risas de las tres partidas de hombres y tuvo que escuchar más de un chascarrillo y alguna broma, que se tomó con humor mientras despertaba a su hijo pequeño.

Bradley decidió ser el último. Encabezaban la caminata Tobías y George. El pequeño, recargado de energía con uno de los sándwiches de su madre, daba saltos sin cansarse. Love iba delante de Bradley. Durante un rato observó su espalda, el pelo rubio recogido en una larga coleta, sobre la entallada chaqueta de caza. Los pantalones a cuadros escoceses a juego con los tonos de su vestuario y las botas altas. Se había puesto una deliciosa gorra de *tweed* para protegerse en caso de lluvia. Bradley pensó que si aquellos pantalones fueran más estrechos no serían tan atrayentes como adivinar las formas redondas de su trasero. Delante de ella su padre seguía hablando, a veces haciendo notar a Loveday un cambió en el paisaje o alguna ardilla aventurera a George.

—Bradley, ¿te acuerdas de las vistas desde allí? —señaló Henry hacia el norte.

—Sí, señor —reaccionó Bradley con una sonrisa—. Quizá podríamos pasar por el mirador.

—Tienes razón, ya no vienes como antes, Loveday. ¿Podrías acompañar a Bradley?

—Una mierda —susurró Love. Su padre hizo como si no la escuchara.

—Bien, seguid ese sendero y no os despistéis. Quedamos en dos horas en la cara este, en las rocas del río —dijo con seriedad, tanta que Loveday fue incapaz de negarse. Al fin y al cabo, ella había invitado a todos sus amigos. Sería tremendamente descortés no estar con Bradley. ¿Y qué podía decirle a su padre? «Este capullo me puso los cuernos, papá. No, no quiero estar con él».

A su espalda sintió reír a Bradley. Aún podía perderle en el bosque o empujarlo cuando llegaran al mirador, el mundo se lo agradecería.

—Sígueme, yanqui —dijo antes de separarse del grupo.

—Al fin del mundo, Love.

—Te he dicho que no me llames así.

—¿Quieres que vaya todo el camino viendo tu culo?

—No lo mires, idiota.

—Cuidado.

La rama que soltó Love estuvo a punto de estamparse en su cara. «Cuidado», se dijo, estaba ante una mujer cabreada en mitad del bosque, y Love conocía aquellos caminos como si fueran su segunda casa.

—Love, podríamos aflojar el paso.

—Creí que tus chicas te mantenían en forma.

—No hay ninguna chica.

Loveday se detuvo. «Ja», y continuó andando más deprisa si cabía. Bradley echó una breve carrera y la agarró del brazo.

—Es cierto, no hay ninguna en mi vida.

—¿Y en tu cama? Creo recordar que durante mucho tiempo ha habido una mujer para cada semana del mes.

Los ojos azules de Bradley hicieron dudar a Loveday. «Es mentira», se soltó con un tirón y siguió andando.

—No estaba preparado, Love. Es la triste verdad. No te vi venir, no supe que aquel tonteo llevaría a más, que al final serías tan importante para mí.

Loveday se detuvo.

—¿Es humor estadounidense? ¿Que yo te importaba? ¿Y por eso metiste a una chica en tu cama? ¡Joder! Sabías que yo podía llegar en cualquier momento.

—¡Por eso lo hice!

—Juro que no te entiendo.

Bradley volvió a intentar que se detuviera. Ella saltó una piedra. Él estuvo a punto de tropezar, pero a cambio se dio en toda la frente con una rama.

—He cambiado, Love, ¿no te das cuenta? Quiero que volvamos a tener aquello, volver a reírme contigo, hacer cosas juntos. Déjame intentarlo.

—¿Intentarlo? —Ella ni siquiera se giró. No podía dejar que él viera su rabia, sus lágrimas—. ¿Y luego qué, Brad? Cuando coquetees con otra y te acuestes con ella. ¿Quién perderá otra vez el jodido corazón?

—¿Por qué eres tan correcta con todo el mundo menos conmigo? Te llenas la boca de insultos.

—Según Anna, soy lo que se dice: un «ángel de boca sucia».

—Con los demás no, es solo conmigo.

—Te lo mereces. —Y para dar énfasis a sus palabras, otra rama pasó cerca de la cara de Bradley.

—Loveday, por favor, para de una vez.

Bradley casi cae de culo cuando ella se detuvo de forma abrupta. Se dio cuenta de que solo le había hecho caso porque habían llegado al mirador en un tiempo récord.

—¡Hala! Ya lo has visto, vamos a buscar a mi padre y a George.

Él vio su rostro de perfil, los ojos rojos. Había estado llorando por el camino.

—Love, cariño. —Ella lo enfrentó con su preciosa mirada azul. Bradley dio un paso y ella no se apartó. Aquel simple hecho provocó la sorpresa de ambos. Acarició la mejilla de Loveday, la piel tan suave

como recordaba. Recuerdos. Allí, en ese mismo pequeño claro, con el valle a sus pies, solo las copas de los árboles, la verde extensión a sus pies, Lewis Hall al pie de las montañas. Habían hecho el amor sobre la tierra, sin importar las piedras, las agujas de pino, la humedad del suelo. Hambrientos el uno del otro. Con lentitud dejó que Love escapara si quería. Alguno de los dos debió de dar un paso adelante porque estaban a escasos centímetros, jadeando. Bradley rodeó con la mano su cuello y le hizo recorrer el estrecho tramo que los separaba. Sus labios se acoplaron a los de Love, la deliciosa sensación de volver a casa, la lengua volvió a recorrer su interior tan familiar. Se besaron como si no hubiera pasado el tiempo, como si en vez de dos años se hubieran separado la noche anterior.

—¡Brad, no!

Loveday lo apartó de un empujón, perpleja por haber caído de nuevo. Sus ojos volvieron a humedecerse y bajó la cabeza avergonzada consigo misma.

—Está bien, Love, volvamos —claudicó Bradley. Si eso no había funcionado, el lugar que ambos adoraban y poblaba sus sueños de volver con ella, nada podía hacer que ella confiara de nuevo en él. ¿Cómo explicarle que su miedo le había hecho llevar a aquella chica a su casa? ¿Cómo humillarse al contar a Love que no había tenido sexo desde entonces? Que nadie podía cubrir el hueco que Loveday había dejado tras su marcha. Todos presuponían que apartaba a las chicas de su cama, pero en realidad jamás había vuelto a llevar a nadie a casa para tener sexo. La casa de Rothesay era su lugar, el lugar en que Loveday y él se habían amado, y nadie podía ocupar su interés desde entonces. En ese momento, Loveday se hubiera reído de él si le hubiera confesado todo aquello.

Bradley la siguió cuando vio que tomaba el sendero para descender la colina y volver al lugar de reunión con los demás, pues era capaz era de dejarlo allí.

Capítulo 17

Mi amor nació de mi único odio… pronto le veo y tarde le conozco.

Romeo y Julieta, William Shakespeare

—¡Vamos, niños! —gritó Anna al coger la cesta del pícnic. Intentaba aparentar tranquilidad, aunque estaba un poco preocupada por George. Podía ser muy pesado cuando quería. Seguro que al final Henry se escaquearía y Loveday tendría que cargar con él todo el día. También le preocupaba Loveday. Por fuera parecía fría, quizá hasta indiferente a los demás en algunas ocasiones, y sin embargo era frágil. Tenía un corazón bondadoso a la par que un carácter dulce que solo mostraba con su hermano pequeño. Ese chico, Bradley, parecía estar loco por ella, pero le había hecho mucho daño a Loveday. Había sido horrible aquel mes que pasó en Lewis Hall. Anna la vio deshecha, llorosa, por primera vez vio rencor en sus ojos. Su corazón se había roto.

Unos pasos bajando la escalera sacaron a Anna de sus pensamientos. Lucía apareció la primera, con su sonrisa, quizá más exultante que nunca, y algo diferente. Se había puesto unos vaqueros tobilleros, remangados una vuelta, tenía unos tobillos preciosos; arriba, una camiseta azul, del color de sus ojos, y atado a la cintura, un jersey del mismo tono que sus deportivas. Anna sonrió conmovida por lo acertado de su vestuario. Matt iba a caerse de espaldas cuando la viera. Detrás apareció Angus, con un conjunto muy playero de vaqueros y polo color arena. Anna no se equivocó cuando vio a Matt bajar también con vaqueros y una camiseta blanca que le sentaba espectacular. Él miró a Lucía y, sin pensar, rodeó su cintura y besó sus labios. Cierta timidez entre ambos, y las mejillas sonrosadas. Anna esperaba que lo de aquellos dos chicos funcionara por el bien de Lucía.

—Estás preciosa.

Lucía se puso roja y con timidez le sonrió.

—¡Vamos ya! —les metió prisa Anna—. Angus, te va a encantar el camino. —Lo mimó para que no notara la ausencia de Loveday y se empeñó en que, aunque Loveday no mostrara el menor interés por él, Angus lo pasara bien ese fin de semana.

Richard y Allan bajaron los últimos, con cara de sueño. La lejanía entre ambos era ya demasiado evidente hasta para Anna. En otras visitas les había visto gestos cariñosos, miradas de amor que ahora eran esquivas, como si sus caminos se hubieran alejado con el tiempo. El tiempo, que en ocasiones hacía mucho daño a una pareja.

Caminaban de dos en dos descendiendo por el sendero, bajaron por la colina y entraron en la zona de altos arbustos del jardín. El pequeño cenador quedó atrás y pasaron por el pasadizo de plantas trepadoras. Estaban en flor y el aire traía la fragancia envuelta del olor y la humedad que provenía del mar. Angus y Matt quedaron maravillados del puente de madera. Bajo él corría apenas un estrecho tramo de río proveniente de la montaña. En sus orillas las cañas se agitaban por el paso de algún animal y oyeron a un grupo de patos invisibles entre la maleza.

—Gus, ¿habías estado antes en la playa? —preguntó Richard a medida que se acercaban al sendero de tierra por el que bajarían a la playa. Desde la noche anterior había comenzado a llamar a Angus así. «Te hace parecer más joven», le había explicado, pocas cosas se podían negar a Richard.

—Es mi segundo fin de semana en Lewis Hall, teníamos pensado bajar entonces, pero se pasó lloviendo gran parte de los dos días.

—Es el sitio favorito de Loveday, una pena que no haya venido y nos cambiara por rudos escoceses y la montaña. Bueno, y por algún americano irresistible.

Allan detectó su tono pérfido; Richard a veces era insufrible.

—Angus, te gustará la playa, ya verás. Quizá es un poco salvaje, el agua del Atlántico entra con fuerza en el estuario —le comentó Lucía para alejar a Angus de los comentarios de Richard—. El verano pasado, Loveday y yo hicimos submarinismo y casi nos arrastran las corrientes, por no decir lo fría que está el agua.

—Por eso nunca meto nada más que los pies —replicó Anna como si tuviera que defenderse de alguna vieja pulla sobre si se bañaba o no —. Las costas de California, ahí sí da gusto meterse entre las olas.

Matt abrió la boca sorprendido al llegar al comienzo del escarpado sendero. Suponía que, detrás, Angus estaría igual. Desde lo alto de la colina se podía ver la pequeña cala salvaje y un sendero que descendía, una vieja y gruesa soga que ayudaba a descender a los menos ágiles por unos escalones de madera desvencijados. La playa parecía fruto de una instantánea de la salvaje Escocia. A ambos lados, las rocas cubiertas de espuma, las olas golpeando la arena ocre oscuro; un pequeño paraíso escondido entre dos acantilados. Algunas gaviotas los sobrevolaron para perderse en el azul oscuro del mar y descendieron en un pausado vuelo.

Prepararon un pícnic entre las rocas, un tanto alejados de la orilla.

Anna afirmaba que al atardecer la marea subía, y en ese lado había sombra y sol a partes iguales. Una vez todo preparado y disfrutado con el hambre que da el aire del mar, Lucía fue a andar por la playa con Richard y Allan. Se remangaron los pantalones y dieron gritos al sentir lo fría que estaba el agua. Poco a poco la inercia los llevó a empezar a buscar conchas y piedras. Matt permaneció sentado con Anna. Angus comenzó a adormilarse en la improvisada suavidad de una manta que habían llevado con tal fin. Se levantó y fue con los demás a la orilla para no caer en el sopor de después de la comida.

—Lucy está disfrutando como una niña. Le encanta este sitio.

Matt se giró hacia Anna, el cabello rubio de su invitada flotaba a su alrededor, rebelde, y por un momento pudo ver a la joven americana que había sido, enamorada del lord escocés.

—Matt, puedes ir con ellos, no me importa quedarme sola, me gusta la paz de este sitio.

—¿Quieres que te deje sola?

Anna sonrió, le gustaba Matt, era directo cuando se encontraba relajado, cosa que no parecía ser frecuente en él.

—¡Ni hablar! Ya tengo toda la semana para bajar aquí en soledad, con mis perros y un buen libro. Henry pasa mucho tiempo en Edimburgo, yendo y viniendo. Y George, bueno, sé que es una costumbre muy británica, pero no soporto cuando tiene que volver al internado.

—Entiendo.

A Anna le sonó la afirmación a que se había estado quejando.

—No me malinterpretes, Matt, soy afortunada por todo esto, mucho. Mi familia es de Boston, trabajaba de camarera en un restaurante del centro cuando conocí a Henry. Soy afortunada por todo lo que tengo.

Matt se giró perplejo y Anna sonrió.

—Sí, Matt, ni tengo títulos, ni provengo de una gran familia de rancio abolengo como mi marido. Mi padre amasó una pequeña fortuna con sus tiendas de alimentación, pero era tremendamente estricto. Mis hermanas y yo trabajábamos mientras estudiábamos la carrera. Larry's, donde yo trabajaba, era famoso por sus barbacoas. Sí, puedes imaginar el típico restaurante americano de carne con camareras guapas. —Sonrió con cierta nostalgia—. No quiero aburrirte con mis historias, Matt.

—Creo que nunca podrías, ¿qué pasó, Anna? —preguntó aún con cierta timidez al pronunciar su nombre con tanta familiaridad.

—Un amigo de Henry cruzaba media ciudad para comer esas costillas cuando estaba de viaje de negocios, y le llevó una noche que coincidieron en una convención. Es una historia tan común que a veces pienso por qué no supimos lo que iba a pasar. Henry me estuvo

observando toda esa noche, la siguiente y la siguiente. Y yo pensaba: ese escocés es guapo. ¡Era tan correcto! ¡Tan diferente a todos los hombres que había conocido hasta entonces! ¡Y su acento! Una noche, al ver a unos tipos que se intentaban propasar cuando les servía, Henry se levantó y con ese vozarrón suyo escocés los ahuyentó. Salimos un par de veces, todo muy deprisa. Él tenía que volver a su país con su hija, Loveday, y sus negocios. La última noche me dijo que lo siguiera a Escocia. Sí, era mayor que yo, pero caí enamorada de él como una torpe colegiala. Lo demás ya lo ves, en contra de lo que todo el mundo y yo misma pensaba, seis meses después, me convirtió en su esposa. Un año más tarde, nació George. Y desde entonces no hay día en que no agradezca a esas costillas estar tan buenas.

Matt rio con ganas.

—Supongo que no fue por las costillas por lo que él volvió noche tras noche.

—¡Eso es porque no las has probado!

Se hizo un silencio cuando Lucy gritó al ser empapada por una ola. Matt la observó, aún pensando en la historia de lord y lady Lewis. Lucía daba saltos por la arena, su chica estaba preciosa. La palabra resonó en su interior como un eco, cargada de significado: «su chica».

Anna enderezó la espalda, era hora de dejar de dar rodeos. Matt era muy atractivo, su pelo castaño, sus ojos verdes e inteligentes, y que fuera tan agradable le había pillado desprevenida tras las advertencias de Loveday.

—Matt, Lucy es una gran chica. Cuando la conocí apenas habló, fue saliendo de su timidez poco a poco y con mucha paciencia. Se crio con una tía suya que, a juzgar por los escasos recuerdos de Lucy, no era muy cariñosa, apenas la veía. Iba de internado en internado, luego al colegio mayor y después la becaron aquí en Edimburgo como documentalista. Se ha pasado la vida huyendo de la misma vida. Lo sé. Vas a decirme que no le harás daño, que la respetas… Sí, todo eso está muy bien. —Anna le dio una palmada en el hombro para que la dejara hablar—. Tuvo un novio en su país, un chico que, al saber que era rica, la sedujo. La engañó durante un año entero mientras se acostaba con sus escasas amigas. Todo lo que hay a su alrededor puede ser idílico, deslumbrar, pero no es más que una chica normal con un gran corazón.

—Yo no… Quiero decir… ¿Cómo no iba a deslumbrarme todo esto? Me crie en Edimburgo, entre sus calles y en internados modestos. Jamás tuve opción de llevar la vida que disfrutáis aquí. Mi madre siempre me decía que la felicidad está dentro de nuestro corazón y no dentro de nuestro bolsillo. Supongo que nunca le hice caso, quizá era demasiado egoísta y joven para darme cuenta de lo que ella quería decirme. Ansiaba lo que no tenía, unos apellidos

heredados de hace siglos, viejas casas solariegas, y todo eso se esfumó un buen día cuando comprendí que ya no podría discutir más con mi madre por esas tonterías y que intentó criarme lo mejor que pudo. Agradezco lo que tengo, pero algo en mi interior me decía que merecía más.

—No siempre tuve esta vida, Matt, me enamoré de verdad de Henry. Sé lo que es querer y desear algo más, solo que no quiero eso para Lucy, no ese tipo de amor, porque cuando todo eso se hace rutina, ¿qué te queda? Matt, sé que no eres ese tipo de hombre, o al menos espero que no. ¿Has pensado en lo frágil que se puede hacer un corazón tras ser engañada? Lucy es fuerte en otros aspectos, no te lo niego. Lo que quiero decir es que creo que se puede enamorar de ti, y luego, inevitablemente, tú le romperás el corazón. Si solo pretendes que sea una amiga más, como supongo que tienes muchas, o sigues adelante por razones equivocadas, cometerás un error. Déjala ahora, sin más implicaciones, antes de que vea a Lucy con el corazón roto de nuevo.

Matt se mantuvo en silencio un instante, su mirada seguía fija en Lucy.

—Piénsalo, Matt, dedícale un momento a analizar tus sentimientos por ella, pero piensa también en Lucy. —Anna cogió la manta que Angus había dejado en el suelo y se tapó con ella—. ¡Dios mío! Loveday tiene razón, soy como una mamá gallina. De verdad, Matt, no te lo tomes a mal, quiero mucho a todos mis chicos de Rothesay, pero Lucy es la mejor de todos nosotros.

—Anna, gracias por el consejo.

Anna se sorprendió ante la media sonrisa de Matt, había acertado al hablar con él, y ahora, si sus motivos eran los correctos, el chico era el único que podía decidir el destino de aquella historia.

Capítulo 18

Enséñame a dejar de pensar en ella…

Romeo y Julieta, William Shakespeare

Lucía se mordió el labio al ver a Anna hablar con Matt. Sus rostros estaban serios mientras él se dedicaba a rebuscar algo entre la arena. Su mirada distraída no era lo que parecía. La gravedad de la conversación se palpaba aun a esa distancia.

—Siempre estás igual, Richard, de verdad, no quiero entrar en otra discusión absurda. —Allan llamó la atención de Lucía. Los había dejado a él y a Richard apenas unos instantes elucubrando qué podría estar diciendo Anna, tan seria. Otra vez estaban enfadados.

—No puede ser siempre tan correcto como tú, Allan.

Lucía empezaba a estar cansada de sus constantes discusiones. Quería que volvieran sus dos amables compañeros, la pareja perfecta, los únicos de todos ellos que mostraban su amor en cada gesto del uno para con el otro.

—No quiero que seas tan correcto, quiero que alguna vez pienses lo que dices.

Angus se hizo el distraído y fue caminando para alejarse de la pareja.

—Solo he dicho que Loveday debería estar aquí y no dando saltos por el monte.

—¡Me sacas de quicio! —respondió Allan, cada vez más rojo el rostro, las orejas, el cuello. Lucía pensó que no podía ser del sol de marzo. Iba a estallar.

—¡Basta ya! ¿Pero qué os pasa? —gritó Lucía. Apoyó cada una de sus manos en el pecho del otro para separarlos. Allan pareció reaccionar en el momento en el que ella los tocó a ambos.

Allan se calló mientras Richard murmuraba algo que no lograba entender. ¿Por qué estaba tan enfadado? Ahora no podía recordar cómo se había iniciado la conversación ni qué era tan importante que lo llevara a discutir con él.

—Arregladlo —dijo Lucía tan en serio que cada uno se dedicó a mirar la arena como si allí estuviera la respuesta—. Anna no se merece que nos pasemos el fin de semana discutiendo.

Lucía, al fin, se vio libre para acudir junto a Matt. Cuando se

acercó hasta él vio su ceño fruncido. Intentó sonreír, pero, cuando él levantó la vista, algo había cambiado en su forma de mirarla. ¿Qué podría haber dicho Anna?

—¿Qué les ocurre, Lucía? A Richard y Allan —preguntó Anna—. Nunca los había visto así. Angus debe de pensar que somos todos una pandilla de locos.

—Yo no me preocuparía por Angus, parece que, al fin y al cabo, lo está pasando bien.

Anna se quedó mirando a Lucía, que se sentó junto a Matt.

—Iré a entretener a mi invitado —dijo antes de levantarse y dejar a Matt y a Lucía solos.

Matt seguía sin mirarla y Lucía empezaba a preocuparse.

—Escucha, Lucía, me han llamado, es urgente que vuelva mañana a primera hora a Edimburgo.

—Pero es domingo, Matt, ¿qué puede ser tan importante?

Matt quiso decirle que necesitaba pensar, aclararse por los dos. Anna le había abierto los ojos, si comenzaba ahora mismo una relación en serio con Lucía debía ser porque estaba seguro de hacerla feliz. Quería intentar con todas sus fuerzas que funcionara, pero para ello necesitaba profundizar en lo que sentía por ella. Lewis Hall no era el mejor lugar, demasiadas cosas por medio, demasiada gente, aquel no era el entorno de Lucía ni el suyo.

—Está bien, Matt, Loveday y yo volveremos en el coche con Richard y Allan. Vete si tienes que hacerlo. Quedé en que acompañaría a Loveday a hacer una visita a una vieja amiga.

Ahí estaba otra vez su Lucía, sin presionarlo jamás, le hacía sentir libre. No necesitaba más explicaciones ni mentiras, Lucía lo dejaba marchar. Matt se inclinó y posó un beso en aquellos decepcionados labios que lo recibieron como la noche anterior, con pasión, pero en aquella ocasión Matt notó también la decepción en ellos.

—¿Sabes, Lucía? Me quedo, no pasa nada porque lo aplace unas horas.

—¿Estás seguro, Matt?

—Totalmente.

Lucía sonrió como solo ella sabía hacerlo, iluminando el interior de Matt. Decidiera lo que decidiera sobre sus sentimientos hacia Lucía, tendría que esperar al lunes.

—Lucía, anoche… fue increíble —susurró en su pequeña oreja. Ella respondió con un escalofrío de placer y tomó su mano. Sus labios se acercaron con suavidad, un breve beso cargado de promesas.

Anna los llamó para que comenzaran a recoger, la luz del sol comenzaba a decaer y aún tenían un largo camino de vuelta hacia Lewis Hall.

Capítulo 19

Sé sabio y ve lento, pues los que se apresuran tropiezan y caen.

Romeo y Julieta, William Shakespeare

Loveday se rio a la cuarta vez que las botas de Bradley se quedaron enterradas en el barro, no podía evitarlo. Se notaba que a él le gustaba el campo, pero no tenía el sentido avispado de quien ha crecido entre esas montañas y el mar, la capacidad para sortear los desniveles y los agujeros camuflados bajo el brezo. De nuevo, su padre se había entusiasmado, habían escuchado la llamada de varios urogallos y encontrado un nido, así que, tras comprobar el estado de los puestos de caza en la cumbre y considerar las reparaciones, bajaron en zigzag las colinas para que George pudiera ver los huevos. Ya no se cazaba urogallos, al menos en las tierras de su padre. Todo el ecosistema de Escocia estaba muy regulado por leyes que protegían las especies más amenazadas. El urogallo era un animal presumido, que avisaba con su canto para aparearse y, una vez que ponía huevos y cumplía su función reproductora, corría a otra hembra. Loveday miró a Bradley, algo similar a lo que él hacía, afortunadamente, sin reproducirse.

—¡Looooveday! —llamó su hermano. Alegre, se agarró a ella.

—No puedes engañarme, no voy a cogerte, George. Tú eres el que le ha dicho a papá que fuéramos en busca de animales.

Bradley sonrió a su lado y se agachó para hacer cosquillas al pequeño. De un movimiento lo puso en sus hombros. El camino, ya cerca de la explanada donde se encontraban los coches, estaba más despejado de árboles. Loveday los siguió y no pudo evitar sonreír; su hermano y Bradley se llevaban bien, mantenían una conversación en voz baja, y se acercó un poco más.

—¿Y por qué no te gusta el internado? —preguntaba Bradley.

—Me gusta aprender, pero me gustaba más la escuela del pueblo, en el internado hay niños mayores que nos gastan bromas tontas a todas horas.

—¿Se lo has contado a tu profe?

George pareció pensar muy despacio la pregunta de Bradley.

—Es que se cree que somos bebés, y no es verdad.

—¿Y por qué no se lo cuentas a tu madre? Anna me parece que te

escucharía.

—¿No creería que miento? Mamá pensará que me lo invento para no volver a ese colegio horrible.

—Tienes que confiar en ella. Es tu madre, puede que al principio dude, pero si te portas como un chico mayor y hablas con ella te comprenderá. ¡Pero no como haría un bebé de esos que dices! Tranquilo y muy despacito. Las madres saben de muchas cosas y seguro que te ayuda.

—¿Y tú no puedes ayudarme?

—¡Eh, tío! ¡Una madre o un padre son la mejor ayuda del mundo!

Loveday se detuvo. Nunca había oído a Bradley hablar así, jamás pensó que él podía tener la paciencia suficiente para tratar con un niño tan pequeño como George e intentar que confiara en un adulto para contar sus problemas. Todos en casa, su padre, Anna y ella misma pensaban que el niño simplemente no quería ir al internado. Tal vez, hubiera otros problemas que por alguna misteriosa razón su hermano solo le había confiado a Bradley.

—Pero tú no se lo cuentes a nadie. A Loveday tampoco.

—Te lo prometo, George.

Bradley se giró hacia ella de manera significativa para que no dijera nada y aquella maldita conexión que se creaba entre Love y él le avisó de que ella lo había entendido.

—¿Sabes qué he pensado, George? —dijo Loveday simulando una carrera para alcanzar a su hermano y a Bradley—. Que Brad y yo podríamos dejarte mañana en el internado camino de Edimburgo, ¿qué te parece si se lo proponemos a Anna?

El pequeño pareció pensarlo un momento. Debajo de él, Bradley sonrió, esa sonrisa llena de hoyuelos acompañada del brillo oscuro de sus ojos.

—A mí me parece una gran idea, tío —sugirió también él al pequeño.

—Vaaale —asintió el pequeño no demasiado convencido.

—¡Entonces, luego se lo decimos a Anna! Mañana domingo te llevamos nosotros y evitamos a ella y a papá un viaje.

Bradley estuvo a punto de susurrar a Love que para ir al internado de George darían un rodeo enorme, no les pillaba en absoluto de camino. El corazón comenzó a palpitarle más deprisa, todo el día a solas con Loveday. Si no conseguía convencerla de que era sincero con sus sentimientos en el largo trayecto en coche, podía rendirse.

Llegaron a la explanada donde habían dejado los coches, el resto de las partidas ya habían llegado y lord Lewis recibió el informe de los puestos de cada uno.

—¿Te importa que llevemos mañana a George al internado? Lo siento, debí preguntarte antes de comprometerme a ello con mi

hermano —Loveday abordó a Brad en cuanto el pequeño se alejó un poco—. Os he escuchado. Me gustaría saber qué le hacen esos chicos. A veces los mayores pueden ser muy crueles.

—Iré contigo, Love —asintió con las manos en los bolsillos y un leve balanceo sobre sus piernas—. Pero recuerda que me debes un favor.

Loveday arrugó la frente. No quería deber ningún favor a Bradley, pero tampoco quería conducir todo el largo camino. Y luego estaba George. Con él hablaría, y no con la pesada de su hermana mayor.

—Eso ya veremos —susurró Loveday al oír la voz de su padre despidiéndose de Toby y de los otros hombres del pueblo.

Capítulo 20

Rómpete, corazón, pues debo refrenar mi lengua.

Hamlet, William Shakespeare

—¡También te ha invitado Verena! —susurró Lucía a Anna. La noche anterior no se había fijado en la invitación al baile que reposaba sobre una mesita en la sala de estar.

La cena había consistido en un picoteo en esa misma sala y ahora todos ayudaban a recoger a Fredward y a su mujer, Alicia, a pesar de sus protestas.

—Sí, llegó ayer y, la verdad, no comprendo cómo se le ocurre organizar un baile en plena temporada de caza.

—¿Tenemos que ir a esa tontería? —protestó lord Lewis—. Tengo que levantarme a las cinco de la mañana para que mis chicos cojan los mejores puestos de caza. ¡Estaremos en plena temporada! No creo que los conejos se levanten ese día tarde porque también vayan al baile de esa mujer.

—¡No seas tonto, Henry! Es un día, y está a menos de treinta millas. Prometo que estarás prontito en la cama. Además, puede ser divertido —suplicó Anna con un mohín en los labios.

—Sabes que no puedo negarte nada, ¿verdad? Por un día que no vaya a cazar, no pasará nada.

Ambos se besaron en el momento en que Loveday pasaba por su lado y le hacía un gesto de asco a Lucía, lo que las hizo reír.

—Loveday, gracias por llevar mañana a George —dijo Anna—. Se hace muy duro cuando tengo que dejarle en la puerta sin más y marcharme, si no, empieza a gimotear y el corazón se me encoge.

—Sin problemas, Bradley y yo le llevaremos después de comer. Estamos encantados.

Anna se quedó mirando a las chicas, Lucía estaba radiante con una sonrisa enorme; Loveday, también. Se prometió descifrar aquellas sonrisas que seguramente tenían mucho que ver con esos dos chicos que conversaban con Angus. Richard acaparaba a su marido, discutiendo acerca de la caza, sus beneficios y desventajas de aquella antigua tradición escocesa. Allan estaba distraído, un poco más apartado de ellos. Subió las escaleras para dar las buenas noches a su hijo con la extraña sensación de que en aquella habitación había

demasiados frente abiertos, demasiadas preocupaciones. Sus chicos de Rothesay Street estaban madurando, avanzando hacia una nueva etapa de sus vidas, en las cuales las decisiones que tomaran en los próximos años podían hacerles muy felices o errar su vida para siempre. Anna tenía sus propias luchas. George se hacía mayor y dentro de poco su hijo ya no querría que subiera a darle un beso de buenas noches. Tenía la horrible sensación de que se estaba perdiendo los más maravillosos años de la niñez de George por culpa de aquellas estúpidas tradiciones que obligaban al pequeño a ir a un internado. Suspiró resignada, al menos ese fin de semana no tendría que ser ella quien lo llevara a aquel horrible colegio.

Lucía y Matt se miraron a través de la sala. Una sonrisa escapó de los labios de ella al comenzar todos a retirarse. Los primeros, Richard y Allan; después, Bradley, que de nuevo se llevó una copa bien cargada a su habitación. Sus anfitriones, Anna y lord Lewis también se fueron a acostar, solo quedaron Loveday y Angus, que conversaban acerca del trabajo de ella en la biblioteca.

—La verdad es que Helen, mi nueva ayudante, es de gran ayuda. Solo ha estado dos días y ya le ha dado tiempo a organizar mi espacio en el despacho. Es increíble que tuviera tantos informes desclasificados. Tengo que presentársela a los demás. Aún no nos ha dado tiempo siquiera a que le enseñe toda la biblioteca.

—Es un sitio precioso. Estuve hace unos años en una fiesta y me quedé enamorado de su parte antigua. Una pena que esté cerrada al público la sala más antigua.

—Supongo que intentan preservar el corazón del edificio.

Entre ellos se instaló un silencio agradable. Angus era un buen hombre, pero Loveday sentía que no había magia entre ellos, al menos no como con cierto americano de ojos oscuros.

—Anna dice que os conocisteis en Edimburgo —dijo Loveday acurrucando sus largas piernas bajo el cuerpo para estar más cómoda.

—Fue una casualidad. Mi hermana y ella son amigas, quedan de vez en cuando en Edimburgo para comer cuando Anna va a la ciudad, y la última vez me uní a ellas. Es muy amable, enseguida me invitó a venir un fin se semana. Mi hermana ahora no puede con el bebé.

—Anna tiene muchos amigos; no hay fin de semana que esto no esté lleno de invitados. Creo que echa de menos a su familia, son seis hermanos.

—¿Todos viven en América?

—Sí, creo que este verano mi padre y George la acompañarán a California. Tiene muchas ganas de verlos.

—Bradley también es americano, ¿verdad?

Loveday se sintió incómoda ante Angus. Brad era un tema que no deseaba tocar en ese momento. Estaba nerviosa ante el viaje del día

siguiente. Estaba cediendo terreno ante Bradley, primero en la montaña, después con el tema de George. Estaban alcanzando una intimidad que creía perdida.

—Bradley es de Boston.

Cierto era que había sonado un poco seca, pero no era ella quién quería cotillear la vida de Angus.

—Se nota que estáis muy unidos.

—Escucha, Angus, siento lo de esta mañana, sois nuestros invitados y yo me he ido a trotar toda la mañana con mi padre.

—Y con Bradley.

Loveday arrugó el ceño. Bueno, se lo merecía. Había dado ciertas esperanzas a Angus el fin de semana que se conocieron. Era razonable que ahora le soltara aquellas pullas al haberlo abandonado.

—Sí, también con él.

Al momento oyeron cómo alguien entraba en la sala, y Loveday se giró en el sofá, aunque no hacía falta, pues sabía quién era antes de verlo. Podía sentir a Brad en cualquier lugar.

—He bajado a rellenar la copa —se excusó Bradley con una sonrisa pícara mientras se acercaba al mueble donde estaban las bebidas.

—Creo que ha llegado la hora de retirarme —dijo Angus con una sonrisa que contradecía su mirada—. Mañana me espera un largo viaje. Ha sido un placer, Loveday, gracias por el fin de semana.

—A ti, Angus, espero verte por aquí pronto.

Dijo adiós con la mano a Bradley y este correspondió sorprendido. Ambos escucharon sus pasos hasta llegar a la escalera, después, cómo subía despacio.

Bradley rellenó la copa, los hielos resonaron contra el cristal de su vaso.

—¿Quieres una? —señaló a Loveday el contenido del vaso. Ella le contestó mostrando que su copa estaba aún a la mitad.

—¿Has bajado a espiarme, Brad?

Bradley se acercó un poco más a ella. Si alargaba la mano, podría tocar sus piernas dobladas sobre el sofá.

—Sí, claro, no iba a dejarte sola con el bueno de Angus.

Loveday acercó su rostro al de él y su olor tan familiar llegó hasta Brad. Admiró sus ojos azules del color del océano y sus largas pestañas. Llevaba el pelo recogido sobre la nuca y el latir de su pulso se podía ver en su cuello. Estaban apenas separados por unos centímetros. Miró los abultados labios de Love, hechos para besar y despertar todas sus oscuras fantasías. Bradley apenas fue consciente cuando alargó la mano, tocó su mejilla sonrojada por las mantas y el calor del alcohol con una caricia. Deslizó sus dedos hasta el pelo rubio y con un suave movimiento deshizo su peinado. Hipnotizado por el movimiento de las ondas que caían sobre los hombros, su mano fue a

descansar en la espalda de ella. Se acercó con temor, inseguro por si ella lo rechazaba. Una sensación nueva y deliciosa de incertidumbre. La punta de su nariz tocó la de Love, se inclinó y por fin alcanzó sus labios. Firmes y suaves, sensuales, pintados de rojo. Loveday se abrió a él, su lengua describió perfectos movimientos que arrancaron un gemido en él. Solo ella era capaz de hacer eso con un beso, llevarlo a la excitación más extrema.

Brad levantaba su otra mano para abrazarla cuando Love se separó.

—Brad, besas como un jodido demonio.

Su ángel de boca sucia se levantó temblando del sofá, el cristal de la copa sonó con fuerza cuando ella lo dejó sobre la mesa. Bradley vio cómo salía, con ese caminar ondulante que le resultaba tan sexy.

«No va a ser fácil, nadie dijo que lo fuera», se dijo a sí mismo. Al menos había conseguido un beso de Love y al día siguiente tenía todo el día, los dos solos, para convencer a su ángel de que podía haber todos los besos del mundo, todos los días del año y a todas horas.

Loveday aún sonreía cuando llegó al piso de arriba. Brad estaba celoso, por eso había bajado. Quizá le importase más de lo que creía. Para su sorpresa, había sido un día estupendo, lo había pasado muy bien con él, a pesar de las discusiones. Se detuvo un instante al oír los ruiditos en la habitación contigua a la suya. La puerta estaba cerrada, pero los susurros continuaron. Eran Matt y Lucy. Loveday sonrió, al menos alguien dormiría caliente aquella noche.

Capítulo 21

Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos llegar a ser.

Otelo, William Shakespeare

La despedida fue terrible, Lucía no llevaba bien decir adiós, así que agitó la mano desde el coche. Anna le sonrió.

—Promete que vendrás pronto, Lucy.

—Antes del verano, tienes una promesa en firme.

—Y ven tú también, Matt.

Matt sonrió ante su ofrecimiento sin dejar de pensar en la conversación que había mantenido con Anna en la playa. «Si Lucía y él seguían juntos».

Allan cogió en brazos a George. El niño se rio por las cosquillas y se retorció.

—Adiós, pequeñajo, cuida de la casa —le guiñó un ojo y le soltó para entrar en el coche. Con Richard y Allan en la parte de atrás, Lucía de copiloto y Matt al volante, el coche fue perdiéndose en la espesura del camino. Tras la primera curva, Lewis Hall desapareció en los retrovisores.

Más tarde, Bradley y Loveday llevarían al internado a George con el coche de Richard y Allan, y el niño empezaba a torcer el gesto al ver que llegaba la hora de volver al colegio. La mañana pasó con lentitud, marcada por una fina llovizna que recluyó a todos en el interior de la casa. El almuerzo fue en la sala de estar donde Fredward sirvió una de las famosas sopas de su mujer y un *haggis* tradicional. Loveday ayudó a Brad a cargar sus bolsas en el coche a la espera de que George bajara. Después de la noche anterior, apenas habían intercambiado dos palabras. Lord Lewis monopolizó a Brad casi toda la mañana en la biblioteca, donde tenía volúmenes que necesitaban algunas reparaciones y valorando si merecía la pena restaurarlos. Brad perdía la sensación de tiempo en aquella biblioteca. Henry le mostró una edición de *El mercader de Venecia*, de 1870, de tapas artesanales y encuadernación cosida, una maravilla que olía a viejo y a bien hecho. Un ejemplar de *Cumbres borrascosas* en su segunda edición, que hizo reír a Loveday. Ella siempre le había dicho que tenía cierto aire a Heathcliff, y él había contraatacado con sus críticas veladas a *Orgullo y*

prejuicio que sabía que ella adoraba.

Loveday envidiaba la relación de su padre con Brad. A él le gustaba su humor americano un tanto evidente, pero ¡claro, era normal! Anna era también americana y estaba acostumbrado. El problema es que a Loveday le fastidiaba que Bradley siempre pareciera pertenecer a aquella casa, jamás se había sentido forzado a ser gracioso o hacer méritos para ganarse a su padre o a su madrastra. Era inmune a los constantes invitados, enseguida les caía bien y se interesaban por su trabajo como profesor de Literatura. Y George, su hermano, utilizaba a Brad como confidente. Solo ella parecía tener razones para no soportar a Bradley.

Anna entró en la sala donde Loveday y Brad esperaban para llevarse al pequeño. En el momento en que vieron la cara de la mujer supieron que George al fin había hablado.

—Escuchad, chicos, ya no tenéis que llevar a George al internado. Ha hablado con Henry y conmigo como un pequeño adulto. Nos ha contado que los niños mayores les gastan bromas pesadas a su grupo. George es muy pequeño para comprender esas novatadas. El lunes iremos a hablar con el director y entre los tres decidiéremos si George vuelve o esperamos hasta que sea un poco mayor.

Loveday atravesó el espacio que le separaba de Anna y se fundieron en un abrazo.

—Creo que es lo mejor, Anna, hay viejas costumbres que debemos cambiar.

—Tenías razón, Loveday, y creo que tu padre jamás te lo reconocerá. —Las dos sonrieron con cariño—. Bradley, mi hijo me ha dicho que tú le aconsejaste que hablara con nosotros. Gracias de corazón.

Y ante la sorpresa de los dos jóvenes, Anna los cogió a ambos y los engulló en un abrazo gigantesco que los hizo sonreír ante lo infantil de la situación.

El ruido del motor rompió la paz de la lluvia. Loveday siempre se sentía un poco triste cuando dejaba la mansión. A ella no le importaba la lluvia, era escocesa. Podía caminar bajo ella y hasta montar a caballo. El campo adquiría deslumbrantes colores bajo el agua, más verde, más salvaje y más solitario. Quizá por ello aguantaba el ruido y las multitudes de Edimburgo, pronto llegaría el verano. Anna, su padre y George se irían a América y la casa se quedaría para ella sola, tal vez sería buena idea acompañarlos, California parecía un sitio divertido para pasar el verano.

—¿De qué ha ido todo este fin de semana? —Brad rompió la paz del silencio y Loveday abrió los ojos y se enderezó en su asiento—. ¿Por qué Anna nos ha invitado este fin de semana a Lewis Hall? Sé sincera, Love, por favor.

—Por Lucy y Matt.

—¡Joder! ¿Las dos os habéis confabulado para ver si Matt es digno de Lucy? ¿A mí me hicisteis lo mismo en su momento? Y, dime, ¿pasé el corte de las chicas Lewis?

—No hablamos de ti y de mí, ya no hay nada entre nosotros. No importa, Brad.

—Y eso que llamas a Anna tu «malvada madrastra».

—Siempre fue más fácil creer que no la aprecio, pero todo el mundo sabe que no es verdad. Adoro a Anna, tiene toda mi confianza, más de lo que tienes tú.

Brad pasó por alto aquella nueva pulla de Loveday y resopló.

—¿Creéis que Matt va tras el dinero de Lucy?

—Ya no importa. Se han acostado, así que ahora es ella la que decide.

—¿Te lo ha contado Lucy?

—¡Brad! No voy a hablar de eso, y menos contigo.

—Pues hablemos de nosotros —dijo él con la mirada fija en la carretera, pues atravesaban el pueblo y llegarían a la autopista en unos minutos.

—No, Brad, no hay un nosotros, deja de atosigarme.

Bradley asintió y dejó que los minutos en silencio se convirtieran en horas cruzando los valles. Loveday se adormiló en el asiento mientras la mente de Brad bullía en mil maneras de hacer que Love confiara en él. Antes de entrar en Edimburgo, Brad detuvo el coche en un área de descanso y ella se despertó confundida. Cuando llegaran a la casa de Rothesay, cada uno volvería a seguir su camino irremediablemente y Loveday volvería a alejarse. Aprovechó que ella aún despertaba desorientada y se quitó el cinturón de seguridad, se inclinó sobre ella y la besó. Se sorprendió al comprobar que ella lo recibía con sus labios y su lengua sedosa lo envolvía. Abrió los ojos para encontrar los de Loveday cerrados, una media sonrisa en la comisura de sus labios. Ella abrió los ojos y ambos se miraron como solían hacer antes, prendidos el uno en el otro. Poco a poco se fueron separando, sin reproches ni rencores. Matt se apartó con una estúpida sonrisa y arrancó el coche, el resto del camino, la mano de Love sobre la suya, acompañándole en los cambios de marcha, como solían hacer hacía dos años cuando iban camino de Lewis Hall.

Capítulo 22

Por el hormigueo de los pulgares, sé que se acerca algo terrorífico.

Hamlet, William Shakespeare

—Quédate, Matt, llevas un cepillo de dientes en la maleta.

Matt tuvo que sonreír ante Lucía, era la primera vez que ella insistía en algo. Era sumamente tentador, estaba cansado por culpa del ejercicio físico del fin de semana y la tensión de sentirse continuamente evaluado, como si aún siguiera en el colegio. El camino desde Lewis Hall había sido largo con Richard obligándolos a cantar *Rose of England,* el famoso poema del poeta Burns, hasta que Allan consiguió captar todos los matices del acento gaélico de sus estrofas. Pararon a comer algo en un pub de un pequeño pueblo y la tarde se les echó encima. Lucía seguía allí de pie, las manos a la espalda, inclinada ante sus labios con una mirada seductora que encandilaba a Matt.

—Puedes ir andando a tu oficina mañana.

—Está bien —accedió Matt con una sonrisa. Todos sus planes de tomar distancia con Lucía para pensar se fueron al garete. No podía resistirse a ella, a su afecto, a sus caricias robadas.

Entraron de la mano en la casa de Rothesay, Richard y Allan salieron en su busca alarmados.

—Alguien ha entrado en la casa, la cristalera de acceso al jardín está rota.

Soltaron las bolsas y las maletas de golpe sobre el suelo del recibidor y los siguieron corriendo. Al llegar al ventanal del salón vieron todos los cristales rotos, la lluvia entraba mojando la alfombra y el aire frío de la sala indicaba que llevaba así casi todo el fin de semana.

—Hay que ver si han llegado a subir a las habitaciones. —Pragmático como siempre, Allan corrió escaleras arriba para ver si se habían llevado algo de valor.

—¡No, Allan! Puede que sigan aquí. —Richard lo siguió.

—Mira, Lucía, hay pisadas de barro.

Lucía asintió y siguieron el rastro hasta la habitación de Bradley. Matt abrió la puerta, separándose al hacerlo, fruto de haber visto mil

películas de policías. Apartó a Lucía para protegerla de lo que hubiera allí dentro. Ambos se quedaron petrificados, la habitación de Bradley estaba revuelta, sus libros, algunos de ellos viejas ediciones, estaban desparramados por el suelo, arrancadas las hojas con saña. Sus objetos personales destrozados, las fotos de su familia y sus amigos americanos rasgadas en pedazos.

—¿Quién ha podido hacer esto? —susurró Matt—. Hay que llamar a la policía.

—No, que sea Bradley quien lo decida. Hay alguien… en su pasado, Heather, creo que todo esto lo ha hecho ella, por eso cambiamos la cerradura de la puerta.

—Y por eso conocía la entrada del jardín. ¿Cómo sabía que no estaríais el fin de semana?

Richard y Allan aparecieron en la puerta de la habitación y abrieron los ojos descompuestos.

—No falta nada, no creo ni que hayan subido las escaleras. ¿Quién haría todo esto a Bradley? —Allan cogió uno de los libros más antiguos, completamente destrozado—. Quien lo haya hecho conocía a Bradley, estos libros son su tesoro.

—Creo que ha podido ser Heather —susurró Lucía.

Bradley y Love llegaron apenas una hora más tarde. Todos les esperaban en el salón. No habían querido llamar a sus móviles y que la alarma por llegar les hiciera correr con el coche. Enseguida les mostraron el desastre de la habitación de Bradley.

Loveday agarró de manera instintiva la mano de Brad. Aquellos libros eran su vida. En cada uno de ellos había marcado las páginas que muchas veces utilizaba en sus clases, algunos fragmentos que se sabía de memoria. Toda una vida de lecturas, las páginas rotas estaban desperdigadas por toda la habitación. Loveday quiso llorar por él, por la ilusión y el cuidado que tenía con ellos. La mayoría lo habían acompañado desde Boston, hacía ya cinco años.

—Brad, lo siento —pudo decir con la voz entrecortada, apretando cada uno de sus dedos entre los suyos.

Brad correspondió como pudo en ese momento. Él también se aferró a su mano que le ofrecía cierto consuelo, y en parte era verdad. ¿Por qué? ¿Qué hubiera pasado si alguien de la casa se encontrara dentro? ¿Y si hubiera sido Love?

—¿Crees que ha sido Heather? —Lucy susurró su teoría como si no quisiera pronunciar el nombre.

—Deberíais llamar a la policía —sugirió Matt.

—No, antes tengo que hablar con su padre, se lo debo.

Loveday, entonces, se soltó de su mano y se puso de frente a él.

—No le debes nada a esa chica, ¡basta ya, Brad! Denuncia esto a la policía, ya no eres solo tú, puede hacerte daño de verdad y a

cualquiera de la casa. Si no, volverá a estar internada unos años y volverá una y otra vez. Hay que estar muy trastornado para hacer esto.

—Tenéis razón, pero antes llamaré a su padre. No quiero que se presenten en su casa sin que estén avisados, su familia es buena gente.

Loveday pensó en las mil facetas que conformaban quién era Bradley. El seductor, esa era la peor de todas, pero también tenía cientos de caras buenas: leal con sus amigos, compasivo con la locura de su antiguo amor, un magnífico profesor de Literatura Medieval, había ayudado a su hermano George… Era encantador con su padre hasta cuando era insoportable. Cuidaba de Lucy como un hermano mayor y adoraba a Anna. Le gustaba la tierra, el monte, la pertenencia a un lugar, Lewis Hall.

Richard y Allan acababan de decirle que subiera a dormir con ellos. Seguramente la policía querría que no tocara nada de su habitación, por lo que cerrarían la planta baja a excepción de la cocina. Podía luchar contra sus sentimientos hasta caer extenuada, huyendo de lo que sentía por Brad, pero ahora él la necesitaba.

—No, Brad se queda conmigo. —Loveday ni siquiera pensó en la repercusión de sus palabras, en el efecto que tendrían sobre sus compañeros de casa, ni lo que pensarían. Y lo adivinaron con apabullante claridad.

Lucy fue la primera en reponerse.

—No sabía que estabais juntos —lo dijo sin rencor, solo un deje de sorpresa en su rostro moreno.

—Nunca lo dejamos.

Bradley zanjó el tema con esas tres palabras que flotaron entre los habitantes de la casa de Rothesay con cierta incomodidad.

—Voy a llamar a la familia de Heather.

—Te acompaño, si quieres. —Bradley asintió mientras Love tomaba su mano y ambos iban hacia la cocina.

Lucía se quedó parada, como los demás, a la entrada de la habitación de Bradley.

—¿Vosotros lo sabíais, chicos? Si esos dos se odiaban.

—Si alguien me hubiera preguntado, os diría que se les notaba a distancia —susurró Matt en voz baja, un poco apabullado porque todas las miradas ahora se dirigían hacia él—. Lo supe en cuanto los vi juntos.

Después de que Bradley llamara al padre de Heather y este contara que hacía casi una semana que no sabían nada de su hija, las sospechas se hicieron evidentes. Heather había desaparecido. Antes de irse les había dicho que tenía un trabajo y recuperaría su vida sola.

Todos se reunieron en el salón. La policía se pasó por la casa apenas una hora más tarde tras la denuncia y las consiguientes

preguntas. Lucía y Matt estuvieron poniendo unos cartones de cajas viejas que encontraron de antiguas mudanzas. Al menos taparían el ventanal del salón de la lluvia y el viento. Llamaron a un cerrajero de urgencia que pasó para poner dos cerrojos más en la casa y, finalmente, de madrugada, todos se fueron a intentar dormir.

Loveday se acurrucó junto a Brad, los dos en su cama, vestidos aún, sin decir una sola palabra. Sobraban todas. Solo les hacía falta sentir el calor del otro y su respiración en el silencio de la casa. Escucharon juntos al otro lado de la pared a Matt y Lucía hablando en susurros; abajo, a Richard y Allan, trasteando por la habitación.

Brad hundió el rostro en el cabello de Loveday, aspiró el olor de su perfume y la suavidad de sus mechones. Ella se giró expectante, con la respiración entrecortada, los labios abiertos. La mirada de Brad cayó sobre sus labios, un leve roce con los suyos, toda la rabia que los había dirigido en los últimos meses se deshizo, se transformó en pasión y deseo. Besos rápidos, profundos, las manos recorriendo el cuerpo del otro. Los pasos de todos resonaban entre las viejas paredes con el sonido de la lluvia de fondo mientras ellos dos reencontraban viejas caricias y olores, el sabor de la piel y los labios. El tacto de las sábanas sobre sus cuerpos unidos como uno solo. Nunca debieron separarse y quizá, solo quizá, era hora de darse una oportunidad.

Capítulo 23

No dejéis que la luz vea mis oscuros deseos.

Macbeth, William Shakespeare

—¿No vienes a trabajar hoy? —preguntó Lucy cuando Loveday entró en la cocina con la bata anudada al cuerpo y el pelo aún revuelto. Nunca la había visto sin peinar, sin una sola pasada de maquillaje en su rostro ni el *rouge* de sus labios.

—He llamado a Helen. Vendrá más tarde a traerme los informes de las últimas adquisiciones de la biblioteca y le he pedido que me disculpe con Verena. Quiero quedarme con Bradley. Él también ha pedido el día libre en la universidad. Allan va a sustituirle en sus clases.

—Escucha, Loveday, no soy quién para juzgarte, pero ¿cuándo pensabas contarme lo que hay entre Bradley y tú?

—Lo hubo, antes de que vinieras a vivir aquí, después lo perdimos, o eso creía. No te engañé, solo a mí misma. Puedes imaginar lo que pasó. Me enamoré de Brad como nunca lo había hecho, y él, bueno, ahora dice que se asustó e intento comprender que lo llevó a traer a una chica a nuestra casa. Los encontré en la cama. Lo cierto es que no estaban haciendo nada comprometido, pero bueno, era Bradley, ¿qué iba a pensar? No quiero ilusionarme, parece que ha cambiado… Dice que hasta los chicos malos cambian…

Lucía se levantó de la silla y fue hasta ella, ambas se abrazaron con fuerza.

—Loveday, ¿cómo estáis los dos después de lo de anoche?

—Solo tú, Lucy, puedes perdonar tan rápido como un parpadeo. —Sonrió Loveday—. Supongo que Bradley tiene que enfrentarse al recuerdo de Heather. No creo que superara el trauma de que alguien con quien quería casarse intentara acuchillarle. Yo al menos tampoco lo superaría con facilidad… Anoche hablamos de muchas cosas y dejamos claros asuntos que nos hacían sentir rencor el uno por el otro… Le quiero, Lucy, supongo que le llevo queriendo todo este tiempo, la vida entera.

—Oh, Loveday.

De nuevo se abrazaron y disimularon unas pequeñas lágrimas traicioneras porque, a pesar de que alguien había entrado en su casa,

el lugar más seguro para ellas, que era posible que volviera a intentarlo y que probablemente quisiera quemar el edificio entero, eran felices, el amor había entrado en sus vidas sin avisar.

Matt las encontró así cuando entró en busca de Lucía, el pelo rubio de Loveday enredado con el moreno de Lucía, ondulado y precioso. Ella sintió su presencia antes de girarse y dedicarle una de sus mejores sonrisas, la de una mujer confiada porque había descubierto su poder sobre él. Matt le devolvió la sonrisa y ambos se acercaron el uno al otro, atraídos como un imán. Lucía observó la bonita corbata azul oscuro, la camisa blanca que marcaba sus bíceps y cómo se perdía en la cintura de sus pantalones de vestir *slim*. Irremediablemente, suspiró y sus labios se rozaron.

—Buenos días, Matt —los sobresaltó Loveday.

—Perdona, Loveday —contestó Matt sonriendo al ver cómo las chicas se guiñaban un ojo con complicidad.

—Tengo que irme ya. Lucía, te llevo.

Lucía cogió el pañuelo que combinaba con el jersey de pico que se había puesto y siguió a Matt.

—Genial. Si no, llego tarde. Loveday, ¿quieres que te traiga algo del trabajo?

—No, tranquila, Helen viene luego. Saluda a Verena. —Lucía sonrió al oír su maléfico designio. Lunes y Verena. Su jefa estaría de un excelente humor.

Loveday se acabó el café y reparó en que Lucía se había dejado el bolso. De él sobresalía el móvil. Salió corriendo a la calle, pero el coche de Matt ya se perdía al final de la calle. Se giró para entrar cuando una sombra llamó su atención. Alguien se había ocultado en el callejón al otro lado de la calle. Podían haber sido imaginaciones suyas, pero un temblor sacudió hasta la última fibra de su ser. Apretó el paso al subir los escalones y cerró la puerta nada más entrar. Miró entre las cortinas de la pequeña ventana que quedaba al lado de la puerta, sin embargo, debía de haber sido solo eso, una sombra en la calle. Allí fuera no había nadie. Al menos, nadie que la observara, porque vio salir a sus vecinos y algún coche calle abajo; unos niños ataviados con el uniforme del colegio caminaban por la acera. Se dijo que era tonta y se detuvo en el recibidor. La casa estaba en silencio. Richard y Allan debían de haberse marchado hacía rato, y arriba Bradley no daba muestras de haberse levantado. La noche anterior había sido intensa, pasaron horas en vela tratando de descifrar por qué no habían podido hablar antes de sus sentimientos. Fue hasta el salón y, al abrir la sala de estar, el frío le golpeó la cara. El cartón que habían puesto la noche anterior entre Lucía y Matt se había caído y el plástico para protegerlo de la lluvia oscilaba con temeridad ante el viento. Se subió el cuello de la bata y echó de menos haberse bajado al

menos una chaqueta que abrigara más. Colocó de nuevo el cartón, cogió su portátil y salió de la habitación congelada. Para ser marzo, el tiempo debería dar una tregua. Edimburgo se resistía a dejar atrás el invierno y unas nubes negras venían desde el oeste arrastradas por el viento. Al pasar junto al recibidor, unos golpes secos en la puerta la sobresaltaron. Estuvo a punto de dejar caer el ordenador. Se quedó paralizada mirando a la puerta de entrada. Una silueta se dibujaba a través de los cristales nacarados. Se regañó a sí misma por estar tan nerviosa. Sin saber por qué, se miró los pies. Ni siquiera se había calzado. Se preguntó por qué aquel detalle en ese momento la hacía sentirse tan vulnerable. Tenía miedo, joder, y Loveday Lewis nunca tenía miedo. Fue hasta la puerta con renovadas energías y miró por la ventana junto a las cristaleras de la entrada.

—¡Helen! Me has dado un susto de muerte —dijo al abrir de golpe. Su ayudante pasó a toda prisa para no enfriar la casa.

—¿Es demasiado pronto? Me dijiste a las ocho y media, perdona, Loveday, no quisiera importunar.

Loveday siguió su mirada. Pensaría que estaba dormida, con la bata puesta, descalza y pelos de loca. Relajó sus brazos, llevaba el portátil abrazado.

—No, Helen, lo siento, pasa a la cocina, es el sitio más caliente de la casa.

—Sí que hace frío aquí dentro.

—Ya, tuvimos ayer un problema con una de las cristaleras del salón.

—Espero que nadie resultara herido.

Loveday miró a su ayudante. A veces le molestaba ese excesivo interés. Resultaba tan forzado, como todo en ella. Su traje azul marino, ni estridente ni conservador, su perfecta coleta y sus gafas de pasta, como si quisiera esconder la belleza que se adivinaba tras sus rasgos perfectos.

—Fue solo un susto. Ven, es por aquí.

Entraron en la cocina y enseguida Loveday sintió el calor de la estancia. La vieja caldera emitía un delicioso calor y el suelo estaba caliente debido a la multitud de cañerías que pasaban por debajo del suelo de madera.

—¿Quieres un té? ¿Café? Lucía solo toma café, así que tiene de todo tipo.

Helen se quedó parada en mitad de la cocina y Loveday le señaló una silla.

—Té, por favor. —Loveday supuso que se sentía cohibida. Era Helen la que cada día le llevaba el té a su mesa. Tal vez le resultaba extraño que por una vez fuera ella quien lo preparara. ¡Parecía mentira! Ella no era esa clase de jefa, jamás le había pedido que le

llevase algo si no se lo hacía para ella misma al mismo tiempo. La conversación se centró en el té, azúcar, ¿leche?, ¿cucharilla? Hasta que las dos estuvieron sentadas en la gran mesa de madera.

—¿Has traído los informes de los libros de Shelley?

—¡Oh, sí! Verena ha añadido unas cuantas especificaciones en el informe para la universidad, además de un plazo para la cesión de las dos últimas obras que han llegado a la biblioteca entre las últimas donaciones.

—Perfecto, vamos a ver. Y gracias, Helen, por traer todo aquí.

—Sí, ha sido difícil.

La última frase susurrada de su joven ayudante extrañó a Loveday. Tal vez Helen vivía muy lejos y ella ni siquiera le había preguntado si le venía bien. La compensaría por este favor, pero es que no se sentía con fuerzas para dejar solo a Bradley el día siguiente a que Heather volviera a entrar en su vida.

—Es una casa preciosa.

Loveday levantó la cabeza de los informes sorprendida por la interrupción.

—Es victoriana, muy bonita. Supongo que al vivir aquí ya ni la apreciamos, pero aún recuerdo la primera vez que vi la escalera del siglo XVII. —Intentó ser agradable con Helen después del favor.

—¿Quieres más té? Yo repetiría.

—Por supuesto, sírvete, Helen.

Loveday seguía inmersa en los papeles hasta que vio a Helen abrir un cajón y sacar la cajita del té. ¿Cómo sabía Helen dónde guardaban el té? Tenían otra caja con las preciadas bolsitas a mano sobre la encimera, pero el platillo estaba vacío. Loveday se quedó un momento sin respiración, el corazón se encogió al ritmo de sus latidos y sus pulmones se contrajeron. Al girarse Helen, Loveday miró hacia los papeles de nuevo sin poder evitar el temblor de sus dedos al pasar la siguiente página. Helen había llamado a la puerta con los nudillos, no había llamado al timbre, ¿quién hace eso, Loveday? Alguien que no quiere despertar al resto de los habitantes de la casa.

Bradley se despertó en mitad de una pesadilla. En ella, Heather clavaba el cuchillo en su cuerpo con saña. Sus bonitos ojos azules parecían no ser los suyos, el pelo alborotado y una sonrisa horrible. No podía olvidar aquella noche. Por una vez había confiado en alguien, había entregado su amor a esa mujer y ella había intentado matarlo, tenía que encontrarla, hablar con ella, hacer que volviera al hospital. Quizá se había precipitado al denunciar su entrada en la casa, quizá podía ayudarla. Al fin y al cabo, se sentía culpable de todo lo que había pasado hacía dos años. Todo era fruto de su inconstancia, su corazón le decía que no, que pese a lo que pensó en su momento no

amaba a Heather como a Love. Por ella sí era capaz de cambiar, de ser mejor persona, de dejar al resto de mujeres y solo mirarla a ella. Love sí que había vuelto su mundo del revés, no quería más devaneos ni mirar a otra mujer al despertar, solo a ella. Con fuerzas renovadas se levantó de la cama, tenía que decírselo a Loveday, era la mujer de su vida.

La puerta de entrada se abrió y, sin querer, Loveday dio un respingo que no pasó inadvertido a Helen.

—¡Loveday!

La voz de Lucy llegó desde algún lugar de camino a la cocina. Loveday no contestó, enseguida su amiga apareció en la cocina.

—¡Buenos días, Helen! ¡Ay, qué cabeza la mía, Loveday, me he dejado el bolso!

Helen contestó inmediatamente y Loveday observó a Lucy mirar alrededor concentrada.

—¡Aquí está! ¡Estupendo, ahora llegaré tarde! He tenido que decir a Matt que se fuera a trabajar. No tenía sentido que los dos llegáramos tarde.

Entonces, Lucy se dio cuenta de que algo pasaba. Loveday estaba erguida en la silla, aún con la bata puesta frente a su portátil. Sus ojos abiertos de par en par y las cejas arqueadas. ¿Qué pasaba ahí? Helen, de pie, con el té en las manos como si quisiera acaparar todo el calor de la taza y una sonrisa enorme.

—¿Quieres un té? —preguntó esta última. Su voz sonó distorsionada, fuera de tono.

—Debería irme ya, tengo una reunión con Verena y ni siquiera he preparado mi informe.

Pero Lucy seguía allí de pie, cargando con el antebrazo el bolso y mirando a Loveday, que no dejaba de mover los ojos hacia Helen y hacia la puerta. Quería que se marchara.

—Siéntate, Lucy, un té nos vendrá bien a todos —insinuó Helen, con voz exigente, casi formulado como una amenaza.

—Sí, claro. —Lucy se sentó con reticencia y dejó el bolso en su regazo. No estaba segura, pero sí casi convencida de que algo le pasaba a Loveday. Demasiado tiempo siendo amigas, compartiendo confidencias como para no detectar que había algo detrás de aquella mirada que quería decirle algo.

—Bueno, podemos continuar —dijo Helen mientras se sentaba en la mesa frente a las dos.

—¿Cómo sabías dónde guardábamos la caja de té?

Loveday se había cansado de ese juego, podían continuar así toda la mañana, pero la aparición de Lucy le había dado fuerzas. Fuera quien fuera Helen, no quería quedarse de nuevo a solas con ella.

Una risita baja, de ratón. Ojos fijos sin parpadear. Helen echó con brusquedad la silla hacia atrás y Loveday se sobresaltó. Lucy no comprendía nada. Helen se levantó y fue hasta el cajón, junto a los fuegos de la cocina, con toda naturalidad. A estas alturas Lucía sabía que aquello no era normal. Loveday, asustada; Helen, moviéndose por la cocina como si fuera la suya. Ese era el cajón de los cuchillos.

—Os haré unas tortitas.

Loveday y Lucía se miraron al ver cómo Helen sacaba una caja de cerillas y encendía el fuego de la cocina de gas.

—Dime que Bradley sigue en casa.

El susurro de Lucía al oído de Loveday no pasó inadvertido a Helen, que apagó la cerilla, giró la manilla de los fuegos y sonrió, una sonrisa que de nuevo parecía extraviada, de oreja a oreja.

—Está arriba, ¿verdad? No ha salido de la casa, lo hubiera visto —contestó con naturalidad Helen—. Me gusta miraros, desde el callejón. Pero, claro, no puedo estar ahí todo el día —dijo con toda naturalidad Helen, aún junto al cajón abierto. Del armario de arriba sacó un plato y de la estantería baja cogió una sartén—. Os haré unas tortitas, no creo que Bradley tarde mucho en bajar. Tenemos que esperarle, tengo que aclarar muchas cosas con él.

—¿Quién eres en realidad? —susurró Loveday.

Helen se rio como si alguien le hubiera contado un chiste.

—Tu ayudante, Loveday —dijo como si Loveday fuera tonta. En un momento el gesto de sus labios se cortó y se puso seria—. Por un momento creí que eras tú la que le gustaba. —Señaló a Lucía—. Eso me despistó. Pero no, Loveday es más su tipo, rubia, alta… Miradme, si incluso nos parecemos. —Encogió los hombros con la mirada perdida en lo que tenía entre las manos. Helen se quitó las gafas de pasta de un tirón y las arrojó sobre la mesa con desprecio, como si le molestasen—. Las tortitas…, no me distraigáis, Bradley no tardará en bajar.

—Estás loca —confirmó Lucía—. Vete de aquí ahora mismo, Helen.

De nuevo se rio, soltó la sartén sobre el fuego de la cocina con rabia y se levantó la chaqueta, sacó un cuchillo que llevaba oculto en la cinturilla de la falda.

—¡No me llames loca! —Esgrimió el arma en alto, un cuchillo ancho de hoja afilada con el que las señaló formando un semicírculo —. Estuve aquí el sábado. Sabía, por la llamada que te hice, Loveday, que estabais todos en el campo, y me pasé por aquí. ¿Sabes lo que encontré en la habitación de Bradley? Fotos tuyas, Loveday, los dos juntos, sonriendo y dándoos besos delante de la cámara. ¿Cómo te atreves? —acabó gritando.

—Estuviste aquí antes, en la casa, el pasado fin de semana —dijo Lucía furiosa—. Bradley tenía razón, usaste la llave para entrar y

revolver sus cosas. Te has acercado a nosotras para llegar a él. ¡Menuda sorpresa debiste de llevarte cuando viste que habíamos cambiado la cerradura!

—No seas ingenua, solo tuve que saltar la valla del jardín y romper la cristalera del salón con una de las sillas de mimbre. Conozco esta casa de arriba abajo. Ese fin de semana que invitaste a ese chico…, tuve que irme cuando él llegó, pero entonces supe que no eras tú quien estaba con Bradley, sino esta zorra.

Loveday no aguantaba más. Posiblemente, Lucía intentaba ganar tiempo, pero allí seguían las dos, sentadas a la mesa, con Helen, porque ahora tenía claro que era la loca particular de Bradley, su exnovia zumbada que no dudaría, por la expresión de su cara, en clavarles ese cuchillo.

—Eres Heather, ¿verdad? —susurró Lucía sin poder creerlo.

—Bueno, es evidente, ¿no? —Hizo con la lengua un sonido de decepción mirando hacia la puerta—. Vamos a tener que subir a despertar a ese dormilón, ¿verdad, Loveday? Lo adivino o está en tu habitación, ¿cuál es? ¿A que lo intuyo? La de las cortinas de terciopelo en la buhardilla. —Debió de hacerle mucha gracia a Helen-Heather porque comenzó a reírse hasta que se le saltaron las lágrimas—. No creí que hubiera alguien tan esnob y vieja.

Loveday frunció el ceño, estaba muy harta de esa estúpida. Desde el momento que la agencia la envió sabía que no era de fiar, alguien tan perfecto nunca puede ser real. Lucía se lo había advertido, tampoco le gustaba, y ella, sin embargo, había dejado a Helen-Heather en su puesto de ayudante. Aquella pirada podía haber quemado entera la Biblioteca Nacional. ¡Joder! ¿No hacían test psicológicos en esas agencias de trabajo?

—¿Y qué harás cuando Bradley baje? —Lucía se levantó de la silla de golpe.

—Pero ¿qué haces, Lucy? Siéntate —suplicó Loveday.

—¡Y una mierda! ¡Sal de nuestra casa ahora mismo! —gritó Lucía.

Helen-Heather pareció indignarse porque se acercó a Lucía con el cuchillo en alto, amenazante, y esta le hizo frente.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a matarnos a las dos con un cuchillo? ¡No alucines, tarada! —Lucía era ahora la loca de atar.

Loveday se levantó sin pensar y empujó a Helen-Heather lejos de ellas. El cuchillo cayó en el suelo a la vez que Loveday y Lucía caían sobre la loca, que amortiguó su golpe contra la madera. Las dos amigas sintieron a la vez el agarre de unos brazos fuertes, tanto como para que no fueran los de Helen-Heather.

—¡Bradley! —ambas gritaron como posesas al verle. Él las puso tras de sí porque la loca ya estaba de nuevo en pie, con el rostro rojo de rabia. El *eyeliner* corrido hacia las mejillas y muy, muy cabreada. El

cuchillo otra vez en sus manos como hacía casi dos años, la misma cocina, el mismo lugar, la misma disputa.

—¡Basta ya, Heather, por favor! Necesitas ayuda, no es amor lo que sientes por mí, es una obsesión insana…

—Pareces uno de esos médicos. No quiero volver, Bradley, deja que me quede contigo, no quería hacerles daño a tus amigas —suplicó Helen-Heather. Distraída, dejó caer el cuchillo sobre la mesa para acercarse a Bradley.

—Lo siento, Heather, ya he llamado a la policía y a tu padre.

Loveday y Lucía se apartaron de ellos contra la pared de la cocina.

—Yo te quiero, Bradley, nunca quise hacerte daño. Mi padre me dijo que incluso compraste un anillo. ¿De verdad ibas a pedirme que me casara contigo? Lo fastidié todo y ahora odio a todo el mundo que te rodea, que puede tenerte, Bradley, y yo no. —Sus últimas palabras fueron un aullido lastimero que apenas se entendió.

Bradley la abrazó con su torso desnudo, aún con el pantalón del pijama, el cuerpo encogido de Helen-Heather contra el suyo. Había tanta ternura en sus gestos que Loveday apartó la mirada dolida de ellos al ver cómo Brad acariciaba sus cabellos.

Las sirenas de policía sonaron fuera de la casa y el timbre comenzó a sonar de forma insistente.

—Ven, Loveday, abramos la puerta. —Lucía la sacó de la cocina para que no siguiera viendo cómo Bradley consolaba a Heather, y a él mismo, a la vez. No había duda de que en algún momento de sus vidas se habían amado con locura. Loveday enderezó la espalda y, mientras los policías entraban en la casa, ella se dirigió, exhausta, a las escaleras. Lucía podía ocuparse.

Capítulo 24

… dolor moderado indica amor; dolor en exceso, pura necedad.

Romeo y Julieta, William Shakespeare

La gente puede volverse loca por muchas razones. Por amor, quizá sea la más poderosa, pero también sucede por dinero, por estrés, por desengaños, por rencor, por venganza… Y todas ellas parecen justificarse cuando eres ese tarado, pensó Richard. Restregaba de nuevo las pisadas del suelo con una fregona. Toda la planta baja estaba llena de barro, y Sue, la chica que les ayudaba con la limpieza, no iría hasta el día siguiente. No quería esperar, quería borrar el paso por la casa de aquella trastornada. Ni siquiera quería entrar en la sala de estar, aún con el cristal roto. La casa estaba helada y el silencio era absoluto. La policía había estado allí horas, tomando declaración a Bradley y a Lucy porque Loveday había desaparecido. En algún momento, entre el jaleo, se había marchado. Su Bentley había desaparecido de la puerta y Lucía había hecho mil llamadas a su móvil sin contestación. Avisaron a su padre por si aparecía por Lewis Hall, y Anna insistió en que todos fueran unos días a la mansión para cuidar de ellos.

Allan bajó las escaleras y Richard y él se miraron. Desde que Lucía los había llamado para contarles todo, permanecían en silencio. Habían perdido en algún momento esa conexión fuerte que siempre los embargaba cuando sus ojos se encontraban. Esta vez no bastaban las miradas, necesitaban la voz del otro. Richard dejó todo y se acercó hasta él. Se sentó a su lado en las escaleras, ambas piernas se rozaron y Allan rompió el silencio.

—Esa loca podía haber hecho daño a cualquiera de nosotros.

—Ya está en un hospital y no creo que salga de allí. Esta vez habrá denuncia y juicio. Bradley ha entrado en razón y nada de lo que diga el padre de la chica podrá disuadirlo.

Allan suspiró con fuerza, expulsando todo el aire que contenía en sus pulmones.

—Quiero irme de esta casa. Rothesay ya no es para mí. Estaba bien cuando llegué aquí, pero ya no lo siento como un hogar.

Richard se giró sorprendido. Así que había sido *eso* todo el tiempo.

Allan iba a dejarlo, así, sin más, como si no hubieran compartido los mejores años de sus vidas. Como si el amor se les hubiera muerto en pocos meses. No podía hablar, nada de suplicar, quería a Allan por encima de todas las cosas y, si él era feliz iniciando una vida sin él, lo dejaría marchar. Se habían distanciado poco a poco, inevitables discusiones, intereses separados, cada vez más espacio entre ambos. Richard comprendía que él quisiera la libertad. Si tal vez hubiera intentado hablar más con Allan, entender sus aficiones, pasar más tiempo juntos… Su corazón empezó a romperse en miles de fragmentos, dispersándose por su cuerpo, casi podía sentir el dolor.

—Quiero que compremos una casa, quiero algo definitivo y contundente. Nuestro propio hogar, Richard. ¡No, calla! —le ordenó tajante al levantarse para poder mirarlo directamente a los ojos—. Y quiero adoptar un niño o una niña, me da igual el sexo.

—¡No vas a dejarme!

Allan no pareció escucharlo.

—Deseo una vida contigo, algo permanente y no un arreglo en una casa de profesores, compartiendo habitación con esta panda de chiflados. Son nuestros amigos y los quiero, pero también quiero una vida contigo, privacidad. Parece como si cualquier día yo fuera a volver a casa y tú a Londres, algo eternamente temporal, y estoy cansado de parecer un estudiante con su novio gay.

Richard no podía hablar. Miraba a Allan con toda la ternura que le inspiraba. No iba a dejarle, quería algo definitivo y contundente, quería su compromiso. ¿Era por eso por lo que los últimos meses habían estado tan distantes? Allan poseía un don reflexivo que a él le era ajeno. No había buscado la razón porque ambos estaban echando a perder un amor que valía la pena. Por fortuna, Allan era como era y le había abierto los ojos.

—Quiero todo, Allan, todo lo que tú quieres, incluido un hijo —afirmó levantándose.

Lucía sonrió desde el rellano, con la cabeza entre los barrotes de madera, como una niña esperando a que la fiesta empezase, espiando a los mayores. Vio cómo sus amigos se enlazaban en un abrazo. Al menos todo aquel desastre de Helen-Heather había conseguido que Allan se lanzara a hacer su declaración y dejara marchar lo que carcomía su relación. En silencio, Lucía se incorporó y de puntillas subió los peldaños hacia los pisos de arriba. Se alegraba por Allan y Richard, pero iba a echarlos muchísimo de menos.

Capítulo 25

¡Cómo! ¿Se va sin decir palabra? Sí, así debe hacerlo el amor verdadero.

Los dos hidalgos de Verona, William Shakespeare

Lucía entró en la casa de Meadows. Enseguida el olor a pintura y yeso llegó hasta ella. Se alegraba de haber hecho caso a lord Lewis. El padre de Loveday había dicho que esa casa tenía posibilidades y no se había equivocado. Accionó el interruptor de la entrada y el recibidor se iluminó con la moderna lámpara de cristales. Las paredes color blanco roto ya estaban listas para ser adornadas con cuadros. Frente a ella, la escalera de madera ya tenía un pasamanos de roble, bonito pero funcional. El salón aún tenía colgados algunos plásticos en la puerta, pero se adivinaba que ya habían terminado de arreglar la escayola de los techos. Sus pisadas sobre el suelo oscuro, también de madera, amortiguaban el sonido de sus zapatos. Estaba deseando ver la planta de arriba y el dormitorio principal.

—¿Qué te parece, Matt?

Lucía se giró expectante, con las llaves tintineando entre sus manos, y frunció el ceño al ver la expresión de Matt. Sus ojos verdes inspeccionaron todo mientras se movía por el recibidor. Quizá era demasiado pronto para traer a Matt allí. Apenas llevaban un mes saliendo, pero para ella era importante. Desde el fin de semana en Lewis Hall, él había estado inusualmente distante respecto a cosas como esta. Era como si, mientras estuvieran en un lugar neutral, el apartamento de él o en algún restaurante o pub, todo fuera normal. Pero era cuando pisaban la casa de Rothesay, o en este caso Meadows, algo muy personal de Lucía, cuando se mostraba serio y preocupado.

—Me gusta, Lucía. —Sonrío con sinceridad. Atrapó su cuerpo en un abrazo suave, y a la vez posesivo, y besó su cabeza. Un gesto que se había convertido en algo tan habitual entre ambos como darse la mano en público o pasar el brazo por la cintura de ella—. Muy grande.

—¿Es solo eso lo que se te ocurre? —rio Lucía enlazando sus manos al cuello de Matt. Aún le maravillaba que un hombre como él pudiera mirarla de aquella forma, pero esta vez sus ojos rehuyeron su mirada.

—Fantástica, enorme, con muy buen gusto, moderna, pero a la vez conserva ese aire a antiguo y majestuoso. ¿Así mejor?

—¡Qué tonto eres! —Los hoyuelos de Lucía sobre su piel morena hicieron al fin reír a Matt—. Ven, veamos cómo ha quedado el salón.

Matt la siguió, atravesaron el plástico de la puerta y se encontró con un salón vacío de muebles, el mismo color blanco que en lugar de hacer fría la estancia la hacía más acogedora. En la pared más alejada, una chimenea enorme con los ladrillos vistos. Las cristaleras mostraban a la derecha la calle donde había aparcado su coche y, a la izquierda, un pequeño jardín privado, algo salvaje todavía; una puerta de madera indicaba el paso al jardín comunitario. Matt sintió que el corazón se le encogía, quizá no exactamente el corazón, sino algo dentro de él, la vocecilla que le decía: «Le tienes afecto a Lucía, más que a ninguna otra chica con la que hayas salido, pero ¿esto es para ti?». Esa casa era para vivir, no algo temporal entre una vida u otra, sino definitivo, era un hogar para criar niños en ese pequeño jardín al sol del verano. El salón para recibir a parejas de amigos y tener un armario para bebidas, algo que servirse después de un día duro en la oficina. Fueron a la cocina, ya totalmente equipada con muebles blancos con molduras y una gran mesa de madera, que podría ser la mesa de comedor en su pequeño apartamento a apenas tres calles de allí. Una despensa, luz entrando por el ventanal que daba a los jardines…

Lucía lo llevó entusiasmada escaleras arriba sin notar sus breves comentarios. Al llegar al rellano, varias puertas.

—El resto de las habitaciones están todavía sin acabar, pero ven, Matt, quiero enseñarte el dormitorio principal.

En realidad, Matt no quería verlo, ni esa habitación ni las otras, que podían albergar una familia, hijos.

El dormitorio acababa en un mirador octogonal igual que el del salón, también daba a la calle, quizá la más tranquila y residencial de todo Meadows. La cama ya estaba colocada, el único mueble en toda la habitación. Con una colcha protectora a la espera de que le acompañaran otros muebles para llenar los huecos vacíos. La puerta del baño estaba entreabierta, y la de un vestidor, que aún olía a yeso, también se mostraba abierta por completo. No había nada colgado en las perchas, ya preparadas a ambos lados. Había sitio para las prendas de dos personas, y Matt evitó seguir mirando.

Siempre supo que Lucía sabía verle. Con ello no quería decir que lo mirara, sino que entraba en su interior con la facilidad con la que solo otra persona lo había conseguido. Esa mujer era su madre, y ya no estaba. En aquel momento, si ella siguiera viva, en la casa de Dummferline, hubiera corrido a verla, a pedir su consejo, a preguntar si lo veía en aquella casa, viviendo, compartiendo una vida con Lucía,

formando una familia, si aquello no era un error. No estaba preparado en absoluto para renunciar a su independencia, a sus fiestas, a un desfile de mujeres que nunca exigían nada y dejaban aún más vacía su vida.

Lucía se acercó a la pequeña chimenea con la misma línea de diseño que la del salón, y con delicadeza colocó sobre la repisa una pequeña foto de sus padres fallecidos y la tarjeta de invitación a un baile. El baile de su jefa, Verena. Matt la miró extrañado.

—Quería empezar a darle mi toque a la casa.

Lucía lo desarmaba con su inocente forma de encoger los hombros. Tal vez pareciera una tontería, pero en realidad era importante para ella, pequeños detalles que conformaban su forma deliciosa de ser.

—La foto lo entiendo, pero ¿la invitación?

—La recibí el día que te conocí. ¡No te rías! Creo en el destino. ¿Ves? Pone *Plus One*, con acompañante, y en ese momento no tenía a nadie —acabó susurrando ante su mirada—. Y entonces tú apareciste… Y yo…

Matt le puso la mano en los labios. Ahora no. No cuando desde que había entrado en la casa sentía una fuerte opresión, la misma que aquel fin de semana en Lewis Hall. Loveday y Anna, con sus mejores intenciones, pidiéndole que no jugara con Lucía, que se decidiera si iba en serio con ella. Sus ojos se fueron a la foto de Lucía con sus padres, debió de ser una familia feliz, aún más doloroso si eso es posible.

—Tuve mucha suerte, una bonita chica que me cuidó cuando más lo necesitaba y alimentó a este pobre hombre.

Ambos rieron. Lucía, aún con la sospecha, ya que Matt siempre evitaba que le expresara sus sentimientos. Podía vivir con ello. En realidad, quería que él le dijese que la quería, reciprocidad inmediata se llama. Yo te digo que te quiero y tú me contestas que tú también. Pero, con Matt, hablar de los sentimientos no era fácil.

—Me acompañarás, ¿verdad? Al baile de Verena. Sé que nunca lo hemos hablado. Septiembre parecía tan lejos, y ahora solo queda un mes y medio, por eso te pregunto…

Matt había oído a Lucía hablar con sus compañeros de Rothesay, el baile implicaba volver a alojarse en Lewis Hall durante el fin de semana. La casa de la tal Verena, la jefa de Lucía, quedaba apenas a una hora en coche de la mansión. Anna estaría allí. Loveday, según Lucía, llevaba atrincherada en Lewis Hall desde el día en que pillaron a esa loca en Rothesay sin querer ver a nadie, pero seguro que le esperaban frotándose las manos. Otra vez el asedio para que les confirmase sus sentimientos por esa mujer preciosa que lo miraba anhelante. Jamás rompería el corazón de Lucía, parecía una estupidez asistir a un baile, pero la conocía lo suficiente para saber que no era

así.

—Claro que iré. Creí que habíamos hablado ya sobre ese aburrido baile.

Lucía abrió los ojos como platos, corrió hacia él desde la chimenea con el salto exacto para que ambos cayeran sobre la cama entre risas. Matt se relajó al sentir el cuerpo de Lucía sobre él. Así estaba mejor, ahí sí entendía sus propios sentimientos.

Hizo cosquillas a Lucía, se sumergió en el familiar olor a lavanda de su pelo y le levantó el jersey de verano, suave al tacto contra sus manos. La piel de Lucía, inmaculada y tersa, subió las manos hasta alcanzar el cierre de su sujetador y lo soltó de un solo movimiento. Sus pechos se liberaron contra su torso, redondos y plenos. Lucía hizo un movimiento encorvándose para poder desabrochar su camisa y sus sexos se rozaron prendiendo la llama. El calor se hizo asfixiante, el pecho de ella erguido contra él. Desabrochó sus pantalones, los de Lucía, e introdujo su mano entre ambos, rozando la hendidura de su sexo. Húmeda, excitada, reaccionó a sus dedos friccionando su excitación, jugando a entrar en su interior, rechazando que Lucía llegara al orgasmo sin él. Matt necesitaba sentir su mirada, ver sus ojos abiertos al sentir el placer. La embistió con fuerza al mismo tiempo que apartaba sus dedos de dentro.

—Dime qué quieres, Lucía.

Ella se retorció entre gemidos, sentada a horcajadas sobre él.

—Quiero todo, Matt, te quiero más dentro. —Gimió al mismo tiempo que lo cabalgaba sin dejar de agitar sus pechos entre las manos de él.

La pasión de sus cuerpos a medio vestir, el lugar donde ambos se unían, ardía en espasmos de placer. Matt cogió su trasero y la guio en los últimos movimientos que provocaron su nombre entre los labios de Lucía. Matt ahogó su propio grito entre los pechos de ella y se dejó caer hacia atrás llevándose con él el cuerpo desmadejado de Lucía.

Ella continuó acariciándolo, uno junto a otro, en silencio. Los fantasmas dentro de la cabeza de Mat bullían de nuevo.

—Matt —susurró Lucía en el oído, se apoyó en el codo para mirarlo a los ojos—. ¿Te ves viviendo aquí? ¿Conmigo? ¿Juntos?

«Silencio» es una palabra enorme en sí misma, pequeña cuando es cómodo, enorme cuando se formula una pregunta que puede cambiar muchas cosas.

—Lucía —suspiró Matt—. Es un paso importante, no sé si estoy preparado.

Ella se sentó en la cama, el pelo negro suelto sobre los hombros, completamente desnuda.

—No voy a presionarte. Pensarás que estoy loca por pensar en vivir juntos. Llevamos apenas unos meses saliendo, ni siquiera sabría decir

desde cuándo. —Lucía tomó aire—. Sé que te quiero, Matt.

De nuevo, Matt se quedó en silencio. Qué fácil sería soltarlo y ya está. Las palabras se pueden pronunciar con todo el sentimiento o utilizarse como un formulismo para obtener lo que se desea. Lucía no merecía aquello, no cuando no estaba seguro de sus sentimientos porque nunca amó a nadie.

—No contestes, Matt, no por hacerme sentir bien. No sería justo con ninguno de los dos. —Lucía, pragmática, comenzó a vestirse. Pasó el jersey sobre la cabeza y anudó el pelo ensortijado en una coleta—. No es ningún ultimátum, solo tenía ganas de vivir contigo. Muchas.

—Lucía, yo…

—Mañana empiezan mis vacaciones en la biblioteca. La casa está casi preparada, así que me esperan esta semana en Lewis Hall. Me voy a pasar el verano con ellos. Hace casi dos meses que no veo a Loveday.

—¿Esto es un adiós, Lucía? ¿Porque no quiero vivir contigo?

—No, Matt, te doy espacio, te doy tiempo, te doy lo que necesitas. No quiero que hagas algo de lo cual puedas arrepentirte.

Lucía intentaba ser fuerte, madura, sobrellevar la decepción que Matt había provocado en ella. Había esperado que él estuviera tan ilusionado como ella, se trataba solo de un formulismo, ambos habían dejado sus cepillos de dientes en Rothesay, y en el apartamento de Matt, sus cosas. Solo quería volver del trabajo y saber que él no tardaría en llegar. Tardes de domingo en Princess Street y sus jardines, quizá una visita al pueblo de Matt en Dummferline y conocer su famosa abadía. Una película un jueves con palomitas. Despertarse en aquella habitación y desayunar en el jardín de abajo.

—Iré a buscarte, Lucía.

—Solo cuando estés preparado, y si no vas…, no te juzgaré. —Su sonrisa contrastó con la mirada triste.

—¿Seremos amigos?

—No podría, Matt, te quiero demasiado para ser solo amigos, sin besarte, sin tocarte, sin saber que la noche acabará con nosotros juntos en esta cama.

Casi como un acuerdo tácito, Matt se vistió. No hubo demasiadas palabras. Lucía lo despidió en la entrada acristalada alegando que debía colocar unas cuantas cajas que habían traído antes. Vio a Matt salir sin querer mirarla. Al momento, escuchó el coche y el sonido se alejó silenciado por los ruidos de la calle.

Lucía miró a su alrededor. No era ese el primer recuerdo que quería de su hogar, un hogar formado para ella sola, pero durante aquellos meses con la esperanza de compartirlo con él. «No puedes retenerlo, no puedes hacer que te ame, no puedes hacerle comprender que lo nuestro funcionaría». Se derrumbó en el suelo, en mitad del

recibidor, como cuando era niña, y se abrazó las piernas flexionadas. Ella podía sola. El amor, tan esquivo en su vida como el cariño de una familia, la había hecho fuerte. La soledad era tan conocida que ya no dolía. A veces escocía un poco, como la sal del mar, pero después pasaba y solo dejaba una sensación de superación. Esta vez no quería pasar por todo eso sola, no por miedo a romperse, sino porque echaba de menos a su amiga Loveday, a los Lewis, al pequeño George. Algún día aquella casa en la que estaba sería su caparazón contra el mundo, pero por ahora iría al otro sitio donde las cosas dejaban de doler y el tiempo se detenía, entre los muros de Lewis Hall, sus campos verdes y el mar. El verano tenía que ser suficiente para calentar su corazón de nuevo.

Capítulo 26

No he amado sabiamente, pero sí he amado bien.

Otelo, William Shakespeare

Loveday agitó el árbol y una cascada de flores blancas cayó sobre ella y George. Su hermano empezó a gritar dando saltos. Era como ver nevar en julio. Nunca se había sentido una princesa, pero, en aquel momento, embrujada con la magia infantil de su hermano, la risa de Anna y los últimos plácidos días se sintió exactamente así. Embargada por la tranquilidad de su hogar, se preguntó si realmente quería partir en unas semanas hacia América, de vacaciones con su familia. Habían sido dos meses en los cuales Lewis Hall le había ofrecido todo, la playa de su niñez, los escondites en el jardín, pícnics en el río, mantas que te daban calor en el salón. Todo menos lo que de verdad deseaba, prohibir a su mente que el recuerdo de Brad se colara en cualquier momento, que al ver el barro no se acordara de las botas ridículas que su padre le dejó el último día que estuvieron en el monte. Que las olas no le llevaran el rumor de su voz de su última noche en la casa de Rothesay, caricias que nunca acababan, olor a su piel, su barba que comenzaba a raspar…

Loveday negó con la cabeza, como si fuera capaz de sacudirse los sentimientos, desecharlos sin más. ¿Por qué, cuando era más feliz, Brad se colaba en su cabeza para hacer estragos?

—¡Mira cómo os habéis puesto! Tenéis semillas hasta en las pestañas —rio Anna.

Su padre se levantó y estiró las piernas con una sonrisa, se dirigió hacia dentro y Anna elevó los ojos al cielo presintiendo cuál era su fin, una copa antes de la comida.

—Me alegro de ir con vosotros a California —dijo Loveday antes de caer sentada junto a Anna. Cogió la jarra de limonada y se sirvió un vaso. Después tomó del cuenco de cristal una rodaja de limón natural y la colocó en el borde. George corría por el prado, intentando colgarse de las ramas más bajas de los árboles. Loveday subió las piernas a la silla enroscándose sobre sí misma. Los pequeños placeres de la vida, pensó satisfecha de haber relegado a Brad de nuevo al olvido.

—Y así, de paso, huyes de la realidad.

—Anna, por favor, otra vez no —Loveday se irguió al instante—. No sabes lo humillante que fue ver a esa pobre chica en los brazos de Bradley. Me vi a mí misma en unos años, suplicando el cariño de él, obsesionada con si tendría una aventura, mirando el reloj para ver si volvía directo de sus clases. No me merezco eso, me quiero demasiado.

Anna se rio de forma involuntaria.

—Loveday, nunca he conocido a nadie que se aprecie tanto a sí misma.

—No es vanidad ni egoísmo, no como crees, es que… si no me quiero yo, ¿quién lo hará?

—Tu padre, George, yo misma, Lucy, Richard y Allan…

—Lo sé, pero no es lo mismo. No quiero a Bradley en mi vida. No con el equipaje que lleva, todas esas alumnas suyas que lo persiguen por Edimburgo, la fama de conquistador y otros logros que no quiero hablar contigo… ¿Sabes que tenía que hacer las tutorías de Literatura con dos alumnos porque una vez una chica se desnudó en su despacho?

—¡Vaya! —Anna dejó el vaso sobre la mesita entre las dos—. ¿Y no crees que él está también muy cansado de todo eso? Te dijo que no había estado con ninguna mujer en dos años, ¿le crees?

Loveday se tomó su tiempo para responder, tal vez porque le había creído de verdad. Aquella sinceridad en sus ojos oscuros no podía ser mentira, no se lograba con practicar delante del espejo.

—Creo que era verdad, pero, en todo caso, no me incumbe, ya no éramos pareja.

—Pues a mí me parece que es un niño que ha crecido de repente y se ha encontrado con demasiados cadáveres a sus espaldas que lo atormentan. Recuerda que uno de ellos casi le mata en dos ocasiones.

—Heather, creo que fue y siempre será su demonio… Ahora dirás que todos merecemos una segunda oportunidad…

—Buff, Loveday, a veces necesitamos hasta una tercera y una cuarta oportunidad. La vida es complicada en sí misma sin que le demos más vueltas. Además, no quisiera meterme en tus cosas y, aunque quisiera, no lo haría ahora, que bastante ha hecho ya tu padre.

Loveday dio un respingo y se giró hacia los ventanales del salón. En la puerta, apoyado contra el marco, estaba Brad; tras él, el traidor de su padre.

—¡No me mires así, hija! Soy incapaz de dejarle otra vez en la puerta como un perrillo abandonado.

Anna y su marido huyeron hacia el prado, cogieron a George y desaparecieron por el sendero dejándolos solos. Brad estaba guapo, su piel estaba más morena que de costumbre y quizá un poco más delgado. Llevaba unos vaqueros que al menos no estaban rotos,

aunque no había renunciado a su camiseta negra de chico duro. Loveday se levantó despacio, mientras Bradley se acercaba a ella. Todas las veces que había intentado no pensar en él, no recordar las líneas de su rostro y la amplitud de sus hombros, se fueron al garete.

—No huyas, Love, por favor.

La súplica de Brad llegó a su corazón, tan certera como una flecha.

—Tenemos que hablar y darnos una oportunidad, nena. Anna tiene razón, estoy harto de que me etiqueten por la forma en que vivía, por mi trabajo, no cuando estuve a punto de comprometerme con una mujer y me he mantenido fiel a ti durante dos años, dos jodidos años, Love. He vivido y sido libre mientras era lo que tocaba, cuando no tenía ataduras. ¿Se puede juzgar eso? Mírate, Love, cariño, eres preciosa, entras y sales con docenas de chicos, se pelean por una sonrisa tuya, babean detrás de ti… Y tú solo me diste a mí tu primera vez, tu primera noche de amor verdadero. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Loveday lo entendía, claro que comprendía a Brad. Ella tampoco era un modelo de cualidades y proyectaba una imagen que no era la verdadera, pero de ahí a entregar tu corazón cuando sabes que probablemente te van a hacer daño otra vez…

—Love, me siento tan frustrado, he intentado hacerte ver que podemos ser de nuevo una sola persona, que juntos podemos construir algo nuevo, pero todas y cada una de las veces me rechazas y estoy cansando, demasiado frustrado para continuar persiguiéndote y darme siempre con una pared.

—Brad, yo…

—No, no digas nada, solo he venido para despedirme. Me marcho a Saint Andrews, he conseguido el traslado como profesor después de un año suplicando ante la puerta del rector. Esperaba empezar contigo una nueva vida allí, lejos de habladurías y flirteos de universitarias. Tú y yo. Ahora veo que es imposible.

Loveday se acercó, ¿se podía sentir el corazón resquebrajándose como si fuera de barro? Bradley se iba, ya no habría encuentros fortuitos por la casa, miradas de reojo, encuentros en el desayuno. Necesitaba saber, tener la certeza de que él deseaba cambiar de trabajo por ella, empezar una nueva vida por ella.

—Bradley, no puedes irte. —Antes de acabar la frase se mordió el labio.

—¿Por qué no? Dame una razón.

Él se acercó aún más, casi rozando sus cuerpos, con las manos en los costados, como si ninguno de los dos se atreviera a dar el primer paso.

—Vale. ¡Joder! Bradley, no sé cómo decirlo, no sé cómo resumir lo que siento por ti desde el día que entré por la puerta de la casa de

Rothesay. —«Toqué el cielo, las estrellas, a partir de ese momento solo te vi a ti, a ningún otro, me deslumbraste, me cegaste».

—Con un te quiero basta, Loveday.

Ella hizo un mohín con los labios. Era justo. Brad era el que había peleado por ellos, quien la había perseguido sin tregua en los últimos tiempos.

—Te quiero, Bradley, no sé hacer otra cosa con mi corazón que quererte, cada día, cada minuto de mis días. Si me da tanta rabia es porque no puedo evitar amarte.

—¿Vendrás conmigo a Saint Andrews?

Implacable, esa era la única palabra que podía resumir el rostro de Brad en ese momento.

—¡Sí!

Y Bradley no pudo más. La atrajo hacia él como siempre había deseado, la acogió entre sus brazos y Loveday sintió el latir de su corazón, la fuerza de sus músculos en tensión, el olor a su cuerpo, todos los momentos que habían compartido y los que les quedaba por compartir.

—Te quiero, Loveday Lewis —susurró mientras el aire mecía las hojas del árbol y arrojaba una cascada blanca sobre ellos. Se hicieron enormes, gigantes abrazados, como solo podía hacer el amor que creían perdido y habían recuperado a fuerza de tropiezos.

Capítulo 27

… ¿dormir? Tal vez soñar.

Hamlet, William Shakespeare

—Anna, no voy con vosotros a California. —Loveday sonrió a su madrastra y ella elevó los ojos al cielo.

—No sé por qué, pero lo sospechaba.

Su padre las llamó desde la entrada, ya estaba de vuelta de la estación. Lucía entró en la sala con una sonrisa que se quedó congelada en un primer momento al ver a Bradley sentado junto a Loveday, en el sofá. Anna, sentada en la butaca junto a la ventana. Los tres con una copa en la mano. Soltó la maleta y puso los brazos en jarras.

—¡Bradley, no esperaba encontrarte aquí! Te hacía ya haciendo la mudanza a Saint Andrews. ¡Así que la has convencido!

Loveday se quedó muda y abrió los ojos de par en par.

—¡Lo sabías! ¿Nadie pensaba decirme nada?

—Venía yo a decírtelo —soltó Bradley muy serio.

—*Naa* —contestó Lucía para hacerle rabiar y cogió la copa que lord Lewis le ofrecía mientras aprovechaba para servirse una él mismo —. Pasé por la casa de Rothesay para coger mis últimas cajas. Richard y Allan han salido hoy para Londres, van a iniciar los trámites de adopción y… Notición: han alquilado la planta baja de una casita preciosa, cerca de Princess Street. Tiene un jardín enorme. Lo malo es su casera, que, aunque le han dicho que son pareja, les ha presentado a su prima y todas las chicas casaderas de la manzana.

—¡Pues deben de estar ciegas las pobres! Están en un plan, no dejan de besarse y hacerse arrumacos por todos los rincones —soltó Bradley.

—Vas a echarlos de menos, igual que todos —le interrumpió Loveday con un codazo.

Lucía dio un sorbo a su copa y bajó la mirada al licor de su vaso.

—La casa de Rothesay se ha quedado vacía. Verena dice que la universidad ya ha puesto un anuncio para volver a alquilar todas las habitaciones. Supongo que es inevitable. Richard y Allan se han ido, Loveday y tú —dijo señalando a Brad— os vais a Saint Andrews. Y yo… yo al final tengo mi refugio en Meadows.

Loveday se cambió de asiento junto a Lucía.

—¿Sola?

—Creo que Matt necesita tiempo. Después de la discusión de hace unos días no he vuelto a hablar con él. Me ha mandado unos cuantos mensajes, no he contestado a ninguno, si sigo en su vida no podrá plantearse las cosas. Quizá os parece una estupidez, pero pienso que, si me echa de menos lo suficiente, a lo mejor descubre que siente más por mí de lo que se atreve a reconocer.

—Oh, Lucy. —Loveday la abrazó con ternura—. Olvídate de él, si no sabe ver lo maravillosa que eres, no merece la pena.

—Eso no sirve, Loveday. Sigue doliendo.

Anna miró la invitación de Verena, el baile de septiembre, para entonces habrían vuelto de California. Loveday y Bradley habían prometido asistir. Su pequeño hijo estaría ya en la escuela del pueblo después de decidir que no volvería al internado hasta dentro de unos años. ¿Y Lucía?

—Lucy, Loveday y Bradley han decidido pasar el verano buscando casa en Saint Andrews, ¿por qué no aprovechamos su plaza en el vuelo y vienes con nosotros? Mis hermanos son muy divertidos, lo pasarás genial.

Lucía meditó un instante la propuesta de Anna. América, ¿por qué no? La casa de Meadows, su casa, estaba casi terminada. Bradley podría echar un vistazo de vez en cuando a los últimos detalles. Un viaje podía ser la manera de olvidar a Matt, lejos de Edimburgo, donde todo le recordaba a él.

—¡Es una idea excelente! Necesito un apoyo contra la familia de Anna. A veces son demasiado… americanos.

—¡Henry! —lo regañó Anna.

—¿En serio? ¿No sería una molestia?

—¡Anímate! —dijo Loveday más ilusionada que ella.

—¿Sabéis? ¿Por qué no? Estoy harta de seguir igual. Necesito improvisar. Eso. ¿Por qué no? —se preguntó de nuevo Lucía en voz alta, intentando convencerse de que era lo mejor—. Entonces no deshago la maleta.

Capítulo 28

El amor es un loco tan leal, que en todo lo que hagáis,
sea lo que fuere, no halla mal alguno.

William Shakespeare

Lucía se asomó a la ventana de Lewis Hall. Ya era septiembre. El otoño había llegado con rapidez, antes de tiempo, como si en un abrir y cerrar de ojos los árboles hubieran cambiado su vestido verde a ocres, anaranjados y púrpura. El suelo se había cubierto de hojas y las primeras lluvias caían entre las agujas de pino. El día anterior había llegado a la casa después del trabajo, que ya no era lo mismo sin Loveday. Su excedencia había dado paso a su marcha hacia el norte junto a Brad. Ellos habían llegado al anochecer, en el deportivo de Bradley; Richard y Allan lo harían esa misma mañana. Volvían a reunirse todos en Lewis Hall después de tantos meses. La casa de Rothesay tenía nuevos inquilinos y lejos quedaba ya cuando vivían todos juntos.

Muchas cosas habían separado sus caminos durante el verano, las mudanzas, los viajes. Lucía sintió cierta nostalgia por aquellos días en que todos vivían juntos y, sin embargo, su vida en la casa de Meadows era maravillosa. Cuando regresó de California, las obras habían terminado. Se ocupó de decorarla paso a paso, como siempre había soñado que sería su hogar, algo clásico y muy escocés. América le había dado un respiro de Matt, lo había pasado genial con las excursiones a la montaña, la playa, las comidas en el puerto. Lord Lewis y Anna intentaron en todo momento que estuviera rodeada de gente de su edad, los hermanos de ella le enseñaron a hacer surf, hacían fiestas en la playa bajo la luz de las hogueras y algún paseo en barco. Probó las famosas costillas del restaurante donde Anna y Henry se conocieron y rio mucho. Incluso uno de los hermanos de Anna la invitó a salir varias veces, y de verdad que Lucía lo había intentado, intentó que le gustara. Al fin y al cabo, era un californiano amante del surf, bronceado y rubio como salido de una revista, no había duda de que estaba buenísimo, pero Lucía sentía que le faltaba algo, quizá un acento escocés de voz un poco ronca, unos ojos verdes del color del bosque, una sonrisa ladeada… Matt, no era Matt. Lucía suponía que el amor dolía así, hasta que un día se levantara y pensara un poco menos

en él. Y el siguiente otro poco menos, hasta que fuera un recuerdo difuso como sus mensajes, que con el tiempo Matt había dejado de mandar al no tener contestación. Se levantó y pasó los dedos por las letras grabadas en color oro, la invitación para el baile de Verena que estaba sobre la mesilla de su habitación en Lewis Hall. Ese era el fin de semana de la fiesta.

Abajo ya se oía el alboroto del desayuno, platos chocando, alguna taza dejada sobre un platillo. Un olor a bollos recién hechos. Una vez más, Lucía leyó la nota final de la invitación: *Plus One*. Acompañada. Era curioso todo lo que había pasado desde el día que la recibió, el día que conoció a Matt y, cuando ya pensaba que iría al baile de esa noche acompañada, todo se deshizo como una ola llegando a la orilla. Presionó a Matt, quizá todos. Estaba enamorada de él y quiso correr, ponerlo contra las cuerdas, invitarlo a vivir en su casa cuando apenas habían empezado a conocerse. Tiempo. Le había dado la oportunidad de reconsiderar las cosas, de pensar hacia dónde quería que fuese su relación, y Matt no había reaccionado como esperaba. Algún mensaje aislado, un verano entero y él no había vuelto con ella. Lucía dudaba mucho que volviera a amar a alguien como a Matt, en ofrecer su confianza en el amor como había hecho con él.

Lucía soltó la invitación sobre la cama, sobre su precioso vestido verde de firma, la ocasión lo merecía y se había gastado un poco más de lo habitual en ella. Un hombro quedaba al descubierto y la asimetría realzaba su pecho para ceñirse a la cintura. Habían tenido que arreglárselo en el último momento, había adelgazado aquel verano americano de intensa actividad y deportes. El verde oscuro contrastaba con su piel morena. Se sentía con él muy sofisticada y hermosa. Algo había cambiado en ella en aquel viaje, al menos la percepción que tenía sobre sí misma. Ella, siempre cauta con el dinero, se había dejado llevar con la ayuda de Anna, se había mostrado con sus nuevos biquinis, las faldas cortas habían entrado en su vestuario, las camisetas atrevidas y los pantalones cortos. Estaba contenta, satisfecha consigo misma. Tenía la seguridad de entrar en un sitio y no rehuir las miradas de los hombres. Que los chicos californianos se sintieran atraídos por sus rasgos españoles había sido de gran ayuda. Era joven, atractiva, no el típico arquetipo de niña frágil de huesos finos, pero sí con atributos bien distribuidos, como decía Anna, a los que aprendió a sacar partido. El resultado era que había ganado confianza en sí misma, una mente brillante en un cuerpo con curvas, solía decirse con una sonrisa.

Loveday abrió la puerta como un vendaval y una sonrisa en los labios. Ella también había cambiado, sus rasgos siempre fríos ahora eran todo dulzura y sonrisas.

—¡Oh, Lucy! Anna me dijo que te habías comprado un vestido

precioso y un tanto atrevido, ¡no podía creerlo!

—Buenos días, Loveday.

Su amiga frunció el ceño y sonrió, rozó con cuidado la suave tela del vestido.

—Me gusta tu corte de pelo. —Lucía no podía creerlo cuando el día anterior apareció ante ella una Loveday con el pelo cortado a la altura de los hombros, parecía más joven y divertida.

—A Brad no mucho, dice que le encantaba mi pelo largo, pero tiene que aguantarse.

—¿Qué tal en Saint Andrews? ¿Y la vida juntos?

Loveday esbozó una sonrisa enorme que parecía contener mil momentos de felicidad.

—Brad ha cambiado mucho, está más centrado, y la universidad es una maravilla. He conseguido un puesto en la biblioteca del campus y el pueblo me encanta, con su abadía medio destruida. El mar es precioso y papá nos visita constantemente, ya sabes, los campos de golf. Hemos alquilado una casita al lado de la universidad. Te reirías si me vieras los domingos de rodillas en el jardín, arreglando las flores de la entrada. Tienes que venir a conocerla, ¡quédate un fin de semana con nosotros!

Lucía se alegraba mucho por su amiga, se notaba su felicidad, habían conseguido superar el mal trago de Heather-Helen y seguir adelante.

—Si te lo preguntas, Brad a veces tiene pesadillas, es difícil olvidar todo lo que pasó, la invasión de intimidad de aquella muchachilla y su obsesión por él, pero juntos lo conseguiremos…

—Loveday, ¿qué ocurre?

Loveday se sentó en la silla junto a la puerta y miró hacia la ventana como si nunca hubiera visto aquel paisaje.

—Estoy embarazada, Lucy.

—¡Pero eso es maravilloso, Loveday!

—No creas, todavía no le he dicho nada a Brad.

—¿De cuánto? —susurró Lucía arrodillándose frente a ella.

—Dos meses, más o menos. Quizá esta noche, me da tanto miedo, no estaba planeado, es tan pronto, hemos empezado hace nada a vivir juntos… ¡No digas nada! Anna y mi padre aún no lo saben, solo tú. ¿De qué te ríes?

—Perdona, Loveday, es que tú siempre eres tan segura de ti misma y ahora me dices que acabas de empezar una vida con Brad. ¡Cielos! ¡Lleváis media vida juntos! ¡Va a saltar de alegría, ya verás!

Loveday irguió los hombros y sonrió.

—Te echaba de menos, Lucy.

—Y yo a ti, Loveday.

El día pasó rápido, entre preparativos, peinados y alguna última

puntada en los vestidos. Bradley desapareció con lord Lewis en la montaña, se llevaron a George con ellos, más bien quisieron quitarse de en medio como dos cobardes. Richard y Allan fueron invitados a comer en casa de unos amigos. Y las horas pasaron con la lánguida espera de quien sabe dónde debe encontrarse a una hora determinada y en un lugar conocido, como si todos los caminos condujeran a ese baile.

Capítulo 29

No hay nada en el mundo que ame más que a ti.

William Shakespeare

Lucía advirtió que, por fortuna, había dejado de llover. La noche era fresca, con un ligero viento del norte que agitaba los olmos alrededor del camino de entrada. Verena tendría su magnífico baile de otoño, con una noche poco usual para septiembre, cuajado el cielo de estrellas y una temperatura suave.

Iba en el coche con Loveday y Brad. Los demás, cada uno en el suyo para retirarse cuando quisieran de la fiesta sin compromisos. Entraron en las cercanías del castillo escocés donde se celebraba el baile, la residencia del marido de Verena. El haz luminoso de los faros de varios coches recorriendo la enrevesada carretera de acceso. La fachada del pequeño castillo estaba iluminada, los árboles de acceso y la hierba decoradas con guirnaldas de luz tenue que guiaban a los que descendían de los coches.

—Es precioso —susurró Lucía—. Es como si hubiéramos retrocedido un siglo atrás y vuelto a las fastuosas fiestas escocesas de los libros.

—Por favor, no me hagáis bailar un *reel* escocés… —suplicó Brad. Su mirada se encontró con la de Loveday en la oscuridad del coche y sonrió resignado. Bailaría lo que hiciera falta por Love.

A un lado de la gran fachada, la lona de una gran carpa arrojaba sombras al exterior. Al parecer, el baile ya había comenzado. Más a la derecha, la gran explanada de arenisca estaba iluminada con farolillos y largas hileras de coches se extendían aparcados de forma simétrica. De repente, un haz de luz deslumbró a todos en el interior del coche y Brad bajó la ventanilla cegado por el resplandor. Era Tobías, uno de los escoceses de la partida de caza. Le habían asignado la tarea de ordenar aquella marabunta de coches. Brad se apartó un poco, olía a whisky.

—Buenas noches, señor, señorita Lewis —los saludó e hizo un ademán a Lucía a modo de saludo—. No sabía que eran ustedes. Aparque cerca de la casa, les tengo reservado un sitio a usted y a lord Lewis.

—Buenas noches, Toby. Detrás vienen unos amigos, por favor,

¿podrías hacerles también un sitio cerca?

—¡Claro! Y recuerde: le esperamos mañana para salir de caza. —Toby guiñó un ojo a Brad y les señaló el camino hacia los únicos lugares libres a esas alturas.

Los tres sonrieron cuando los dejó a su aire. Creyeron escucharle decir «La noche es larga, disfrútenla», mientras la linterna se movía arriba y abajo en todas direcciones.

—No llegará al final de la noche —rio Loveday—. Me da que mañana estaréis solos papá y tú en la montaña.

Siguieron el camino de luces. Al entrar en la casa sintieron el calor, la luz del interior les deslumbró. Música y flores, adornos de brezo escocés y el murmullo de las conversaciones. Había gente de todas partes venida de todos los rincones de Escocia, dispares acentos profundos y suaves. Las enormes chimeneas reunían a los mayores en torno al fuego en agradables reencuentros, jóvenes con paso rápido aquí y allá de una sala a otra, vestidos con el traje típico escocés de *kilt* y chaqueta, tan elegantes que Loveday pensó en hacerse con uno para Bradley, solo para aquellas ocasiones festivas.

Pasaron al comedor, donde el ambiente era únicamente juvenil, con música moderna. La hija de Verena, una adolescente aún de gestos desgarbados, bailaba con sus amigos mientras se pasaban copas de mano en mano. Más allá, el paso a la carpa donde entraban y salían los adeptos a una música más tradicional o los seguidores de lo moderno. Vieron el pequeño invernadero donde una chica colocaba los abrigos de los invitados en improvisadas barras de metal y se despojaron de ellos. El calor que circulaba en el salón y la carpa era excesivo.

Se decidieron por la carpa. La música atronadora no les permitía apenas hablar y fueron hacia allí en fila india. Brad guiaba a Loveday de la mano para no perderla entre la marea de gente que entraba y salía. Se quedaron parados por el asombro cuando vieron la decoración: los postes simulaban árboles, flores en cascada, brezo y gavillas de cebada. Al fondo, sobre un estrado de color rojo a cuadros escoceses, una orquesta tocaba canciones tradicionales. Un piano, dos violines, una batería, los músicos, todos vestidos con *kilt* y camisas blancas, interpretaban piezas de hacía siglos. En el centro, las ruedas de bailarines se cambiaban de pareja, ejecutaban las danzas tradicionales en un compás mágico, tan antiguo como aquella tierra.

—No me meto ahí ni loco —gruñó Brad.

—¡No seas tonto! Tienes que bailar conmigo, si no lo hará cualquiera de esos muchachotes escoceses fornidos con las piernas al aire.

Bradley pareció sopesar las opciones y encogió los hombros resignado. No pensaba perder de vista a Love entre aquellos brutos

escoceses por nada del mundo.

Lucía ya había asistido a alguna de esas fiestas. Solía quedarse relegada en aplausos cada vez que las danzas tradicionales daban comienzo. Sonrió cuando al fin la rueda de bailarines fue completa y, tras un largo acorde de la música, el baile terminó. Las parejas jadeantes buscaron una copa con que refrescarse a la espera de un nuevo baile. Verena apareció entre la gente para saludarlos y poner una copa entre sus manos.

—Me alegro de que hayáis podido venir, es la fiesta del año, ya lo he oído en los corrillos a las matronas escocesas.

—Es impresionante, Verena, lo digo en serio. —Loveday lo dijo de corazón, un baile como aquel tenía un inmenso trabajo y, pese a sus diferencias con su jefa, tenía que admitir que era elegante y divertido, una fiesta que sería comentada en los siguientes años.

—Deberías quedarte, Loveday, te echaré de menos en el departamento. Lucía no está muy decidida a aceptar tu puesto y me está poniendo en una difícil situación. —Se giró hacia Lucía en actitud suplicante—. Lucía, por favor, acepta y deja de traducir manuscritos para ese jefe tuyo, ahora no puedo empezar a buscar a alguien tan apto como tú para el trabajo.

—Pensaba decírtelo el lunes, Verena. Me quedo en Edimburgo a vivir. Me decidí hace meses, pero quería esperar a estar segura.

—¡Acabas de darme una alegría, tesoro! —Chocaron las copas y Verena se marchó con una inmensa sonrisa. Desapareció de la misma forma que había parecido con un ademán y se perdió entre los invitados. La música sonó de nuevo y Loveday se llevó a Bradley, uno de los pocos americanos que se atrevían a entrar a la pista. Lucía los observó, sonrientes, relajados. Habían tardado demasiado en dejarse llevar y ahora parecía que nada les separaría. No había mentido a Verena. Estuvo a punto de dejar la ciudad tras la discusión con Matt, pero en California había comprendido que no podría sobrevivir sin su querido Edimburgo y sin los chicos. Aunque Bradley y Loveday estuvieran en Saint Andrews, los separaban apenas unas horas en coche. Lewis Hall estaba aún más cerca, y Richard y Allan a dos manzanas. Su vida estaba en ese país lluvioso, frío y quizá inhóspito, pero siempre hermoso y de gente acogedora.

—No puedo creer que pensaras en algún momento dejarnos, somos tu familia, Lucía.

—Lo sois, Loveday —dijo muy seria apoyando su mano sobre el bulto que ya se adivinaba bajo el vestido de su amiga.

Loveday se acercó a su oído.

—Voy a emborrachar a Brad. Lo necesitará para asimilar lo que se le viene encima.

—Todo saldrá bien —prometió Lucía; confiaba en el amor de sus

amigos.

Anna y lord Lewis los saludaron desde el extremo opuesto del salón. De Richard y Allan ni rastro; conociendo a Richard, se habrían quedado en el salón-discoteca. Anna miraba alrededor, buscando a alguien, distraída mientras su marido saludaba a unos viejos conocidos. Lucía se apartó hacia un extremo de la carpa, donde un grupo de compañeros de la biblioteca hablaban. Tras saludar, desistió de entrar en la conversación a gritos y simplemente se quedó allí, observando el intricado baile al que Loveday había arrastrado a Brad.

—Lucía.

La piel del cuello se le erizó, el corazón abandonó su ritmo para someterse a un galope frenético y la voz que había susurrado su nombre en el oído le supo demasiado ronca e inconfundible para ser un sueño.

—¡Matt! —Lucía se giró hacia él tan rápido que en un momento la bebida se le subió a la cabeza. Eso o solo ver a Matt volvió su mundo del revés, vestido con su *kilt*, una camisa blanca clásica y la chaqueta de gala. Fue consciente de que lo miró de arriba abajo con sorpresa. No parecía el mismo. En ese momento era uno de esos escoceses de los libros antiguos que luchaban en Culloden y gritaban: «¡Libertad!»—. Nadie me dijo que venías. —Lucía notó su propia voz ajena cuando en realidad no quería preguntar aquello que rondaba su cabeza.

—Le pedí a Anna que se hiciera con una invitación. —Matt sonrió —. Me he autoinvitado, prácticamente —dijo encogiendo los hombros. Se acercó a Lucía y le quitó la copa de las manos, dejándola, casi sin mirar, sobre una mesa—. ¡Estás preciosa, Lucía!

—Vaya, gracias —contestó seca, intentando ocultar a Matt el deseo de ver sus ojos una vez más y perderse en ese mar verde y profundo de su mirada. Intentó decirle que él también estaba impresionante, pero Matt no dejaba de avanzar hasta ella, ya a apenas a unos centímetros—. ¿Por qué has venido, Matt? —Intentó no traicionarse con la voz y retrocedió un poco. Aún estaba dolida con él, incapaz de olvidar aquella tarde en la casa de Meadows.

—Te prometí aquel último día que vendría contigo al baile.

—Aquella promesa no contaba, no después de que me declarara y te fueras. No estás obligado a nada, Matt.

Lucía sonaba dura en sus propios oídos. Había tardado tanto en cerrar sus pensamientos a Matt… Y ahora se presentaba allí y ella solo podía mirarlo embelesada y estúpidamente enamorada.

—Te vi en las fotos, en las redes sociales, no pude evitar curiosear. Fuiste a California.

Lucía abrió los ojos sorprendida. No había sido su intención proclamar su divertido verano, y jamás pensó que él miraría su perfil. A veces ni siquiera lo miraba ella, pero los hermanos de Anna habían

insistido en compartir las fotos. Ahora se puso colorada. Ella en biquini, rodeada de cuatro chicos guapísimos, inocente de principio a fin, pero la imagen proyectada comprendía que era otra. Y allí estaba Matt, diciéndole que lo había visto todo. Que había llamado a Anna para que le consiguiera una invitación a ese estúpido baile y se había presentado, vestido de escocés, recién afeitado, con el pelo desordenado. Seguro que había vuelto a bajar la ventanilla sin tener en cuenta el frío aire de las Highlands. Y más guapo que nunca…

—Lord Lewis y Anna me invitaron, ha sido un verano bonito.

—La llamé, a Anna, ¿sabes? A vuestra vuelta, como un idiota, para preguntarle si había alguien en tu vida.

Lucía sonrió.

—¿Y por qué no a mí, Matt?

—Me dio miedo de que me dijeras que habías conocido a alguien, no a un imbécil como yo que no sabe lo que tiene y lo pierde, sino a alguien que viera lo preciosa que eres, lo inteligente y divertida que eres, Lucía.

—Te hubiera dicho que lo pasé muy bien. Salí con algún chico, pero a ninguno le sentaba el *kilt* como a ti.

Ambos rieron. Matt recordó que era su sonrisa una de las cosas que más echaba de menos de Lucía, así se lo había dicho a Anna por teléfono:

—Yo quiero a Lucía. Estoy loco por ella, pero no sé si estoy enamorado, es la primera vez que lo digo en voz alta. Ni a mí mismo había querido confesármelo.

—Ya, da miedo —había respondido Anna—, pero el miedo es la peor de las razones, a veces no hay segundas oportunidades, Matt. No dejes que la felicidad se te escape de las manos por seguir con una vida que no te llenaba, de chica en chica, y sentirte más vacío con cada conquista.

Matt no comprendía por qué había acabado hablando con Anna de aquellas cosas, pero fue lo que le hizo reflexionar, no quería que Lucía lo olvidara, que le cerrara las puertas de la casa de Meadows. Quería un hueco en su vida, tal vez tan grande y largo como una vida juntos. Se acercó a Lucía lleno de entusiasmo, notó su respiración acelerada y besó sus labios. Fue como volver a casa, a su sabor a picante y dulce a la vez.

Lucía respondió al momento, enlazó sus brazos al cuello de Matt, sus dedos perdidos entre su pelo revuelto y acercó su cuerpo al de él. Volvió a sentir el calor, la excitación, la chispa que los hacía fundirse, no saber dónde empezaba cada cuerpo cuando se abrazaban.

—Ven, bailemos. —Lucía quiso negarse, pero al mirar a Matt vio en sus ojos que si no se separaban acabarían entre los serbales del aparcamiento. Sonrió. Esas cosas locas que solo se le ocurrían cuando

estaba con Matt. Tal vez la vieja Lucía, que dudaba de sus encantos, se hubiera negado. No tenía ni idea de bailes escoceses, pero esta mujer segura de sí misma siguió a Matt sin dudar. Su sonrisa, la forma de caminar con el *kilt,* sus espaldas anchas y su arrogancia la llevaron al centro de la pista cuando el sonido de las gaitas comenzó a sonar. Loveday y Brad sonrieron y se apartaron, el resto también, los primeros acordes se recibieron en silencio y Lucía vio cómo la pista se quedaba vacía en un círculo alrededor de ellos.

Anna, a un lado, cogió del brazo a su marido, el *Lang Reel* comenzó a sonar y unas tenues lágrimas hicieron brillar sus ojos. Lucía, sonriente, se dejó hacer. Matt la llevaba delante y atrás, siguiendo el compás, y ella ni siquiera sabía lo que significaba aquella danza antigua. Un baile ancestral que se bailaba desde hacía siglos, desde los pescadores de Aberdeen a los banquetes de Glasgow. Anna también había danzado bajo aquellas notas en su boda, un lazo eterno y vital, el amor entre dos personas que iban a compartir una vida, un compromiso.

Para Lucía fue precioso, más liberador cuando otras parejas los siguieron en el centro de la pista. Todo fue poco a poco desapareciendo ante sus ojos, como si solo Matt y ella estuvieran allí. Las luces tenues, la música, todo parecía coordinado y precioso. Y se dejó llevar por la felicidad.

Matt había aprendido aquellos bailes en el internado, en todas las casas antiguas a las que acudió, con amigos, un desfile de caras nuevas cada fin de semana. Lucía era la antítesis de todas las mujeres con las que había estado antes. Una mujer enamorada de él, un amor constante. Cada uno de los momentos pasó de forma fugaz a su lado y en cada una de aquellas instantáneas se vio más feliz que nunca. Matt se rindió a la realidad, un futuro sin Lucía era impensable. Aquel pensamiento, en lugar de enfurecerle como antes del verano, le produjo una gran euforia, como si hubiera llegado al final de un largo camino.

—Lucía —pronunció su nombre como si ella hubiera estado a millas de él. Besó sus labios deteniendo el baile de los dos—. Te quiero siempre a mi lado.

—¡Ya me tienes, tonto! —Lucía quiso apremiarlo a que volvieran a bailar. Se habían quedado en el centro de la pista parados.

—Para siempre, Lucía. —Matt sintió su voz confiada, valiente—. Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Lucía lo miró. Primero, sorprendida; después, su mirada lo entendió. ¿De verdad acababa Matt de pedirle que se casaran?

—Te quiero, Matt —respondió con voz firme—. Siempre te he querido.

Capítulo 30

Cuando te vi, me enamoré. Y tú sonreíste porque lo sabías.

Sonetos, William Shakespeare

Después de aquel verano, de aquel septiembre, el otoño trajo las primeras hojas caídas y el invierno se hizo con el protagonismo de las Highlands. Edimburgo se llenó de luz, se abrió el mercadillo de Navidad, y la noria llena de luces se perfilaba engañando la visión del castillo. Acebo, muérdago, bayas, la ciudad se llenó de rojo, verde y abetos en las esquinas. Nunca había sido la época preferida de Lucía, pero ese año sí, ese año era diferente. Pasaban las fiestas en Lewis Hall. Junto a Loveday y Bradley, que llegaron a la casa desde el norte el día anterior. Richard y Allan, que anunciaron la estupenda noticia de que habían iniciado los trámites de adopción de una preciosa niña. Solo Lucía conocía por fotos a la pequeña y le hacía especial ilusión que hubieran confiado en ella en primer lugar. Y Matt y ella. Ya no era solo Lucía, ahora eran Lucía y Matt. No necesitaba más *Plus One*, tenían una vida juntos, una casa compartida, su hogar en Meadows. Ambos construían juntos los recuerdos de cada pared y cada detalle por insignificante que fuera.

Dejaron Edimburgo al amanecer del día anterior a Navidad, cargado el coche de Matt de regalos. Algunos enormes, como unos palos de golf para lord Lewis, otros pequeños, como una antología de relatos de Shakespeare para Allan, encontrada en una vieja librería de la Old Town. O tiernos, como un babero con el escudo de Edimburgo para el niño o la niña de Loveday y Brad, que nacería en primavera. Ser padres, qué miedo, se dijo. Todos los regalos pensados y estudiados en el calor del salón frente a la chimenea, entre suaves besos unas veces, y otras, apasionados. Era feliz, como solo se sabe cuando uno mira el instante en que lo es. Matt había crecido a su lado, una vez olvidados los miedos y reparos, eran la pareja, no perfecta porque discutían a veces y otras también, pero tenían algo maravilloso que cada día los ilusionaba.

Lucía miró a través de la ventanilla del coche cómo las luces de Edimburgo se alejaban para dejar paso a los inmensos prados, los *cottage* y los cercados. La inconmensurable e infinita Escocia, tierra de

ancestrales costumbres. Matt llevaba su *kilt* en la maleta y Lucía moría por volver a vérselo puesto, como en el baile de Verena. Eran tierras de viejas, cumbres que recortaban el cielo desde hacía cientos de años.

Rebasaban a algún campesino, otros coches en el arcén, y Lucía pensó en una frase de Matt: «Solo tenemos una vida, Lucía, aprovechémosla, no quiero perderte. Cásate conmigo». En primavera, había dicho ella. Al ver aquel infinito paisaje, no quiso desperdiciar tanto tiempo. Le daba igual la celebración, el vestido o lo que llevara puesto. Matt le pidió las gafas de la guantera. Lucía se retorció en el asiento y abrió el pequeño compartimento. Allí vio seis peniques antiguos y sonrió.

Recordó las palabras de Anna dichas innumerables veces para describir el matrimonio: «Al principio, todos nos esforzamos en poner un nombre a los sentimientos, y luego, con el pasar de los años y la seguridad, dejamos de usar esas etiquetas, ya no nos preguntamos si es amor, ya está claro si es la pareja adecuada. Dejamos de ansiar que el otro nos diga cómo se siente a cada instante, empezamos a ver en sus ojos si está bien; en su forma de caminar, si está decepcionado; en esa pequeña arruga, si está preocupado. Se puede dejar de bailar, de comprar rosas y celebrar aniversarios, pero nunca dejar de mirar al otro con amor porque ahí está la clave para encontrar la felicidad». «Dame seis peniques y te daré el resto de mi vida», decía la costumbre escocesa.

—¿Qué tramas, Lucía? —preguntó Matt, interesado en ver qué hacía con esas monedas que debían de llevar ahí años tiradas.

—En que tengo seis peniques, Matt. Si consigo una botella y dos copas, podemos casarnos ahora mismo. ¿Por qué esperar? Qué tontería, no quiero que llegue la primavera.

Matt se rio, tal vez pensando que estaba loca. Lo cierto es que eran dos de los requisitos más preciados para una boda tradicional escocesa.

—¿Lo dices en serio? Creía que querías esperar, Lucía.

—Sé que eres la persona que siempre he querido en mi vida, y si yo soy quien soñabas a tu lado, hagámoslo ya, Matt. ¿Crees que algún loco querrá oficiar la boda el día antes de Navidad?

—Si es escocés, sí. ¿Sabes que lord Lewis, si hubiera nacido en otro siglo, tendría esa potestad?

Entre risas recorrieron las tres horas que les separaba de Lewis Hall planeando el simulacro de una boda con ecos de otro siglo, con el amor de dos personas que habían encontrado su *Plus One*, su «más uno» que les hacía un solo ser.

Epílogo en Lewis Hall

Sería muy poco feliz si realmente pudiera decir cuánto lo soy.

William Shakespeare

Loveday se levantó a por la sidra. Ese año no podía brindar con alcohol. Al pasar junto al fuego, tomó la mano de Brad, un roce casual lleno de ternura. Él se levantó y la siguió con una sonrisa.

La música comenzó a sonar en un viejo tocadiscos que habían encontrado en la buhardilla. Matt hizo levantarse a Lucía. Él estaba en mangas de camisa, su pelo alborotado y un brillo especial en los ojos, como si fuera el protagonista de una película en blanco y negro del antiguo Hollywood. Lucía sintió los ojos de todos sus amigos sobre ellos. Matt insistió, tendió de nuevo su mano hacia ella y ya no pudo resistirse.

—Concédeme este baile, Lucía. —Tal cual, como en una película. Se acercaron uno al otro mientras las notas de la canción se sucedían en un lento compás.

Richard los imitó y sacó a bailar a Allan. Anna y lord Lewis los siguieron con su hijo revoloteando alrededor.

—¿Quieres bailar, Love? —preguntó Brad con tal chulería que hizo reír a Loveday.

—Esto no es lo nuestro, vaquero, se van a enterar cuando acaben con todas estas cursilerías.

—Nena, ven aquí.

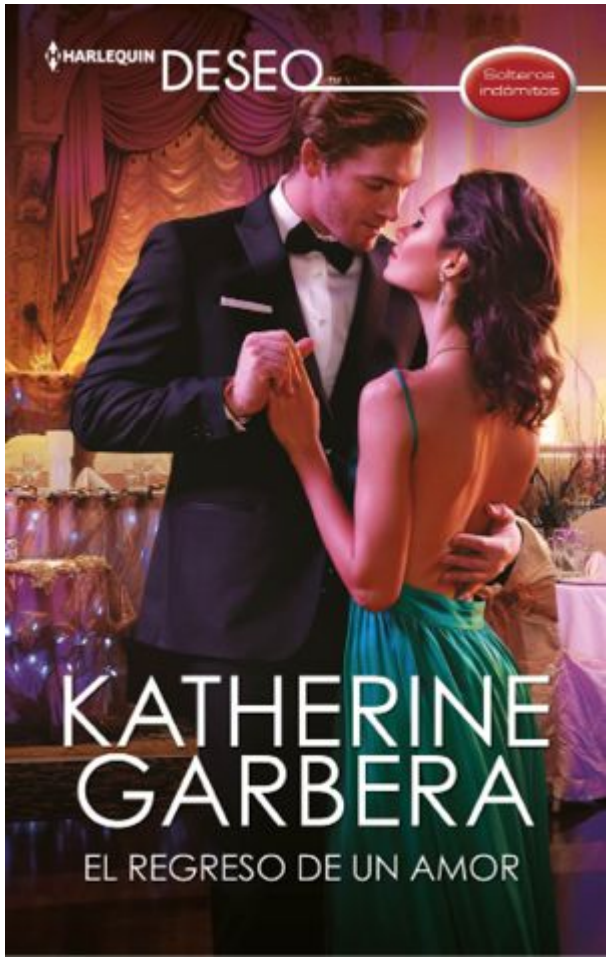
Brad le cogió la mano y la aproximó a él con cuidado de no chocar con su abultado estómago. Acarició con lentitud su pelo y sonrió. Su mujer y su hijo.

Lucía se detuvo un instante para mirar a su alrededor, a aquellos a quienes amaba, su familia. Existía algo celestial en aquel salón, en ese momento de sus vidas, y rogó a todo en cuanto creía para que todos ellos pudieran recordarlo hasta que fueran viejos. Juntos, siempre dueños de sus vidas y de su destino.

Si estoy equivocado y se demuestra, yo nunca nada escribí, y nadie jamás amó.

Sonetos, William Shakespeare.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los recelos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia… Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

“Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento”.

The Romance Reader

“Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser”.

Aff aire de Coeur

Cómpralo y empieza a leer

Donna Sterling
Sola con un extraño
elit

Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo… y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana… ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer… y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

Cómpralo y empieza a leer

HARLEQUIN
INTENSE
ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

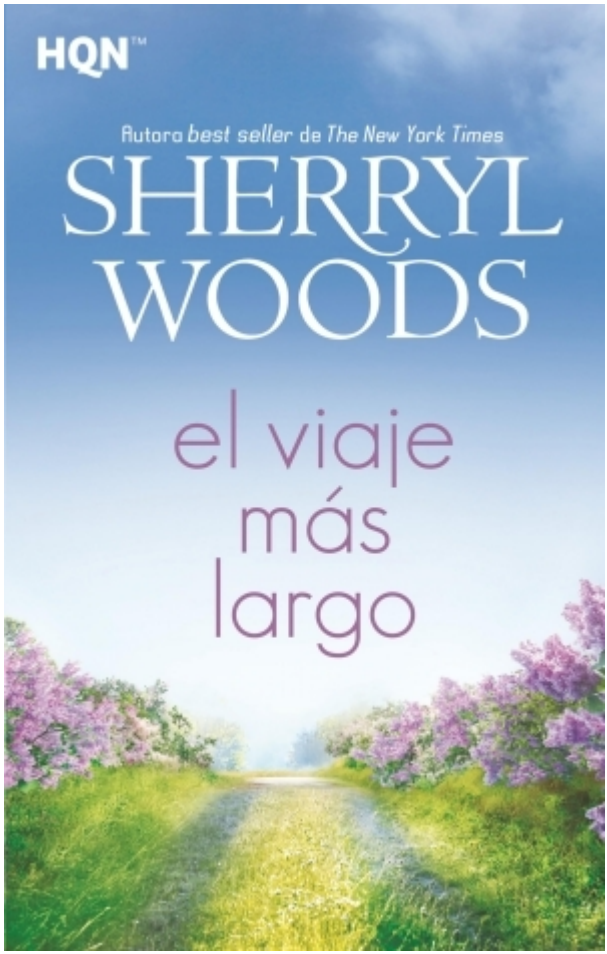
Atracción legal

Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio…

Cómpralo y empieza a leer


HQN™
Autora best seller de The New York Times
SHERRYL WOODS
el viaje más largo

El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

Cómpralo y empieza a leer

HARLEQUIN
Bianca
Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

Cómpralo y empieza a leer